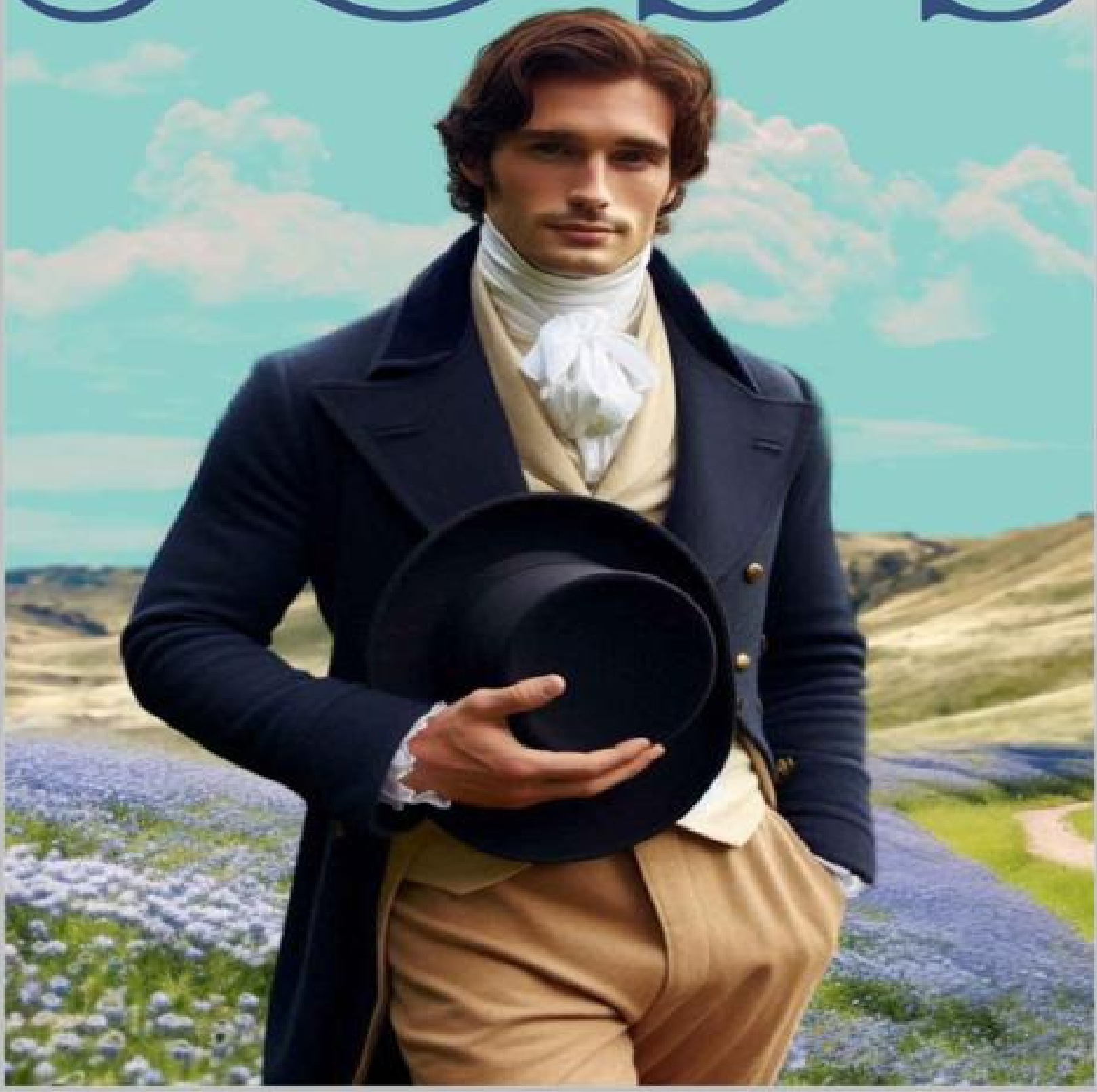
ALMA LAWSON

JOS

LOS FITZROY - 2



Joss Fitzroy

ALMA LAWSON

© ALMA LAWSON

TÍTULO: *Joss*
PRIMERA EDICIÓN: *Octubre, 2024*
SELLO: *Independent Publishing*
DISEÑO DE PORTADA: *Bitácora Servicios Editoriales*
DISEÑO DE INTERIOR: *vip.servicioseditoriales@gmail.com*
CORRECCIÓN: *vip.servicioseditoriales@gmail.com*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin autorización previa y por escrito de la titular de este copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

CONTENIDO

CONTENIDO
SINOPSIS
INTRODUCCIÓN
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO FINAL
EPÍLOGO
PRÓXIMO LIBRO DE LA SERIE
OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA
PAREJAS PERFECTAS I
SINOPSIS
PAREJAS PERFECTAS II
SINOPSIS
PRECUELA: UN CORAZÓN PARA EL DUQUE DE LANCASTER
PAREJAS PERFECTAS I
SINOPSIS

SINOPSIS

Tras convertirse en la nueva cabeza de la familia Fitzroy, además de cumplir con los deberes que conllevan su nuevo título de conde, Joss tiene otra difícil tarea: sortear con habilidad a las casamenteras intrigantes que buscan ponerle la soga al cuello con alguna de sus virtuosas hijas.

Hasta el momento, eludir aquellas argucias no le resultó del todo complicado. Sin embargo, que su insistente y terca madre decidiera que era hora de escoger una esposa adecuada, lo complicaba todo.

Decidido a darse un respiro, se dirige hacia una de sus propiedades para escapar durante un tiempo de las artimañas de lady Fitzroy, y de las más consumadas cazamaridos de Londres. Sin embargo, en el camino conoce a Felicity Sutton y todas sus objeciones respecto al matrimonio, comienzan a derrumbarse de un modo irremediable.

Felicity Sutton es una joven independiente que jamás consideró el matrimonio como una opción y tenía sus propias razones, pero inesperadamente, un persistente caballero le da un puñado de motivos para pensar en la posibilidad de convertirse en su esposa.

La idea de enamorarse le causa pavor, pero Joss Fitzroy, el último caballero a quien ella hubiera considerado como prospecto de marido, infringe todas las defensas que había levantado alrededor de su corazón, desatando las riendas de la pasión que ella había sabido controlar hasta la imprevista aparición del conde.

No obstante, Felicity necesitaba mucho más que pasión para decirle que sí…

¿Podrá Joss convencer a Felicity de aceptarlo como esposo?

INTRODUCCIÓN

Londres, 1822

Fitzroy House

Después de comprobar que todo iba bien en el salón principal de la casa familiar, donde se celebraba la presentación de su hermana Betsy, Joss se escabulló hasta el despacho que en el pasado había sido de su padre, cerró la puerta de doble hoja y caminó hasta el aparador para servirse un poco de brandy.

Con un hondo resoplido de fastidio, se hundió en el mullido sillón de cuero frente a la chimenea y estiró las piernas. Las llamas bailaban frente a sus ojos verdes que en realidad hacían más que solo observarlas: reparaban con fatalidad el futuro, con un destino tan truhan como su propio historial amoroso.

Bebió un sorbo y relajó el ceño formado en su frente, pensando en toda la carga que ahora, como cabeza de la familia, sostenía sobre sus hombros.

Tenía la responsabilidad de encontrarle un esposo adecuado y conveniente a su hermana Betsy, y ocuparse, oportunamente, de hacer lo propio con la más pequeña de los Fitzroy, Hope. Además, también debía enfrentarse a la tarea diaria de desviar el tema de su propio matrimonio, cada vez que conversaba con su madre, lady Amalia, condesa viuda de Fitzroy.

La mayor de sus hermanas, Anne, gracias al cielo ya había encontrado al marido perfecto. Si bien, las más pequeñas eran más dóciles que la susodicha, dudaba mucho que fuese una tarea fácil conseguirles matrimonios ventajosos, aunque ya había planeado un posible compromiso para la debutante.

De pronto, el crujido de la madera que se abrió con sigilo, le hizo voltear la cara para encontrarse con una elegante dama que cerró la puerta tras de sí. El sonido que produjo el roce de la seda al compás del taconeo pausado, hizo que Joss arqueara una ceja y presionara los labios. De inmediato se puso de pie y en alerta.

—¿Se ha perdido, milady? —inquirió, con las manos unidas a su espalda, para que la dama no se atreviera a comportarse fuera de lo que el decoro mandaba con sus persuasivas e insistentes

insinuaciones.

—Es un pésimo anfitrión, milord. Pensé que sería tan amable de mostrarme los jardines de su residencia, pero no lo encontré por ninguna parte… —La mujer, que no era otra que lady Scarlett Granville, condesa de Warwick, pronunció aquellas palabras con sinuosidad.

La dama era joven y preciosa, pero su reputación era tan reconocida como lo infeliz que resultó su matrimonio con un hombre mucho mayor, y que para variar, era un caballero honorable, conocido por su sentido de la justicia y su fuerte carácter. De ninguna manera él, por un simple revolcón, pensaba meterse en un embeleco que podría causarle muchos problemas y no terminaba de comprender, cómo un hombre tan brillante como lord Archivald, no tomaba medidas sobre la conducta tan indiscreta de su esposa. En su círculo, eran habituales las relaciones ilícitas, siempre y cuando se cuidasen las apariencias y tomasen recaudos necesarios, pero lady Warwick traspasaba todos los límites de la sensatez.

—Pues ya me ha encontrado, y no creo que resulte conveniente que esté aquí —extendió su mano hacia la puerta—. Si es tan amable, la invito a regresar a la fiesta y disfrutar de la compañía de su querido esposo, que seguramente estará desesperado buscándola.

El semblante de la dama se desencajó, y de inmediato se puso roja como un tomate.

—¿Por qué me rechaza? —increpó sin rodeos, acortando la distancia que los separaba.

—Digamos que, su situación es un poco complicada como para atreverme a aceptar sus atenciones —replicó Joss, con una mueca que casi pareció una sonrisa.

—¿Me dirá que nunca se metió entre las piernas de una mujer casada? ¡No me haga reír, lord Fitzroy!

—No pensaba decir tal disparate —refutó con bellaquería.

—Entonces, ¿por qué me desprecia? —insistió la bella morena de ojos azules, que se acercaba cada vez más a él.

—Milady, le aseguro que a ninguno de los dos nos conviene este desafortunado encuentro. Le suplico que regrese a la fiesta, y yo haré de cuenta que esta conversación nunca existió.

—Antes, deme una buena razón —porfió la dama, sin intención de rendirse con tanta facilidad.

—Usted no me gusta, condesa, y estimo en demasía a lord Warwick. Si es tan amable… —Joss volvió a enseñarle la puerta con una sonrisa fingida que colmó la paciencia de la mujer.

—Pues me niego a hacerlo. —La dama se lanzó encima de Joss, rodeándole el cuello—.

No puede decirme que no le gusto, cuando ni siquiera se ha tomado el tiempo de comprobarlo.

En ese instante, las puertas se abrieron y el corazón de Joss se detuvo por unos momentos, imaginando lo peor. Sin embargo, comprobar que la mirada confundida y cargada de preguntas que lo escrutaba, no era otra que la de su hermano Resse, lo hizo respirar aliviado.

—No sabía que estabas ocupado —pronunció Resse con frialdad.

—No lo estoy en absoluto; la condesa se perdió, pero estoy seguro que ha recuperado el sentido común y ha recordado el camino que conduce al salón de baile, junto a su esposo. ¿Cierto, milady? —Joss tomó las muñecas de la dama, presionando con fuerza y apartándolas de su cuello.

Con una mueca de incomodidad y fulminándolo con sus ojos iracundos, la mujer asintió.

—Cierto… —Joss la soltó—. Pero recuerde que tenemos una conversación pendiente, milord. —La dama realizó una leve reverencia y salió furiosa del despacho, pasando al lado de Resse que se había cruzado de brazos y recostado en el umbral de la puerta, observando el espectáculo con absoluta tranquilidad.

Con una ceja arqueada, observó sereno a su hermano mayor.

—No es lo que imaginas. —Se excusó Joss—. Esa maldita mujer no se rinde, me ha estado asechando en cada baile… —Se frotó el pelo rubio con exasperación.

—Resultas una novedad para ella, puesto que las malas lenguas dicen… bueno. —Resse se encogió de hombros, sin terminar lo que diría—. Me debes una.

Joss afirmó con la cabeza.

—¿Ha ocurrido algo?

—Venía a decirte que Alexander acaba de llegar.

Los labios de Joss se curvaron en una sonrisa de satisfacción y por primera vez en la noche, sintió sosiego.

—Es la mejor noticia que has podido darme —replicó, acomodando su pelo y su levita negra—. ¿Ha venido solo?

—Edmund lo acompaña —respondió Resse, mientras Joss negaba con la cabeza pues, el hermano menor de su amigo no le resultaba del todo confiable—. ¿Qué te traes entre manos, Joss? ¿Por qué el duque de Inverlochy vendría desde tan lejos a la presentación de nuestra hermana? No estarás pensando en…

Joss afirmó con la cabeza y Resse se puso lívido.

—Es precisamente lo que piensas —confirmó Joss—. Si llego a un acuerdo con Alexander, habré resuelto uno de los principales problemas que me aquejan y podré dormir un poco más tranquilo en las noches —ironizó.

—Pero el duque tiene tu edad…

—Pues no soy tan viejo —refutó Joss, arrugando el ceño.

—Betsy apenas tiene diecisiete, y Alex le dobla la edad, sin mencionar que no sabemos si en lugar de corazón, tiene una piedra en el pecho. ¿Crees que funcionará? Acabas de ver en persona, el resultado de un matrimonio con una enorme diferencia de edades —señaló la puerta por donde acababa de salir la condesa de Warwick.

—Nuestra hermana no es ninguna casquivana y Alexander no es tan viejo como lord Warwick. Además, es bien parecido, serio y responsable, y lo más importante, le brindará una posición privilegiada a Betsy dentro de la sociedad. Resultará favorable para todos.

Resse no terminaba de convencerse, pero no siguió con los muchos argumentos que tenía para evitar que su hermano mayor llevara adelante sus planes. Además, Joss conocía mejor a Alexander y quizás, sus razones eran más convincentes que sus absurdas objeciones guiadas siempre por los sentimientos.

—Para tu tranquilidad, estarás presente cuando negociemos las condiciones del matrimonio de Betsy; estoy seguro que estará encantada cuando le informemos que será duquesa. —Joss palmeó la espalda de su hermano y siguió hacia la puerta con entusiasmo.

—Creo que madre estará más encantada que Betsy… —Bromeó Resse, más relajado, caminando al lado de su hermano por el pasillo que conducía al salón principal.

Felicity Sutton había llegado inesperadamente a Londres con su tía, que no perdía las esperanzas de casarla con un partido conveniente, a pesar de que ya tenía veinticuatro años. No se resignaba con que la única hija de su difunta hermana fuese una solterona consumada. Sin embargo, asistir al baile de los Fitzroy, terminó de convencerla que había tomado una decisión acertada con respecto al matrimonio, y debía agradecérselo nada más y nada menos que a la joven esposa de su tío Archivald, quien había salido furiosa de aquella habitación, después de que su encuentro amoroso con el anfitrión de aquella fiesta, fuese interrumpido por el hermano de la cita clandestina de su tía política.

Repudiaba la actitud de la dama, pero condenaba a los hombres que a sabiendas de la situación de una mujer, aceptaban sus atenciones porque no eran capaces de mantener sus manos

quietas y los pantalones en su sitio.

Cuando los dos caballeros caminaron como si nada por el pasillo, ninguno advirtió su presencia. Había seguido a lady Warwick con la intención de advertirle que el conde la estaba buscando, y sin querer había contemplado su entrada en el despacho. Cuando el otro caballero Fitzroy irrumpió en el estudio, oyó varias voces y comprendió lo que ocurría, mas decidió permanecer oculta hasta que los dos se perdieron en dirección a la fiesta, bajo su mirada severa.

Caminó en la misma dirección que los susodichos y cuando se adentró entre la multitud, se topó con su tía Evelyn.

—¿Estás bien? Te ves pálida —observó la mujer.

—Sí, tía, pero si no le molesta, me gustaría marcharme. Estas fiestas no son para mí…

—Debemos preguntarle a tu tío; estoy segura que dependerá del humor de su… esposa —masculló con desagrado.

Felicity rodó los ojos y suspiró resignada.

CAPÍTULO 1

Camberley, Surrey

Una semana después, camino a Winchester…

—¿Tan apresurado está, milord? Pareciera que el mismo diablo lo persiguiese.

—¿Cómo? —Con sorpresa, Joss levantó la vista del camino y observó a su alrededor para finalmente centrarse en Tom, su ayuda de cámara que trataba de mantenerse sereno al ritmo acelerado en el que iba el carruaje conducido por el conde, y también en la multitud de nubes amenazantes que se agolpaban sobre ellos desde atrás—. ¡Dios mío! —Joss miró hacia el frente y agitó las riendas del par de caballos. Retornó a mirar a su espalda y le preguntó al lacayo —: ¿Consideras que deberíamos hacer alguna parada?

A medida que Tom examinaba los nubarrones, asintió con la cabeza.

—Sí, milord. Debemos buscar refugio o lo tormenta nos cogerá.

Joss soltó un juramento. No le hacía ninguna gracia la idea de terminar empapado. Sintió en la garganta el nudo de la desesperación; con los ojos fijos en el camino que los caballos recorrían a toda velocidad, buscó alguna alternativa.

Su libertad se le estaba escapando de a poco ante la insistencia de su madre de ensartarle a una de las tantas hijas de sus amigas, cuyos nombres fueron escritos en una detallada lista donde se enumeraba sus virtudes y defectos a detalle, y que le fue entregado por su progenitora para que escogiera a la candidata más adecuada, por lo que, después de la ceremonia íntima en la que se desposaron su hermana Betsy y Alexander, había decidido huir de aquella asfixiante, incómoda y descabellada situación en la que poco a poco estaba cayendo sin remedio. Que el destino quisiera aguar sur planes, anteponiendo una tormenta antes de llegar a sus dominios en Winchester, lo ponía de muy mal humor porque estaba encaprichado con no regresar a Londres hasta que fuera el momento de buscarle esposo a su hermana menor.

—El ciervo —musitó como última alternativa—. Llegaremos a tiempo antes de la tormenta.

Tom lo miró con pena y con un suspiro de lamento, se encaramó con fuerza al coche que tomó la curva para el desvío a la posada a toda velocidad.

«Al menos, pronto estarían a salvo», pensó el lacayo y, de hecho, fue de esa manera porque llegaron justo cuando la lluvia comenzó a descargarse del cielo.

El posadero de inmediato los atendió, informando que había un concurso de lucha esa noche y que estaban llenos, pero que, por ser un cliente habitual, le cedería uno de los aposentos discretos que había reservado para cierta dama que aún no llegaba.

—¿No tendrá inconvenientes? —cuestionó Joss a Trevor, el corpulento posadero que conocía hace años.

—La dama en cuestión pidió dos habitaciones, pero estoy seguro que si le explico la situación, no tendrá ningún inconveniente en compartir una con su tía.

—¿Dos damas viajando solas? —increpó él con el ceño fruncido.

—La señorita Sutton no es una simple dama, milord; pierda cuidado.

—¿La señorita Sutton? —increpó Joss, que entornó los ojos y recordó haber leído en la lista de su madre aquel apellido; de hecho, le había cuestionado a la condesa viuda acerca de la joven pues nunca había oído hablar de ella, y la misma le informó que se trataba de la única sobrina de lord Warwick que vivía en el campo y nunca fue presentada en Londres.

«Es la joven rubia a quien no le quitabas el ojo», bromeó en aquel momento su hermana Anne, que había acudido con su esposo al desayuno familiar, y entonces la recordó.

—Sí, milord. Es la sobrina de lord Warwick —confirmó el posadero y Joss sintió un repentino interés por una dama que apareció de la nada, y cuyo nombre ahora bailaba de un modo recurrente a su alrededor.

—Y, ha dicho que viaja solamente con su tía, ¿cierto?

—Sí, milord. Casi nunca sale de sus dominios en Southampton, pero cuando las circunstancias lo ameritan, lo hace junto con su viejo cochero y su tía, la hermana más joven del conde de Warwick.

Joss sacó una moneda y se la entregó a Trevor.

—¿Qué más puede decirme acerca de la señorita? —inquirió raramente curioso.

El posadero guardó aquella valiosa moneda y contestó:

—Es una agradable dama, y muy hermosa, con una cuantiosa fortuna que, por supuesto, es administrada por su tío.

—Ah ¿sí? —intervino Joss y Trevor afirmó con la cabeza.

—He oído que ella misma lo decidió de ese modo, pues al cumplir los veintiún años ya pudo tomar posesión de sus bienes, pero como el conde es bueno en los negocios y triplicó el capital que la joven recibió por herencia mediante varias inversiones, la señorita Felicity decidió que todo siguiera el mismo curso. Según ella, de todos modos, nada cambiaría en su pacífica y perfecta vida. —Trevor se encogió de hombros.

—Así que, Felicity… —musitó Joss, arrastrando el nombre de la dama.

—La señorita Felicity tiene veinticuatro años y aún no se ha casado… —agregó el posadero, ansioso por ganarse otra moneda.

Joss lo comprendió a la perfección y extrajo otra moneda para dársela.

—Entonces, no ha habido pretendientes…

—¡Oh! ¡Vaya que sí los hubo! Pero la señorita Sutton los espantó a todos a punta de pistola. —Una sonora carcajada escapó del posadero—. Ya le he dicho, milord; la señorita Sutton no es una simple dama y le aseguro que sabe cuidarse perfectamente sola.

—Esperemos que sea de ese modo, Trevor. Por favor, encárgate de que mis caballos tengan un sitio en tu establo y consígueme un mozo que pueda cuidarlos. Solo he venido con Tom… —Joss suspiró, haciendo alusión a su ayuda y dando por terminada su charla con el posadero.

—Por supuesto, milord. ¿Asistirá a ver el espectáculo? La mayoría de los lores han venido expresamente para participar de este evento…

Joss lo pensó detenidamente y afirmó. No le vendría mal un poco de distracción antes de irse a la cama. Necesitaba relajarse y olvidar toda la tensión que le confería ser el cabeza de una familia con jóvenes a quienes les debía buscar un esposo. Al menos, ya solo quedaba una damita a quien casar, aunque sin mentirse a sí mismo, lo que más le preocupaba era su propio destino. Tenía treinta y cuatro años y en algún momento debía casarse. Sin embargo, todas aquellas mujeres a las que su madre les presentó, no le resultaron para nada adecuadas y mucho menos agradables.

—Al menos, aquí estaré a salvo del matrimonio… —musitó, mientras se aseaba y cambiaba de ropa para bajar a presenciar el combate.

Felicity largó un profundo suspiro. Después de pasar el día viajando muy despacio por los

mareos y náuseas que le provocaban a su tía el traqueteo del coche, apenas le importaba lo que sucedía en la posada mientras contara con una habitación confortable para pasar la noche. Que el posadero le informara sobre un inesperado malentendido en relación a una de las habitaciones que reservó, la exasperó en demasía pero no estaba de humor para montar una escena. Estaba demasiado exhausta y la sola idea de no tener que regresar a Londres, calmaba su ira.

En la habitación, la esposa del posadero dispuso todo para que se aseara y quitara el polvo del viaje. Acomodó el camastro que metieron tras cederle a otro huésped su reserva y bebieron un poco de té.

—En media hora les traeré la cena, señorita —informó, marchándose del aposento.

—Se lo agradezco —dijo Felicity y la señora regordeta que las atendió.

—Este lugar está lleno, ¿sabes de alguna actividad que se esté llevando a cabo a los alrededores? —preguntó su tía Evelyn, recobrando el color y la estabilidad en su estómago.

—No he oído nada al respecto, pero tampoco me importa. Solo quiero llegar a casa…

—Si sigues en ese plan, jamás encontrarás un esposo adecuado, querida.

—Entonces, estoy haciendo bien las cosas —bromeó Felicity para exasperar a su tía—. Ya no se preocupe por mí; me gusta ser una mujer independiente que no se rige por las reglas de un marido y no cambiaré de opinión al respecto. Por favor, ya no insista con ese asunto, tía.

—Tu tío nos llevó a la fiesta de los Fitzroy con la esperanza de que conocieras a alguien, ¿nadie ha llamado tu atención? He oído que el conde está en la búsqueda de esposa y por lo que vi, es realmente encantador; ha acaparado la atención de casi todas las jóvenes en ese baile…

Felicity reprimió la mueca de desagrado que quiso formar en su boca. Si su tío supiera que clase de caballero era ese hombre y que su esposa mantenía una relación demasiado amistosa con el susodicho, jamás la querría emparejar con él.

—Pues yo estoy segura que lord Fitzroy no está para nada interesado en encontrar esposa.

«Al menos, no una propia…», pensó en su fuero interno y comenzó a sentirse inesperadamente incómoda por la conversación.

—Creo que iré a tomar un poco de aire, tía. El viaje me ha caído mal… —Se puso de pie.

—¿El viaje o la mención del conde? —Su tía arqueó una ceja, suspicaz.

—El viaje, por supuesto. ¿Qué tendría yo que ver con ese… caballero de ciudad? Ni siquiera lo conozco —retrucó, intentando no demostrar en demasía su desagrado.

—No lo sé, dímelo tú. Además, no me pasó desapercibida la mirada que te lanzó cuando

estaba en compañía de su cuñado y hermana.

—¡Por Dios, tía! ¿Tan desesperada está por deshacerse de mí que hasta se inventa esas cosas? —dijo con sorna—. Le aseguró que ese caballero no me vio precisamente a mí, y en todo caso, aunque lo hiciera, sería el último hombre en quien pondría mis ojos.

—Si tú lo dices, yo lo veo por demás bastante atractivo —insistió lady Evelyn.

—Entonces, ¿por qué no se casa con él usted?

—¡Oh! ¡Créeme que lo haría si pudiera! —replicó Evelyn, reprimiendo una sonrisa. Algo había sucedido para que su sobrina le tuviera tanta antipatía al conde.

—¡Es imposible! —Felicity, exasperada se puso su capa y fue hasta la puerta.

—¡Ten cuidado y no tardes mucho! —le gritó su tía entre risas, que se estaba divirtiendo a su costa.

Ella rodó los ojos y fue a por su paseo para tratar de reprimir un poco su malhumor injustificado.

Se había pasado pensando bastante en la situación indecorosa que envolvía a su tía política y al lord, pero decidió desechar la idea de comentárselo a su tío, ya que no era su asunto y estaba segura que tampoco le creería. La condesa de Warwick era una dama bastante hábil y de una u otra forma, terminaría saliéndose con la suya.

Lo mejor era olvidarse de todo lo que había visto a medias y regresar a su pacífica vida en Sutton Hall. Quedarse relegada a la categoría de solterona no le molestaba en absoluto. Además, tenía suficiente dinero para vivir cómodamente el resto de sus días y solo esperaba llegar a casa para dar —*con tranquilidad*—, aquellos largos y apacibles paseos por su propiedad. Había recibido mucha atención masculina de los jóvenes solteros de la región, pero nadie logró conquistarla o hacerle pensar en la idea de abandonar su vida tranquila e independiente para amarrarse al matrimonio.

En ese momento, y sin fijarse demasiado, chocó de frente con alguien y se tambaleó sobre sus pies.

—Pero, ¿qué tenemos aquí? —Una voz rasposa y con aliento a alcohol la tomó del brazo —. ¿Trevor te ha mandado para entretenernos? —volvió a formular.

Felicity agachó la cabeza para que la capucha de su capa le ocultara el rostro.

—Se ha equivocado, señor. Solo soy una huésped… —replicó ella, intentando deshacerse de su agarre.

—Pues has llegado en un muy buen momento… —la arrastró hacia una especie de sala, donde una pequeña comitiva de caballeros se encontraba reunida delante de una chimenea—. ¡Eh! ¿A qué no se imaginan que os he traído, señores? ¡Una damita que se ha extraviado! —gorjeó a todo pulmón y los demás observaron con malicia a la mujer con el rostro escondido.

—Creo que se ha equivocado, porque ha traído a rastras a mi prometida sin su consentimiento, Harrington —prodigó en tono autoritario otro caballero.

Aquella voz retumbó a espaldas del hombre que la tenía sujeta, y a Felicity le pareció muy familiar. Paralizada y deseando que la tierra se la tragara, no supo si ponerse feliz o maldecir su mala suerte.

No. No podía ser él… no precisamente él.

—¿Fitzroy? —musitó incrédulo su captor, aflojando lentamente el agarre de su brazo.

Ella aprovechó y se apresuró a deshacerse del agarre del hombre. Con prisa corrió tras la espalda del caballero que menos esperaba apareciera en su rescate.

—¿Cómo está, Harrington? ¿Recordando viejos tiempos? —Joss sonrió de lado, cruzando sus brazos sobre el pecho.

—Como en los viejos tiempos —afirmó el susodicho—. Asumo que no está en posición de unírsenos, y respecto a la dama, no puede culparme por no haberla tomado como a su distinguida prometida. ¿Quién en su sano juicio, pasearía por una posada repleta de hombres a estas horas, y menos sin carabina? —cuestionó la educación de Felicity, arqueando una ceja—. Sin embargo, tratándose de la futura esposa de un buen amigo, le imploro me disculpe, futura lady Fitzroy —dijo con sorna, inclinando levemente la cabeza.

—Mi prometida es del campo y no está familiarizada con las costumbres de la ciudad, mas, le doy la razón y hagamos de cuenta que este asunto no sucedió —propuso Joss para salvaguardar la reputación de la dama que de inmediato había reconocido como la sobrina de lord Warwick; la muchacha rubia que había llamado su atención cuando conversaba con su cuñado y hermana en la presentación de Betsy.

—Por supuesto —replicó lord Harrington y se volvió a sus acompañantes—. Señores, ¡aquí no ha sucedido nada! Brindemos por la irreparable pérdida de uno de los nuestros. —Tomó una copa de madeira que le habían servido con la cena en la habitación y se volvió nuevamente a Joss—. ¡Por el compromiso de lord Fitzroy!

—¡Por el compromiso de lord Fitzroy! —dijeron al unísono los demás caballeros.

—Prometo invitaros a la despedida de soltero —bromeó y todos rieron a carcajadas—. Si

nos disculpan, caballeros, mi prometida y yo tenemos un asunto del qué ocuparnos.

Y realizando una leve venia, dio media vuelta tomando a Felicity por la cintura y arrastrándola hacia las caballerizas que aparentemente estaba desierta.

Felicity se había contenido de reclamarle el agarre en su talle y apretó los dientes hasta que el conde la soltó frente a las cuadras.

—¿Acaso se ha vuelto loca? ¡¿Cómo se le ocurre pasear a estas horas por un establecimiento repleto de caballeros?! —Le increpó extrañamente furioso, lo que provocó la ira de Felicity.

—Con todo respeto, milord, le agradezco que me haya rescatado de semejante situación incómoda, pero usted no tiene ningún derecho a reclamar mis decisiones. ¡¿Quién se ha creído?! —reprochó con sus ojos celestes llameantes por tal atrevimiento.

—¿El hombre que acaba de salvarla de ser la diversión de una veintena de caballeros ebrios? —dijo con sorna Joss, cruzándose de brazos y arqueando una ceja.

—Pues no hubiera intervenido; le aseguro que me las habría apañado para salir sin un solo rasguño del asecho de sus amigos.

—Que quede claro que no son mis amigos, y juro que habría sido incapaz de escapar de hombres como Harrington. No peque de inocente, señorita Sutton.

Felicity entornó las cejas. El conde la había reconocido, pero ¿cómo? Jamás los habían presentado y ella casi nunca iba a Londres.

—Se estará preguntando cómo la conozco, ¿cierto? —dijo Joss, sacándola de sus pensamientos.

—Pues se equivoca; no me interesa saber cómo me conoce, ni nada que tenga que ver con usted —realizó una reverencia, dispuesta a marcharse y alejarse de él, pero, cuando pasó por su lado, él la tomó del brazo ejerciendo un fuerte tirón que la apretó contra su cuerpo. La otra mano del conde se afianzó en su cintura y le fue imposible escapar—. ¿Qué hace? ¡Suélteme! —exigió, removiéndose entre sus brazos, mientras ese calavera le sonreía con cinismo—. Si no me suelta, ¡gritaré! —Lo amenazó y él rio con ganas, lo que la encolerizó aún más.

—Grite y lo único que conseguirá es que su nombre esté involucrado con el mío, y estoy seguro que sabe perfectamente lo que eso significa… —susurró Joss en su oído y la soltó a desgana.

Felicity retrocedió unos pasos y lo observó con horror. Su cara se puso roja y rápidamente se quitó la capucha, mientras negaba con vehemencia a la posibilidad de que ocurriera lo que el

hombre acababa de mencionar.

Joss no había podido verla bien en la penumbra y más aun con el trozo de retazo que le cubría parcialmente el rostro. Sin embargo, cuando la joven, en un acto de rabia se despojó del dominó, se quedó sin palabras.

Era mucho más hermosa de lo que recordaba.

Notó que los labios de la señorita Sutton se movían, pero no había oído una sola cosa de lo que decía. Por espacio de un minuto entero permaneció absorto, con la mirada fija y la mente totalmente turbada por la visión que tenía delante de sí. La joven era de estatura media, y su frente quedaba a la altura de su garganta. Tenía el cabello de color rubio muy brillante y suelto, que ondeaban dándole un aire desenfadado y terrenal. Sus delicadas cejas enmarcaban unos grandes ojos azules, cuya expresión resultaba difícil de comprender en medio de aquella cerrazón.

Tenía la nariz recta, el cutis de alabastro y sus labios rosados simplemente suplicaban que los besaran. Joss sintió en su interior el impulso de besarlos, pero probar a una mujer de la condición de la señorita Sutton, simplemente no era correcto. Había un solo rumbo para tener a alguien como la dama en su cama, y ese camino era el matrimonio. Sin embargo, ante su falta de respuesta a los aparentes reclamos que no oyó, o más bien, no quiso escuchar, notó el ceño que se iba frunciendo entre sus ojos e imperceptiblemente dejó que se curvaran sus labios en una lobuna sonrisa.

Entonces, supo lo que quería hacer y lo único que quedaba por discernir era cómo la convencería, mas las palabras de la dama en cuestión, lo devolvieron de sus pensamientos.

—¡Jamás me casaría con un caballero como usted! —lanzó mordaz, con el pecho subiendo y bajando por la respiración agitada.

Joss parpadeó y, con aparente calma le contestó en un tono suave pero letal.

—¿Con un caballero como yo?

En ese minuto en que había por fin tomado una decisión, al parecer la señorita Sutton había hecho su propio juicio sobre su persona.

—Con un caballero como usted —ratificó Felicity con el mentón elevado.

—¿Podría iluminarme? Porque le aseguro que existen muchos epítetos que podrían encajar con un hombre como yo, mas déjeme aclararle que, lamentablemente para usted, no soy un caballero. —Joss se cruzó de brazos y, con una ceja arqueada, aguardó pacientemente la respuesta de la joven. ¿Qué demonios había pensado ahora esa muchacha insensata?

—¿Negará que usted es el conde de Fitzroy?

—En absoluto; el que viste y calza a su completo servicio —añadió con sorna, echando más leña al fuego.

—Entonces, es el caballero al que me estoy refiriendo —insistió la dama con el ceño aún más fruncido.

—Por si no lo sabe, señorita Sutton, ser conde solo me convierte en lord, no en un caballero. —Joss se acercó hasta ella, tomó su barbilla con delicadeza y con una abrumadora rapidez, bajó la cabeza y le ensartó un besó en los labios—. Los caballeros no harían algo como lo que acabo de hacer. ¿Ahora comprende la diferencia? —susurró burlón. Se separó de la joven y sonrió triunfal cuando la obstinada señorita Sutton se quedó paralizada, con los ojos abiertos como platos, y le tez pálida.

—¡¿Cómo se atreve?! —indagó Felicity, después de varios minutos en los que tardó recobrarse del inesperado contacto con los labios del caballero—. ¡Usted es peor de lo que pensé! —levantó la mano para propinarle una bofetada, pero el hombre la detuvo a tiempo, sujetando con firmeza su muñeca.

—¿Después de que acabo de salvarla? —miró su mano y sus ojos verdes se oscurecieron —. Lo siento, querida, pero no dejaré que me abofetee.

El tono acerado que destilaba la voz grave de Joss era una clara advertencia que Felicity captó. Tragó grueso y se alejó dando un paso hacia atrás cuando él la soltó.

—Pues, evite cruzarse en mi camino de nuevo, o verá algo más que mi mano y le aseguro que entonces, no podrá detenerme ejerciendo su fuerza, milord —realizó una rápida reverencia y regresó prácticamente corriendo al interior de la posada.

Joss permaneció pensativo en la penumbra, observando cómo la silueta de la joven que lo acababa de amenazar con dispararle, se perdía de su campo de visión. Suspiró hondo, sonrió con malicia y silbando, caminó inusualmente de buen humor hacia el recinto donde se llevaría a cabo el combate de boxeo.

CAPÍTULO 2

Felicity llegó furiosa a su habitación y gracias al cielo su tía ya estaba durmiendo, o no la habría dejado en paz con su interrogatorio. Se mojó el rostro con agua después de quitarse la capa y los guantes, y luego se metió a la cama.

Apenas pudo conciliar el sueño, y no sabía por qué se sintió tan culpable luego de alejarse de lord Fitzroy, después de todo lo que ese caballero impertinente le había hecho. Había decretado que era su prometida y para variar, ¡la besó sin su consentimiento!

En su mente no paraba de bailar la sensación de aquellos labios grandes y delgados, pero bien proporcionados, esculpidos con la intención de fascinar. Y en efecto, la habían fascinado porque no podía apartarlos de sus pensamientos.

Cuando la aferró por el brazo, tirando de ella hacia adelante y aterrizó contra él, sus senos se habían presionado contra su pecho duro y sus caderas contra sus recios muslos. El impacto la había dejado sin aliento, sofocada y confundida.

Se había sentido tan incapaz ante la autoridad que ejercía su cuerpo sobre ella, pero la conmoción la sacudió cuando se encontró con su mirada verde, cuya expresión le provocó un peculiar escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Tragó saliva y absorbió aire con dificultad en la desesperada necesidad de respirar al percatarse del rumbo de sus pensamientos.

—No. —Negó debajo de las cobijas con vehemencia.

No podía pensar de aquella manera precisamente en ese caballero, pero tampoco lograba suprimir el estremecimiento que la recorría de arriba a abajo cada vez que evocaba aquel casto e inocente beso.

Cerrando los párpados con fuerza, casi al amanecer se quedó dormida y le costó bastante despegarse de las sábanas. Para cuando el cochero tuvo listo el carruaje con la intención de continuar su camino a casa, Felicity soportaba un fuerte dolor de cabeza por culpa del insomnio y estaba con un humor insufrible.

—¿Ha sucedido algo? —cuestionó su tía—. Desde anoche te comportas de un modo extraño —justificó su pregunta.

—No dormí bien, y el dolor de cabeza es insoportable… —musitó ella, excusándose.

Lady Evelyn Granville la estudió con detenimiento y no volvió a hacerle ninguna pregunta. Estaba segura que algo había pasado cuando salió a tomar aire, pero conocía el carácter de su sobrina y sabía que sería inútil seguir hostigándola.

Felicity había perdido a sus padres a los catorce años y desde ese momento ella había renunciado a su vida en Londres para mudarse a Southampton y acompañarla, pues, aunque ella y su hermano Archivald la habían querido trasladar a la capital, su sobrina se negó en rotundo y desechó por completo aquella posibilidad. Archivald incluso la había amenazado sutilmente con no entregarle su herencia en cuanto cumpliera los veintiún años, tal y como lo estipulaba el testamento de su difunto cuñado, con el único propósito de llevársela a su casa, pero ella luchó con obstinación y logró convencerlos de que desecharan aquella idea. Entonces, lady Evelyn tomó la decisión de dedicarse a su desamparada sobrina en cuerpo y alma.

Ahora, la preocupación que los asechaba era la absurda idea de la muchacha de no casarse y, aunque ella no era quién para refutar sus motivos y convencerla de entregarse al matrimonio, deseaba con todo su corazón que su única sobrina sí tuviera la posibilidad de encontrar el amor y experimentarlo.

De repente, sintió una fuerte sacudida y ambas emitieron gritos por el espanto.

—¡Por Dios! —exclamó Felicity y, en cuanto el coche se detuvo, abrió la puerta del carruaje para investigar qué había sucedido.

—Caímos en un pozo… —dijo Willy, el viejo cochero, mientras observaba la rueda derecha del carruaje hundida en un pozo con charco.

—¡Pues has debido prestar mayor atención! —Lo reprendió Felicity, inusualmente furiosa y el hombre palideció ante aquella reprimenda, pues la señorita Sutton nunca había reaccionado de aquella manera con ningún empleado—. Lo siento, Willy… —susurró, dándose cuenta de que fue muy dura con el pobre hombre—. ¿Cómo podemos solucionar este problema? —miró el cielo que estaba nublado—. Me gustaría llegar a casa antes que nos alcance la tormenta…

—Bueno, si conseguimos algún tronco y ramas, podríamos salir del pozo… y lo siento mucho, señorita, le juro que no vi el agujero; pensé que era un charco más del camino —explicó apenado el lacayo.

—La que lo siente soy yo, Willy. Mejor olvidemos eso y busquemos algo que sirva para llevar a cabo la idea que tienes. —Felicity le sonrió y el hombre asintió.

Después de media hora recolectando ramas, ella y el viejo cochero pusieron manos a la

obra. Sin embargo, cuando el hombre estaba colocando la madera bajo la rueda, un coche los alcanzó y Felicity sintió aquella misma sensación de incapacidad para controlar su genio y la agitación interna que le producía la presencia de ese hombre, cuando lo vio descender de su trasporte con suma agilidad.

No sabía que los caballeros de ciudad pudieran moverse de aquella manera. Además, tuvo la oportunidad de observarlo con detenimiento y constatar que era mucho más alto y grande de lo que parecía. Era un hombre delgado pero musculoso, y sin embargo, su coordinación fue impecable, con una fluida elegancia que impregnó la perezosa reverencia que realizó cuando la vio.

—Señorita Sutton, un placer encontrarla de nuevo…

Sus palabras, pronunciadas con una voz tan profunda, no tardaron en hacer mella en su conciencia y hacerla recordar su beso. Felicity luchó por dominar sus pensamientos maliciosos en relación a la extraña tensión que la simple presencia de ese hombre le provocaba, y se mordió la lengua mientras lord Fitzroy y su acompañante intercambiaban soluciones posibles con su empleado.

Ella se mantuvo callada y solo había respondido a su saludo con una leve venia. Sin embargo, cuando su tía Evelyn descendió del coche y lo vio, perdió todo su autocontrol.

—¡Oh, lord Fitzroy! Que sorpresa encontrarlo por aquí. —Evelyn observó a su sobrina, que se encontraba con los pies clavados al suelo y el ceño fruncido.

Joss realizó una reverencia y reconoció a la hermana más joven de lord Warwick, a quien lo habían presentado en la fiesta de Betsy.

Había despertado bastante tarde y con un muy buen humor después de una interesante noche en la que todos los lores presentes en la posada, se convencieron de que estaba prometido con una muchacha de la zona rural que resultaba un misterio. Sin embargo, tampoco se había sentido incómodo con aquel rumor, lo que lo llevó a meditar con la almohada sobre el impulso que se había apoderado de él cuando la besó, y aquel descabellado pensamiento de que la señorita Sutton podría ser una potencial candidata para esposa.

Después de todo, tarde o temprano debía casarse, y la dama en cuestión le resultaba mucho más interesante que aquellas jovencitas complacientes que prácticamente se lanzaban a sus brazos.

Observó de reojo cómo la señorita Sutton lo fulminaba con la mirada y, por sus puños presionados y la tensión de su cuerpo, podía jurar que se estaba mordiendo la lengua para no insultarlo. Era evidente que le desagradaba, mas desconocía sus motivos, por lo que no quiso

provocarla antes de averiguar el problema que tenía con su persona y solo se dedicó a apoyar al viejo lacayo que intentaría vanamente sacar la rueda del carruaje del profundo pozo en el que había caído.

—Milady, es un placer volver a verla a pesar de las circunstancias —saludó Joss y observó a Felicity—. Desconocía que la señorita Sutton emparentaba con usted…

—¿Conoce a mi sobrina? —increpó Evelyn, arrugando el ceño—. No me has dicho nada, querida… —Se dirigió a Felicity que se sonrojó al instante.

—En realidad, nos vimos en la posada y no pude evitar presentarme con tan encantadora dama —explicó rápidamente Joss, sonrojando aún más a la muchacha—. Sé que no fue lo más correcto, pero no puede culparme… —fijó sus ojos verdes en Felicity y Evelyn rio con ganas.

—Por supuesto que lo entiendo, milord. Mi sobrina en una muchacha encantadora —asumió Evelyn, viendo la ira en los ojos de Felicity, a quien ignoró—. Dígame, lord Fitzroy: ¿tiene solución el inconveniente de nuestro coche?

—Lamentablemente, una solución rápida no, pero…

—Willy y yo ya hemos encontrado la solución, milord. Puede continuar con su camino y dejarnos trabajar tranquilos —intervino Felicity, interrumpiéndolo.

Joss, arqueó una ceja y la miró con fijeza.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Felicity alzó la barbilla, altiva—. Solo debemos usar estas ramas y empujar el carruaje —señaló los débiles troncos que habían recogido.

—La solución que sugirió el señor Willy, lamentablemente carecerá de éxito por la profundidad del agujero y lo más probable es que termine roto el eje del coche al realizar semejante esfuerzo, querida… —respondió Joss con una voz suave pero firme.

—¡Yo no soy su querida y tampoco necesito su ayuda! —bramó histérica y perdiendo todos los estribos.

Su tía y el cochero jadearon al escuchar sus palabras.

Joss sintió que lentamente se hendía su autocontrol. Presionó la quijada y cerró con fuerza ambos puños, mientras todos los músculos de su cuerpo se contrajeron, y sus nervios se tensaron por el esfuerzo de contener su exasperación.

Como todo Fitzroy, tenía un límite para tolerar ciertas actitudes que, a su parecer, no eran propios de una dama de la posición de Felicity Sutton, mas debía recordar que era una muchacha

rural y caprichosa que siempre se salía con la suya. Bueno, al menos fue lo que Trevor, el posadero, le había informado. Sin embargo, por un instante se le nubló la vista, pero entonces, controló su genio pensando en una mejor manera de castigarla por su insensatez. Así que, cuando cesó su irritación suspiró profundamente, dio media vuelta y, arrastrando la mirada de Felicity, dijo:

—Muy bien. Espero que su empresa resulte como espera —inclinó la cabeza, dio media vuelta y con un ademán de mano, le indicó a Tom su retirada.

—Señorita, ¡el conde tiene razón! —habló apresuradamente Willy—. No tenemos probabilidades. ¿Por qué no acepta su ayuda?

Felicity lo fulminó con la mirada y se mordió la lengua, anteponiendo su orgullo. No le pediría ayuda a un hombre desvergonzado que, además de mantener una relación ilícita con la esposa de su tío, se había atrevido a besarla. Se negaba a caer tan bajo y prefería someterse a la tormenta que recurrir a lord Fitzroy.

—Felicity, ¿por qué te niegas a aceptar la ayuda desinteresada de ese caballero? —cuestionó lady Evelyn.

—No cuestiones mis decisiones, tía. No aceptaré su ayuda y punto —afirmó con convicción, mientras veía cómo lord Fitzroy subía a su carruaje y estaba presto a marcharse.

—Pues yo sí la aceptaré —dijo su tía, mirando al conde—. ¡Milord! —Lo llamó, captando su atención y detuvo el carruaje cuyos caballos empezaron a dar sus primeros pasos.

—¡Tía! —reprochó Felicity.

—No estoy comprendiendo tu actitud en contra del conde, pero cuando lleguemos a casa, no te salvarás de darme una muy buena explicación, que estoy segura la tienes. Sin embargo, de momento no tenemos otra alternativa más que aceptar su ayuda. Así que, compórtate, Felicity Marie Sutton Granville —le advirtió en un severo tono y ella resopló, mas no contradijo a su tía.

Con la mandíbula tensa, Joss descendió despacio, y caminó con pereza hasta lady Evelyn, en tanto miraba a los ojos a Felicity que lo observaba furiosa, pero paralizada como una presa que era consciente de que no tenía más salida que rendirse.

A pesar de lo insufrible del comportamiento de la señorita Sutton, Joss volvió a sentir aquel mismo impulso que lo llevó a besarla en la posada. Sus manos le quemaban por el deseo de volver a hacer contacto con su estrecha cintura y presionarla contra su cuerpo que, en ese momento, claramente estaba tenso por algo más que la irritación.

Con una sonrisa encantadora a lady Evelyn, habló muy suavemente:

—¿En qué puedo servirle, milady?

—Me disculpo por el arrebato de mi sobrina, pero tiene por costumbre resolver todo por su cuenta —excusó a Felicity, arqueando una ceja en clara advertencia para que se disculpara.

—Lo lamento, milord —dijo entre dientes la muchacha, sin mirarlo.

—Acepto sus disculpas —expresó Joss por educación con la hermana de lord Warwick—. Si eso es todo, me despidió, milady —miró el cielo—. Me gustaría llegar a la siguiente posada antes de que la tormenta nos coja por sorpresa.

—Lord Fitzroy, antes de que se marche, me gustaría escuchar la solución que usted encontró a nuestro problema. Porque tiene una, ¿estoy en lo cierto? —inquirió la dama con amabilidad.

—La única solución que se me ha ocurrido, estoy seguro no será del agrado de la señorita Sutton, pero mi intención era ofrecerles viajar en mi carruaje —explicó, sin dejar de observar a Felicity—. Naturalmente, en el primer hospedaje que encontremos haremos una parada y enviaría a varios hombres a resolver la situación. El señor Willy deberá permanecer aquí hasta que enviemos la ayuda necesaria —terminó, volviendo sus ojos verdes a lady Evelyn.

—No podemos dejar solo a Willy —protestó Felicity, poniendo el palo a la rueda.

—La siguiente posada está a solo una hora de aquí. Estoy seguro de que el señor Willy se las apañará perfectamente hasta que llegue la ayuda —retrucó Joss, pero volviendo a retomar su mal humor por lo reacia que resultaba la joven a aceptar su ayuda. Respiró hondo y negó con la cabeza—. Lo lamento, señorita Sutton. Ciertamente, mi intención solo fue socorrerlas, pero si mi ayuda le resulta tan desagradable y le es imposible aceptarla, no tengo ningún inconveniente en dejar en sus manos la solución y seguir mi camino —masculló hastiado—. Así que, le preguntaré una sola vez, señorita Sutton: ¿acepta o no mi ayuda?

Felicity lo observó mientras esperaba su respuesta; notó la rigidez de sus hombros que expelían una fortaleza contenida y un enfado controlado. Sus labios formaron una línea firme, y el ceño arrugado le indicó que el conde no estaba jugando y que, si una vez más ponía excusas para no aceptar su oferta, se marcharía sin rechistar.

Tragando con esfuerzo y bajando la mirada, susurró apenas audible:

—Acepto…

Joss se cruzó de brazos, arqueó una ceja y dijo:

—No la escuché, señorita Sutton. ¿Puede repetirlo?

Felicity levantó la mirada y lo fulminó.

—He dicho que acepto su ayuda, milord.

—Chica lista. —Le dijo Joss solo para molestarla, y antes de que la muchacha le respondiera, se volvió hacia Tom y Willy para organizar el traslado del equipaje de las damas a su carruaje.

CAPÍTULO 3



Las damas iban dentro del carruaje en un tenso silencio. Lady Evelyn no le sacaba la mirada a Felicity, que fingía observar por la abertura de la pequeña ventana. Su tía estuvo a punto de preguntarle el motivo que la hacía detestar tanto a lord Fitzroy, cuando el coche se detuvo y el conde ingresó, tomando asiento frente a las damas.

A Joss no le agradaba la idea de que sus caballos favoritos fueran capitaneados por alguien más que no fuese él, aunque confiaba en Tom. Sin embargo, estaba exhausto y a decir verdad, ansioso por descubrir por qué lo detestaba tanto la señorita Sutton. Si en la posada había sopesado la idea de considerarla una potencial candidata para esposa por la curiosidad y atracción que le despertaba el carácter indómito de la muchacha, ahora estaba decidido a hacerla suya por el simple hecho de que ella necesitaba a un hombre que la ponga en cintura, además de que le gustaba y mucho. Nunca había sentido tanta atracción por una mujer que no le demostrase que el sentimiento era mutuo y a quien no le importaba decírselo abiertamente. Se sentía refrescante no poder predecir el actuar de la muchacha y, en vez de ofenderse, sentía la necesidad de conocerla más.

—Es muy diestro con los caballos, milord —alabó lady Evelyn para hacer conversación—. ¿Le gustan los equinos?

—Mucho; siempre que puedo, visito las cuadras del duque de Lancaster, en Reading; su excelencia es un experto y provee los mejores ejemplares pura sangre —explicó con suavidad—. Aunque, si hablamos de expertos en caballos, es menester nombrar al duque de Richmond y su finca de Gloucestershire. Ambas cuadras son las mejores de todo el reino.

—He oído a Archivald hablar sobre ello —afirmó lady Evelyn—. De hecho, uno de los caballos de mi sobrina viene de las cuadras del duque de Lancaster, ¿cierto, Felicity? —le preguntó a la muchacha con la intención de integrarla a la charla.

—Cierto —respondió secamente la joven, mirándolo por unos segundos para luego regresar la vista a la ventana.

Evelyn le prodigó una mirada de disculpa a Joss, que solo sonrió para calmarla, aunque por dentro estaba cansado de los desplantes de la dama y decidido a averiguar el porqué de su

desprecio.

Prosiguieron el viaje en silencio hasta que llegaron a la posada, donde Joss contrató a varios hombres para ir en búsqueda del coche de Felicity y su viejo cochero. Solicitó un cuarto para que las mujeres pudieran refrescarse y descansar, hasta que lo consideraran prudente. La actitud hostil de la sobrina de Warwick lo desquiciaba, pero no estaba en sus planes dejarla en paz… aún. Por lo que, agradeciendo que la joven dama permaneció en los aposentos mientras su tía se apersonaba en la taberna de la posada por un poco de té, aprovechó para hacerle una oferta que esperaba no rechazara.

Ambos tomaron asiento en una mesa alejada de los demás comensales, donde les sirvieron el té y lady Evelyn inició la conversación.

—¿Por qué mi sobrina no lo tolera, lord Fitzroy? —inquirió con sutileza, mientras bebía despacio del líquido humeante.

—Me ha sacado las palabras de la boca, porque iba a hacerle la misma pregunta, milady. Pero veo que usted tampoco sabe la respuesta… —dijo sin pelos en la lengua.

—Tal vez, si me cuenta los pormenores de sus anteriores encuentros, yo pueda deducir el motivo de su desagrado —propuso la dama, enarcando una ceja y decidida a descubrir cómo se conocieron ese par.

Joss sonrió enigmáticamente. No pensaba decirle que la había besado a modo de escarmiento por ofenderlo; sin embargo, entornó las cejas y con la mayor de las inocencias, respondió:

—En realidad, solo nos vimos una vez en la posada —emitió un hondo suspiro para proseguir—. Su sobrina cometió la imprudencia de pasearse sola, precisamente cuando había una reunión de varios caballeros de la ciudad. Harrington la tomó por una muchacha del pueblo y tuve que mentir para salvaguardar la reputación de la señorita Sutton —explicó, mientras la tía de la susodicha arrugaba el ceño.

—Y, ¿se puede saber qué mentira dijo?

—Pues, que era mi prometida y que, debido a que residía en el campo, no conocía mucho de las reglas del decoro. Supongo que ha oído hablar de lord Harrington…

—Desgraciadamente, sí. —Lady Evelyn se puso seria—. Y, ¿qué más sucedió entre ustedes? Porque asumo que después de rescatarla, intercambiaron algunas palabras…

—Para mi asombro, su sobrina se sintió bastante ofendida por mi irrupción, por lo que es imposible que el motivo por el que me detesta, sea haberla salvado —arrugó el ceño—. Desde

que me reconoció, lo cual me asombró bastante, demostró su desagrado, por lo que me inclino a pensar que la señorita Sutton ya me conocía o, en todo caso, ha sido víctima de rumores infundados sobre mi persona —explicó con un aplomo e inocencia impresionante.

Lady Evelyn sonrió con sorna y miró a los ojos al conde.

—Milord, puede que tenga razón y mi sobrina haya oído rumores sobre usted, pero ¿quién en su posición no ha sido víctima de habladurías infundadas? —replicó con astucia, restándole importancia al asunto—. Es normal dadas las circunstancias, pues se encuentra disponible en el mercado matrimonial. Así que, despreocúpese por lo que pueda haber oído Felicity sobre usted. Su mayor preocupación, en estos momentos críticos por la presión de su madre, debe ser encontrar a la candidata más adecuada…

Joss sonrió.

—Veo que la prisa de mi madre por encontrarme esposa, es de dominio público… —bromeó.

—Bueno, toda madre se preocupa por el futuro de un hijo.

—¿Aunque a veces exageren con sus métodos? —agregó Joss con diversión—. Pero, no estamos aquí para hablar de los métodos de mi madre, sino del motivo por el que la señorita Felicity no me tolera… —volvió al principal problema que lo aquejaba, pues lo de su madre prácticamente ya lo tenía resuelto. Solo faltaba caerle en gracia a la mujer que había escogido para tal cometido.

—Felicity tiene su carácter, no se lo tome personal, a menos que le interese en demasía la opinión que tiene sobre usted, cosa que solo podría ocurrir en caso de que sienta algún tipo interés en ella —concluyó la dama, conteniendo la emoción de que alguien de carácter como lord Fitzroy, estuviera dispuesto a cortejar a la testaruda de su sobrina. Estaba segura de que él sería el único capaz de doblegar ese carácter infernal que no le permitía disfrutar un poco más de la vida, por tomarse muy a pecho todo lo relacionado a la administración de sus tierras.

Expectante, observó el semblante inmutable de Fitzroy, hasta que una sonrisa se asomó en sus labios.

—Su sobrina me resulta interesante —fue lo único que dijo, no saciando la curiosidad de lady Evelyn que lo siguió perforando con sus ojos azules, muy parecidos a los de Felicity.

Estaba decidida a que confesara sus verdaderas intenciones, pero principalmente, sus motivos.

—¿Por qué dijo que era su prometida? —le increpó la dama, siendo directa—. Pudo haber

dicho que se trataba de una prima lejana; nadie habría cuestionado sus palabras. ¿Por qué afirmar que era su futura esposa? ¿Sabe lo que eso implica y las consecuencias que pueden traer sus palabras? —inquirió sin rodeos.

—Lo sé perfectamente —respondió Joss con tranquilidad.

—Entonces, ¿qué hará cuando los rumores de que tiene prometida, llegue a Londres y a oídos de su madre? ¿Ha pensado en la reputación de Felicity, después de que usted desmienta las habladurías? —lo siguió presionando.

—Desde el momento en que me inmiscuí en aquella situación por la reprochable conducta de su sobrina, no he hecho otra cosa que pensar en su reputación, milady —respondió con firmeza y severidad, dejando en claro que sería incapaz de aprovecharse de la señorita Sutton.

—Y se lo agradezco, pero, tarde o temprano todo Londres se dará por enterado de que, uno de sus solteros más codiciados, está comprometido con una desconocida, y usted sabe que indagarán hasta dar con el nombre de mi sobrina —explicó la dama con aparente preocupación —. Cuando mi hermano lo sepa, le hará la misma pregunta que le estoy haciendo, milord. Se toma muy en serio el bienestar de Felicity y, de hecho, nos preocupa bastante su futuro.

—Bueno, cuando todos se den por enterados del rumor, nos ocuparemos del asunto —dijo Joss, terminando su té.

—Y ¿se puede saber cómo se ocupará del asunto?

—Casándome con su sobrina —zanjó el conde, dejando sin habla a la dama que parpadeó un par de veces sin poder replicar a aquellas palabras—. Por ese motivo, estoy recurriendo a usted para conocer las razones que tiene la señorita Sutton para detestarme.

—¿Cuándo lo decidió, milord? —preguntó desconcertada Evelyn. Le encantaba la idea de un matrimonio entre el conde y su única sobrina, pero necesitaba sonsacarle sus motivos para haber puesto sus ojos precisamente en ella y estar segura de que la felicidad de la muchacha estaba en buenas manos—. Si solo ha visto una vez a mi sobrina, no tiene ningún sentido…

—En realidad, la vi en la presentación de mi hermana hace una semana, aunque no tuve el privilegio de presentarme. —Se excusó.

—Sigue sin tener sentido para mí. ¿Qué se trae realmente con Felicity? —lo cuestionó—. Si le soy sincera, esperaba que usted me dijera que quería conocerla, cortejarla, pero ¿casarse por un rumor? Usted es demasiado inteligente como para caer en una treta muy inocente… —Negó con vehemencia.

—Quizás, mi estimada señora, quien deberá ser lo suficientemente inocente para caer en

mi treta será su sobrina, por lo que necesito de su ayuda para descubrir el motivo de su aversión y enmendar lo que deba ser enmendado antes de nuestro compromiso, y usted sabe mejor que yo que no tenemos mucho tiempo. Será cuestión de unas semanas para que todo Londres lo sepa, por lo que quiero proponerle un trato.

Lady Evelyn estaba sorprendida con todo lo que le decía el caballero, pues había esquivado el matrimonio audazmente por mucho tiempo, demostrando que no estaba en sus planes ponerse la soga al cuello, de momento.

¿Por qué de repente cambiaba de opinión y escogía precisamente a Felicity? ¿Tendría segundas intenciones o estaría interesado en las propiedades de su sobrina?

«No», se respondió en sus adentros. No tenía sentido que un hombre como el conde, rico y que emparentaba con uno de los duques más poderosos de Escocia, tuviera interés en una cantidad insignificante de acres de tierra.

Entonces, ¿por qué? Solo necesitaba una razón realmente convincente para apoyarlo.

—¿Puedo hablar del trato? —insistió Joss, ante el mutismo de la dama que asintió con la cabeza—. Le quiero pedir que me permita pasar un tiempo con su sobrina; excuse mi amable ayuda para atribuir su repentina decisión de invitarme a pasar unas semanas en Southampton.

—¿Con qué propósito?

—Con el propósito de conquistar a mi futura esposa, naturalmente —contestó él, como si fuera evidente.

—Créame que soy una de las personas que más entusiasmada está por su interés en mi sobrina, mas debo insistir en que me revele sus motivos. ¿Por qué ella? ¿Por qué Felicity de entre tantas damas educadas y refinadas que tiene a su disposición en la ciudad? —increpó nuevamente.

—Le aseguro que ni yo mismo tengo la respuesta, milady. Solo puedo decirle que, si he de casarme en esta temporada, con la única persona que podría hacerlo es con su sobrina. No le puedo explicar de razones en este momento, solo tengo la certeza de que ella es la mujer adecuada para mí.

—¿Y ha sacado esa conclusión con verla una sola vez y en su peor momento? —siguió cuestionando lady Evelyn.

—Pues, si quiere ponerlo de esa manera, sí.

—¡Por Dios! —bramó la dama, como si él se hubiera vuelto loco—. No sé si sentir lástima por Felicity o por usted, conde. ¿Acaso no sabe que mi sobrina ha decretado no casarse jamás?

—indagó, arrugando la frente.

—He oído a mi madre mencionarlo… —respondió Joss con una sonrisa.

—Bueno, siendo franca no sé qué pensar; un pálpito no puede definir el futuro de un hombre como usted, y menos si va a arrastrar a mi sobrina ciegamente a su experimento, pero acepto su trato con una condición.

—Por supuesto.

—Si al cabo de las semanas no logra convencer a mi sobrina y su nombre sale a la luz como su futura esposa, debe resolver la situación dejando bien parada a Felicity. No me importa si tuvo la mejor de las intenciones, si puso todo su empeño en convencerla; usted deberá salvaguardar su honor y corregir el sentido de sus palabras. ¿Me ha entendido?

—Le prometo que, si ella no me acepta, diré que me han malinterpretado y que, tras vanos intentos, la señorita Sutton rechazó mi oferta. ¿Le parece bien? —Joss arqueó una ceja.

—Me parece bien.

CAPÍTULO 4

Felicity prefirió no ir con su tía a por el té porque no deseaba encontrarse con el conde. Era verdad que no le caía en gracia por su aventura con la mujer de su tío, pero había algo más que de solo sentir su presencia o escuchar su nombre, la irritaba en demasía, la ponía nerviosa y ansiosa, por lo que prefería atacarlo con su lengua viperina y alejarlo para ahuyentar aquella extraña sensación que le producía el caballero.

Un persistente dolor le martilleaba las sienes; no había dormido nada bien, consumida por las sensaciones que le había provocado el beso de aquel caballero que le había dejado en claro que de caballero no tenía más que el nombre; y ahora, que lo tenía a su alrededor, le preocupaba su extraña reacción a Joss Fitzroy.

Ese hombre, de una o de otra manera, la había afectado desde el principio, y no quería ni siquiera pensar en la posibilidad de que fuera otra cosa más que el simple desagrado por su forma licenciosa de manejarse con las mujeres casadas.

Sentada en una silla junto a la ventana, observó al motivo de su malestar dando órdenes a varios lacayos que el posadero le había asignado. Tragó con esfuerzo, asumiendo que el conde podía tener cualquier defecto, pero que, en definitiva, la vanidad y seguridad que demostraba eran justificables por su elegante y varonil apariencia.

Lo había visto vestido de gala en la presentación de una de sus hermanas y le resultó arrebatador, pero con traje de montar y aquella pelliza negra que acentuaba sus hombros y le otorgaba un aire desenfadado, podía jurar que no había conocido a un hombre más atractivo que él.

Entornó los ojos al percatarse del rumbo de sus pensamientos, y el dolor que sentía se acentuó por el pálpito desenfrenado en su pecho.

—No… —susurró para sí, apartándose de la ventana y paseando de un lado a otro por la habitación—. Cuando Willy regrese con el carruaje, nuestros caminos se habrán separado y todo resultará en un desagradable recuerdo… —habló sola, cuando la puerta de repente se abrió y emitió un grito por la sorpresa.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó su tía Evelyn con el ceño arrugado. Se acercó y notó lo

pálida que estaba, además de que temblaba—. Por todos los cielos, Felicity: ¿qué es lo que ocurre contigo? —indagó preocupada.

—Solo me ha asustado, tía… —susurró, cruzando sus brazos y regresando a la ventana—. Veo que el conde ya está resolviendo todo el problema y pronto podremos marcharnos a casa… —musitó sin apartar la vista de lo que sucedía afuera.

—¿Por qué te afecta tanto ese caballero? —cuestionó lady Evelyn y Felicity se tensó.

—No me afecta para nada, no tendría por qué —dijo secamente—. Solo me cae mal.

Lady Evelyn suspiró y se acercó a observar lo que tanto miraba su sobrina.

—No se puede negar que es un hombre muy bien parecido y con carácter… —musitó y oyó el resoplo de Felicity—. Se ha comportado a la altura con nosotras y debemos agradecérselo.

—Por supuesto —replicó apenas audible Felicity—. No olvidaré darle las gracias cuando nos marchemos. Supongo que en unos minutos nos vamos, ¿cierto? —Se volvió a mirarla y su tía estudió su semblante.

Nunca había visto a Felicity perder los nervios con nadie, pero lord Fitzroy tenía un efecto distinto en ella y no sabía si estar feliz o preocupada, pero el conde tenía razón al decir que indagarían sobre la identidad de su supuesta prometida y pronto el nombre de su sobrina estaría en boca de todos. Lo mejor era apoyarlo con su plan de conquista.

—Sí, querida. En unos minutos más partimos a casa…

—Me alegro —suspiró ansiosa la joven.

Lady Evelyn tomó aire suficiente para informarle sobre sus planes.

—He invitado al conde a pasar unos días con nosotras, a modo de agradecimiento en vista de que sus caballos necesitan descansar y la tormenta que se avecina es peligrosa. Sé que lo comprendes y no te opondrás —terminó y dio media vuelta para salir del dormitorio, aunque sabía que Felicity protestaría.

—Pero, ¡¿por qué?! —La sola idea del caballero pululando en su propia casa, le hizo sentirse amedrentada como nunca se había sentido. Parecía un cervatillo indefenso, asechado por un felino salvaje que estaba a punto de atacar.

—Ya te lo he dicho; para agradecerle su cortesía —respondió Evelyn, volviéndose a ella.

—Con darle las gracias y pagar la posada en su nombre, es más que suficiente —insistió ella—. Ahora mismo iré a resolver ese asunto, porque no pienso tolerar a ese hombre en mi propia casa.

—Lo lamento, pero ya lo invité y no me retractaré, Felicity.

—Debió consultármelo antes.

—Me hubieras dicho que no.

—¡Por supuesto que hubiera dicho que no!

—¿Por qué te cae tan mal?

—¡Porque sí!

—Pues esa no es una razón suficiente; así que, si no me explicas cuál es tu problema con ese generoso caballero, no cambiaré de opinión —zanjó Evelyn, logrando que los ojos de su sobrina se entornarán cada vez más.

—Esto no se lo perdonaré tan fácil, tía. —Negó con la cabeza, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Lady Evelyn estuvo a punto de retractarse, pero logró mantenerse firme y suspiró.

—En un par de semanas, me lo agradecerás… —masculló la dama que había perdido la paciencia—. Es por tu bien, niña, y si no quieres decirme el motivo de tanta antipatía con ese hombre, no haré nada al respecto y pasará una temporada con nosotras.

—¿Por qué, tía?

—Porque en unas semanas tu nombre estará en boca de todos; que el conde nos acompañe a casa, apagará los rumores o, por lo menos, aminorará la gravedad del asunto… —explicó más calmada.

—¿Mi nombre en boca de todos? ¿Qué rumores? —increpó sin comprender una sola palabra.

—Cometiste la terrible equivocación de que lord Harrington; un hombre bastante desagradable y cuya lengua tiene vida propia cuando bebe, se cruzara contigo en la posada. Lord Fitzroy no tuvo más remedio que decir que eras su prometida para que ese hombre te dejara en paz, pero estoy segura de que no olvidará el asunto y es cuestión de tiempo para que todo Londres sepa que el conde está comprometido con una muchacha del campo —explicó, suspirando dramáticamente—. ¿Ahora comprendes la gravedad del asunto?

Felicity se quedó pasmada con aquella información.

—Quiere decir que, ¿todo este problema se produjo por la mentira del conde? —Estaba más que furiosa otra vez.

—Una mentira necesaria, no le eches la culpa por tu insensatez —le advirtió Evelyn.

—A mí no me interesa lo que las personas de Londres opinen de mí. ¡Qué piensen lo que se les venga en gana! —exclamó Felicity, fuera de sí.

—Pues a mí sí, y a tu tío también; especialmente, por tu madre. ¿Crees que le hubiera gustado que su única hija sea la comidilla de todo Londres? —cuestionó, mirándola fijamente. Felicity esquivó la mirada y quiso rodearla para marcharse del dormitorio, pero su tía la sujetó del brazo—. Responde, Felicity: ¿piensas que tu madre estaría feliz?

Felicity se quebró por dentro al recordar lo que su madre le había pedido: que encontrara la felicidad y el amor como ella lo había hecho con su padre. Sin embargo, ella se había cerrado por completo a esa posibilidad después de ver que, tras la muerte de su padre, lady Evangelina Sutton se sumió en una profunda depresión.

Su madre murió de tristeza porque nunca pudo recuperarse de la pérdida de su esposo. Apenas soportó seis meses de la muerte de lord Sutton para seguirlo al más allá, y dejarla a su suerte. Ella no quería esa clase de amor, ella no deseaba ser tan irracional y egoísta como lo fue su madre. No quería enamorarse para que todo su mundo girara alrededor de un hombre que no sabía con certeza si la querría.

—Mi madre no pensó en mí cuando se dejó morir —replicó con frialdad—. ¿Por qué yo debería pensar en lo que ella hubiera querido?

—Felicity, no sabes lo que dices… —reprendió su tía—. Tu madre te amó más que a nadie en este mundo.

—¡Mentira! —bramó, deshaciéndose de su agarre—. A ella solo le importó mi padre, y dejó de querer vivir cuando él murió. No pensó en mi sufrimiento, no pensó que yo sí la necesitaba, que también la amaba, que en mí hubiera encontrado también amor. Fue egoísta y yo no pienso cumplir una tonta promesa que no hice —advirtió con severidad.

—Yo no permitiré que arruines tu vida de esta manera y te niegues a ser feliz —dijo su tía, también con los ojos llenos de lágrimas.

—No puede pedirme que haga algo que usted misma no hizo, tía. Al igual que usted, no necesito un marido para ser feliz —replicó.

—Pues entérate que yo sí quería casarme, sí estaba enamorada, sí deseaba formar una familia y sé lo significa sentirse solo —confesó con la voz temblorosa, ante el asombro de su sobrina—. No hagas que mi sacrificio sea en vano; siquiera, concédete la oportunidad de experimentar un cortejo, de no juzgar a cada caballero que se acerca a ti sin conocerlo. Al menos,

dale la oportunidad a lord Fitzroy de que lo conozcas, y si al cabo de estos días sigues con tu idea de envejecer sola, el conde y yo resolveremos el asunto para que el escándalo sea mínimo.

Felicity permaneció en silencio, sopesando las palabras de su tía. Ella siempre había creído que nunca se casó por propia decisión y no porque tuviera que escoger entre el matrimonio y terminar de criarla a ella. Se sentía devastada por dentro, culpable por ser la única responsable de que lady Evelyn se sintiera como le acababa de mencionar: sola.

—¿Puedes hacer eso por mí?

La voz de su tía la devolvió a la realidad.

Felicity levantó la mirada para ver a los ojos a su tía y finas lágrimas comenzaron a descender por sus mejillas.

—Yo… yo nunca quise que escogieras entre casarte o a mí… —musitó apenas audible.

—Fue mi elección, Felicity, pero si te lo dije es para que entiendas cuán importante es tu felicidad para mí. No quiero que en un futuro te arrepientas, sin al menos haber experimentado el amor… —explicó, secando con sus dedos las lágrimas de sus mejillas.

—Pero el conde… —Felicity calló de pronto. No iba a revelar lo que sabía de ese hombre —. No creo que sea el más apropiado para ese experimento, tía.

—Si no te das la oportunidad de conocerlo, no puedes afirmar tal cosa. Además, no soy tonta ni ciega, cariño, y sé que ese caballero tiene cierto efecto en ti. ¡Solo mírate! —la tomó de ambas manos y las presionó—. Nunca has perdido los nervios con nada ni nadie, pero ese hombre te altera y puede que la razón sea que te gusta.

Felicity chasqueó la lengua y negó con la cabeza, pero tampoco podía decirle que su malestar se debía a otro motivo.

—Si me altera, es porque no me agrada, tía, no porque me gusta.

—Bueno, sea como sea, deja que nos acompañe y pon de tu parte para conocerlo. Prométeme que lo harás… —prácticamente suplicó y Felicity no tuvo más remedio que asentir.

Lady Evelyn sonrió triunfal y todo resquicio de preocupación desapareció de su rostro. Felicity resopló, comprendiendo que, aunque su tía había sido sincera, su pequeño chantaje dio frutos fácilmente.

—Alistémonos para partir; estoy segura que el conde está impaciente… —musitó la dama que comenzó a tararear una melodía, mientras escogía un vestido del baúl de Felicity, que fue lo único que pidió bajaran del carruaje del conde—. Este vestido es precioso y hace juego con tus

ojos cuando te enfadas —le enseñó un vestido de gamuza color azul oscuro que nunca se había puesto—. Póntelo, cariño. —Se lo tendió.

Cuando Felicity tomó la prenda, su tía la rodeó y comenzó a desprender el horrible y simplón vestido marrón y polvoriento que llevaba puesto.

—Este vestido es muy viejo y no te favorece; debemos ir con la modista para que te confecciones prendas que estén a la moda y sean acorde a tu edad, cielo. Ya no eres una debutante y puedes tomarte ciertas licencias —le guiñó un ojo.

—No se sobrepase, tía. Una cosa es que acceda a conocer mejor a ese caballero, y otra muy distinta hacerse ilusiones con la situación. Además, ¿para qué quiero vestidos nuevos si no pienso regresar a la ciudad?

—Eres una Granville y debes vestir adecuadamente. Además, te lo estoy pidiendo yo —zanjó, pasando la prenda nueva por su cabeza.

Cuando terminó de ajustarlo en su espalda, Evelyn quedó maravillada por cómo realzaba la figura de su sobrina. Acomodó las mangas abullonadas en los hombros y alisó con los dedos el fino tul que se unía al vestido desde el escote hasta el cuello, dejando a la vista el nacimiento de sus senos de un modo sutil y sinuoso.

Estiró bien las mangas hasta los puños y comenzó a buscar desesperadamente un par de guantes de cabritilla que harían juego con la prenda perfectamente. Cuando los deslizó por los dedos de su sobrina, se alejó unos pasos para admirarla y sus ojos se llenaron de lágrimas. Lucía preciosa y le recordaba en demasía a su difunta hermana.

—¿Tan mal me veo? —indagó Felicity cuando vio conmovida a su tía.

—Te ves preciosa, hija mía. —Se acercó y la tomó de las manos—. Ven… —tiró de ella y la sentó en la silla—. Acomodemos un poco tu cabello y estarás perfecta.

A pesar de poner una cara de fastidio, en su interior Felicity estaba emocionada y ansiosa por verse al espejo, además de que la ponía contenta ver a su tía tan emocionada.



Después de terminar de supervisar que acomodaran equitativamente todos los baúles en ambos carruajes, Joss se dirigió a la habitación que rentó en la posada para asearse y cambiarse de ropa. Estaba exhausto, pero sobre todo, ansioso por su próximo encuentro con la tenaz señorita Sutton. Cuando terminó, descendió la estrecha escalera ataviado con unos pantalones negros que se amoldaban a sus largas y recias piernas, sus botas limpias y lustradas con esmero por Tom,

camisa de seda negra, fular del mismo color y una pelliza larga de cuero.

—Milord, disculpe mi indiscreción, pero ¿la señorita Sutton…? —Tom arrugó el ceño, a sabiendas de que el conde lo había comprendido.

—En efecto —contestó Joss, aguardando al pie de la escalera a que las damas hicieran acto de presencia para continuar con el viaje.

—Me alegro por usted, milord —expresó el lacayo con su habitual seriedad, esperando la sonrisa enigmática que siempre le concedía el conde.

Sin embargo, la expresión en el rostro de Joss fue indescifrable en ese momento. Con la espalda apoyada contra la pared y los brazos cruzados sobre el pecho, observó fijamente —*como un lobo que viera acercarse su presa*— a la señorita Sutton, bajando pausadamente cada escalón.

Se sacudió mentalmente y fue hasta donde se encontraba la joven dama para recibirla como era debido. La estudió de pies a cabeza sin disimulo. Algo había cambiado en ella y lo supo desde el instante mismo en que apareció, escoltada por la suspicaz lady Evelyn.

En el momento en que tomó su mano, comprendió que Felicity Sutton atraía sus sentidos igual que un imán, lo cual no le resultaba de ayuda en ese momento, porque sabía que podía perder los estribos en cualquier instante; tal y como lo hizo la noche anterior.

Apretó los dientes y luchó por reprimir sus recuerdos para que no se materializaran en su cerebro. Cada vez que lo hacía, lo asaltaba un abrumador deseo, lo cual, dado que la joven estaba tan cerca, tan a su alcance, era un inconveniente para sostener su comportamiento sensato.

Sin embargo, aunque tenía un carácter caprichoso y necesitaba una mano que la llevara por el camino de una vida más aceptable, Felicity era sensata y no lo provocaría. Al menos, delante de su tía.

—Señorita Sutton, déjeme decirle que luce encantadora —besó su mano enguantada y la ayudó a terminar de descender los escalones.

Felicity solo sonrió, pues no sabía qué decir. No estaba acostumbrada a los galanteos de un hombre de la talla del conde, y había hecho un trato con su tía, por lo que, prefirió morderse la lengua para no arruinarlo todo antes de que siquiera iniciara su relacionamiento.

Joss le ofreció su brazo y aceptó tensa, aunque no protestó y aquello le resultaba un gran paso, dado el evidente desagrado que despertaba en ella. La escoltó hasta su coche y la ayudó a montarse en él.

Minutos después, ya organizada la marcha, Joss subió al mismo carruaje y la notó espantada.

—Su tía prefiere viajar sola. Me ha comentado acerca de sus malestares y no desea importunarnos —explicó, leyendo sus pensamientos.

—Es poco apropiado que viajemos solos —amagó con levantarse.

—¿Otra vez busca escapar de mí? —increpó Joss, con un deje de desafío en su tono de voz —. No siempre se puede huir del destino, mi estimada señorita Sutton, y lo mejor, en este tipo de situaciones, es que no siga esquivando el suyo, querida.

La joven retomó su sitio, pero no retuvo su lengua.

—Que acepte recibirlo en mi casa, no significa que seremos amigos, lord Fitzroy —contestó con determinación—. ¿Qué pretende, convenciendo a mi tía de alojarlo en mí residencia? Créame que, el hecho de aceptarlo bajo mi techo, no implica que haya cambiado de opinión sobre su persona; más bien, todo lo contrario…

Casi temblando por el esfuerzo de contener su genio, Joss se oyó a sí mismo formular aquella pregunta que deseaba hacerle desde que la rescató en la posada. Así pues, en un tono suave y agudo, dijo:

—¿Cuáles son sus razones para detestarme tanto? —Cruzó sus brazos sobre su pecho, en tanto el carruaje se ponía en marcha—. Que yo recuerde, no hemos tenido el placer de ser presentados con anterioridad, y el hecho de que la haya besado en la posada, estoy seguro que no encaja en la complicada ecuación que da como resultado su evidente rechazo hacia mi persona —arqueó una ceja—. Así pues, ¿cuáles son sus motivos, señorita Sutton? Al menos, deme la posibilidad de sopesar su desagrado con una justificación razonable.

Felicity apretó el gesto. Alzó la barbilla, de modo que los párpados no dejaban ver los ojos.

—No tengo por qué darle explicaciones, milord.

—No debería ensañarse conmigo, cuando desconozco los motivos de su enfado —insistió Joss, más calmo, logrando a duras penas pronunciar las palabras—. Además, créame que no estoy acostumbrado a perder…

Felicity resopló y esquivó la mirada a la ventana del coche.

—¿Y bien? ¿Me dirá sus motivos, señorita Sutton?

—Bien, si usted insiste… —Felicity, tiesa como un palo, lo miró a los ojos—. Me resulta detestable su compañía, porque no tolero su comportamiento inapropiado con mujeres casadas, en especial, con las esposas de sus pares… y no ose negarlo, porque lo he visto todo.

Joss sintió que se hendía su control, que se le escapaban de las manos cualquier capacidad

de raciocinio. Sin embargo, se contuvo. Apretó la mandíbula y cerró con fuerza ambos puños.

—Vamos a ver si lo he entendido bien; usted me detesta por mis relaciones clandestinas con mujeres casadas; para ser más precisos, con esposas de lores con quienes guardo relación… —concluyó, frunciendo el ceño—. Y afirma que tiene pruebas irrefutables sobre mi comportamiento inapropiado con una dama en especial. ¿Estoy en lo cierto?

—En efecto —ratificó con la barbilla levantada.

Los nervios de Joss se tensaron por el esfuerzo de controlar su ira. Todos los músculos de su cuerpo se contrajeron y refrenó su lengua. No tenía ni idea a qué dama en específico se refería, y tampoco recordaba haberla visto más que en la presentación de Betsy y la posada.

Entonces, descartando las bifurcaciones de una teoría equivocadísima de la señorita Sutton, solo quedó la posibilidad de que su alusión fuese al encuentro forzado por la propia lady Warwick.

No podía ser otra dama, y todo encajaba perfectamente. Su enfado se debía precisamente a que se trataba de la esposa de su tío.

—Bien… —fue lo único que dijo el conde.

Golpeó dos veces el techo del carruaje, que se detuvo paulatinamente. Abrió la portezuela, presto a liberar a la señorita Sutton de un seguro castigo. Sin embargo, se detuvo antes de volver a cerrar la puerta, la miró a los ojos y con el semblante rígido, dijo:

—Debería pasar más tiempo en la ciudad, señorita Sutton. Podría sorprenderse de los descubrimientos que pudiera hacer sobre sus parientes políticos, en especial, sobre sus esposas.

Cerró la puerta con fuerza, haciendo respingar a Felicity en su sitio, y se acomodó en el pescante, haciéndose cargo de sus preciados caballos.

CAPÍTULO 5

Cuando lord Fitzroy la dejó a solas dentro del coche, Felicity apretó las manos con fuerza sobre el regazo para resistir al impulso de devolverle el golpe a la puerta.

¡Ah! Ese hombre insufrible, le hacía perder todo el sentido de cordura. Sería una completa tortura tenerlo cerca, vaya a saber por cuanto tiempo.

Se masajeó las sienes y resopló con mucho fastidio. Durante los últimos dos días, las jaquecas no la abandonaban, y presentía que sus dolores de cabeza apenas iniciaban. Las perturbaciones que sentía como consecuencia a su interacción con el caballero que las escoltaba, la sumían en un profundo torbellino de desconcierto. Se sentía incómoda con su cercanía, al punto que la alteraba tanto, que prefería ser grosera para alejarlo.

Ni ella misma se comprendía. No se trataba simplemente de su aversión hacia su persona por el hecho que lo involucraba con la esposa de su tío, sino de algo que la consternaba profundamente y que carecía de todo sentido para ella.

De solo escuchar su nombre, había algo inquietante removiéndose en su pecho y sentía pavor a lo que pudiera llegar a ser. No sabía con exactitud qué le ocurría, pero solo deseaba con todas sus fuerzas que él se alejara para recuperar su habitual sentido común, y la tranquilidad y aplomo que tanto la caracterizaba.

Tampoco podía dejar de pensar en lo ofendido que se mostró cuando ella le reveló el motivo de su desagrado. ¿Estaría equivocada?

No. Ella vio a su tía política ingresar a la biblioteca sin carabina, donde el caballero estaba a solas. Sin embargo, quizás, había sacado conclusiones demasiado apresuradas sobre lo ocurrido. Además, fue tajante al recomendarle que averiguara más sobre la reputación de sus parientes en Londres, lo que la llevaba a suponer que lord Fitzroy comprendió perfectamente a qué se refería y a quién involucraba aquel hecho inapropiado.

Resopló y decidió dormir un poco. Quizás, de ese modo, cuando llegasen a su residencia, estaría mejor preparada para seguir enfrentando a ese insufrible caballero.

Cuando despertó, respingó en su sitio al encontrarse bajo el escrutinio de unos intrigantes ojos verdes, que la observaban con interés.

—¿Su conciencia la ha dejado descansar? —cuestionó con su habitual matiz de cinismo.

—Usted, siempre tan oportuno —replicó Felicity, acomodándose en su sitio y observando en la ventana—. Estamos por llegar… —suspiró, aferrándose a la idea de que, cuando estuviera en casa todo mejoraría. El caballero se quedaría un par de días, y luego se marcharía. Ella habría cumplido con el trato que hizo con su tía, y entonces podría seguir con su vida despreocupada y tranquila.

—Señorita Sutton, ya que pasaremos unos días tolerando la presencia del otro, me siento en la obligación de aclararle la situación por la que me ha juzgado equivocadamente —inició Joss, sin apartar sus ojos de la joven.

Felicity se volvió a mirarlo y frunció el entrecejo.

—No me mire así; se arrugará antes de tiempo, querida… —El conde sonrió cuando ella solo respondió rodando los ojos—. ¿No siente curiosidad por escuchar mi explicación?

—¿Qué me asegura que no mentirá u omitirá ciertos detalles para limpiar su imagen ante mí? —increpó ella, cruzándose de brazos.

—No tengo ningún interés en limpiar algo que no está mosqueado, señorita Sutton, pero, dadas las circunstancias, me siento en la penosa necesidad de informarle que está completamente equivocada.

—¿Equivocada? —inquirió, ante la lánguida afirmación de cabeza del caballero—. Precisamente ¿en qué, milord?

—En lo que supone sobre mi persona; ese asunto inapropiado que mencionó, con la esposa de su tío, naturalmente —contestó, sosteniéndole la mirada.

—Si es errado mi pensamiento, ¿cómo ha deducido tan rápidamente a qué situación me refería? Me resulta de lo más intrigante, lord Fitzroy… —habló con sorna, dando a entender que no le creía ni un poco.

—Una vez sembrada la semilla de la duda, comprendo que le resulte difícil creer en mi palabra. Sin embargo, le aseguro que jamás he tenido un acercamiento impropio con lady Warwick, y tampoco pienso tenerlo.

—Entonces, ¿por qué fue a buscarlo a su despacho? ¿Qué hacían los dos a solas, milord? Dudo que solo hablaran del clima y del éxito que resultó la presentación de su hermana.

—Pues, usted misma ha respondido a su pregunta, señorita Sutton. —Joss arqueó una ceja.

—No lo entiendo…

—Mi intención al resguardarme en mi estudio, era precisamente para darme un respiro y meditar sobre muchas situaciones que atañen a mi responsabilidad como tutor… a solas. Que su extravagante y persistente tía ingresara a mi despacho por su cuenta, no tuvo que ver en absoluto conmigo —explicó con determinación, para que no le quedara dudas a la testaruda señorita Sutton.

—¿Por qué debería creerle a usted?

—Porque se lo estoy diciendo, porque usted misma presenció que fue la dama quien ingresó por su cuenta, y porque no pienso tolerar que precisamente usted, involucre mi nombre con el de la esposa de su tío. Me rehúso a asumir una responsabilidad y culpa que no es mía. Ya le he dicho, señorita Sutton: debería indagar un poco más sobre la reputación de sus parientes en Londres…

—¿Está diciendo que fue ella quien…? —Felicity calló de repente. Sabía que el caballero no afirmaría sus conjeturas y gastaría saliva. Sin embargo, aquellas dos palabras que pronunció, le estaba dando vueltas la cabeza—. Ha dicho «precisamente usted»…

—En efecto.

—¿Se puede saber por qué le importa tanto lo que piense de su persona?

—Se lo diré antes de marcharme de Sutton Hall. Lo prometo. —El coche se detuvo—. Al parecer, hemos llegado, querida…

Felicity le dedicó una mirada de reproche por seguir llamándola de aquella manera, pero no lo reprendió y solo se apeó con la ayuda del caballero que le ofreció su mano.

—Gracias al cielo, aún no ha oscurecido… —musitó, esperando a por el carruaje de su tía que estaba a una considerable distancia.

Mientras esperaban a la llegada de lady Evelyn, las luces empezaron a encenderse en la casa y dos enormes lámparas fueron colocadas en los escalones de la entrada. Felicity agradeció e informó que, en cuanto su tía llegase, entrarían a la residencia y ordenó que preparasen la habitación para el conde.

Menos tensa, pero un tanto intrigada por conocer más al caballero, antes de sacar una conclusión final sobre su explicación en relación a la situación que lo implicaba con la condesa, le propuso dar un paseo.

—¿Le apetece dar una vuelta por el jardín?

Joss afirmó con la cabeza y le ofreció su brazo, iniciando un lento recorrido, lo cual le resultó bastante novedoso en vista a la aversión que su anfitriona demostraba hacia su persona.

—Bonita propiedad —dijo, paseando la vista por los enormes jardines, para luego reparar en tan imponente mansión que dominaba todo el paisaje—. Así que, estos son sus dominios, señorita Sutton.

—Sí. Desde aquí dirijo la finca. Por supuesto, mi tío me supervisa y su administrador realiza visitas regulares.

—Estoy seguro que no le debe resultar demasiado fácil hacerse cargo de todo… sola.

—Se equivoca, milord. Aquí, las cosas funcionan de un modo bastante favorable y todos saben quién dirige la propiedad. Hasta el momento, no he tenido ningún inconveniente con los trabajadores ni arrendatarios —suspiró—. Mi tío me ha instruido perfectamente, aunque esté en desacuerdo con mi elección.

—Asumo que se refiere a su elección de no delegar dichas responsabilidades…

—En efecto, aunque nuestras discusiones más recurrentes se deben a mi decisión de no casarme. —Felicity se sorprendió de revelarle algo tan íntimo a un desconocido.

—Bueno, resulta un gran desperdicio que usted no esté disponible para el mercado matrimonial. No puede culpar a su tío; además, como tutor, uno se preocupa por el bienestar de sus pupilas —resopló hondo—. Desde la muerte de mi padre, el futuro de mis hermanas ha sido una recurrente inquietud, pues me siento en la obligación de velar por sus intereses hasta encontrarles un esposo adecuado a quien confiarles su felicidad y su seguridad económica. Gracias al cielo, solo queda ocuparse del futuro de mi hermana pequeña.

—Suena bastante agotador… —musitó Felicity, sintiendo cierta pena por su tío Archivald y por el caballero que la acompañaba.

A medida que charlaban, se sentía un poco más relajada y detestaba un poco menos a lord Fitzroy.

—Por supuesto que lo es, querida, pero aún me quedan un par de años para que la pequeña Hope necesite un esposo.

—¿Así se llama su hermana? —inquirió Felicity, con suma curiosidad.

—Sí. Anne es la mayor de las tres, y Betsy es la dama a cuya presentación usted asistió. Hope es la más joven… —explicó con una sonrisa cariñosa al recordar a sus hermanas.

De repente, Felicity se detuvo y Joss la observó con una leve sonrisa. No podía ser un mal hombre si se expresaba con tanto afecto de su familia; otro en su lugar, mencionaría la situación como una carga, más que como una responsabilidad.

—¿Sucede algo, señorita Sutton?

—En realidad, quiero disculparme por mi comportamiento —dijo a duras penas con las mejillas rojas por la vergüenza de tener que disculparse. Nunca se había retractado, pero si lo que decía el conde sobre su tía política era verdad, lo había juzgado completamente mal—. Comprenderá mis motivos, pero si usted asegura que la situación fue malinterpretada…

—Jamás mentiría sobre semejante asunto, y mucho menos a usted. Además, estimo en demasía a lord Warwick.

Mientras hizo aquella aseveración, Joss le sostuvo la mirada para que viera en ellos su más completa sinceridad. Sin embargo, Felicity, con sus mejillas teñidas por el más adorable carmesí, escrutó aquellos ojos verdes con la intención de deducir los pensamientos del caballero. Le resultaba un tanto enigmático su insistencia por estar cerca de ella, cuando lo único que había hecho fue ofenderlo y hacerlo víctima de sus desplantes.

Además, los caballeros de su tipo jamás le rendían cuentas a sus esposas, mucho menos a una desconocida que no ha hecho otra cosa que fastidiarlo.

No obstante, los bríos ojos de Joss Fitzroy no le decía nada.

Entonces, solo afirmó con la cabeza, apartó la mirada y siguieron caminando, enzarzados en una amena conversación que dejó sorprendido a Joss, pues jamás imaginó que tendría aquel tipo de intercambio de opiniones, sobre cosechas y leyes, con una mujer. La señorita Sutton demostró sabiduría, curiosidad y conocimiento sobre temas en los que, estaba seguro, nunca las jóvenes en edad casadera se interesarían.

Si no lograba que Felicity Sutton fuera su esposa, se vería en graves problemas. No se imaginaba casado con una jovencita con quien no pudiera sostener ningún tipo de conversación interesante.

—Regresemos —sugirió con firmeza, y ella, milagrosamente se dejó guiar sin protestar.

Más tarde, después de que cada uno se retirara a la intimidad de sus aposentos para refrescarse y descansar, tanto Joss como Felicity bajaron a las siete; hora que lady Evelyn había decretado se serviría la cena.

La mansión era de dos plantas, y las escaleras dividía la distribución de habitaciones de la siguiente manera: el pasillo a la izquierda, conducía a las habitaciones de Felicity y su tía. También estaba acondicionada la habitación de lord Warwick para las veces que iba a de visita o

a supervisar a su sobrina. El pasillo derecho, conducía a los dormitorios dispuestos para las visitas.

Por lo tanto, como si sus relojes estuvieran perfectamente sincronizados, Felicity y Joss se encontraron frente a frente, prestos a descender los escalones para acudir al comedor.

—Buenas noches, lord Fitzroy. Espero que sus habitaciones hayan sido de su agrado.

—Por supuesto, muchas gracias.

Ambos se mantuvieron de pie, uno frente al otro, estudiándose mutuamente. Una sutil sonrisa en los labios del conde, hizo que Felicity sintiera un repentino calor subiendo desde su cuello hasta las mejillas. Detestaba sentirse de aquella manera cada vez que el caballero estaba cerca, pero no podía controlar las reacciones que le provocaba.

—Permítame escoltarla, señorita Sutton. —Joss le ofreció la mano.

Felicity dudó por un momento, pero aceptó y ambos descendieron con una impecable elegancia.

Antes de soltarla, el conde se llevó su mano a los labios, y las alarmas empezaron a resonar en el pensamiento de Felicity. No llevaba guantes y la sensación cálida de aquel beso, le produjo un molesto cosquilleo sobre la piel. Sin saber qué hacer o decir, se limitó a verlo actuar. Sin embargo, aquella sutil sonrisa que le dedicó cuando levantó el rostro, hizo que por primera vez —*desde que podía recordar*—, se le detuviera la respiración. Se sintió aturdida y su corazón, a salvo durante tanto tiempo en sus dominios como había mencionado el lord, palpitaba de un modo incómodo.

Con un enorme esfuerzo, se mantuvo impasible, pero lo que más la perturbó, fue la sensación de vacío que la embargó cuando él la soltó.

Pasaron al comedor y en un cálido y relajado ambiente, dieron por concluida la cena para luego retirarse a beber el té antes de ir a la cama.

—¿Qué opinas del conde? —indagó su tía, una hora después, mientras le cepillaba el cabello antes de meterse bajo las mantas. Era una especie de ritual entre ellas, desde que su madre murió.

—Bueno, al parecer, no resulta tan desagradable… —susurró, en tanto sus mejillas se teñían de improviso.

—Te lo dije, pero me alegra que abrieras los ojos. —Lady Evelyn reprimió una risita—. Ahora, resuelto el problema entre ustedes, ¿me dirás por qué no lo tolerabas?

—Fue un simple mal entendido, pero su ilustrísima ya ha aclarado mis dudas —bromeó para cambiar de conversación y que su tía no insistiera con el asunto—. Y para que vea que tengo buenas intenciones, mañana le mostraré la propiedad y pediré su opinión sobre algunos asuntos de los cuales tengo dudas. ¿Contenta?

—En algún momento, me lo tendrás que decir, pero, como me has hecho muy feliz, dejaré de interrogarte por hoy.

—Tía, estoy haciendo todo lo que me ha pedido. Creo que, ahora que me estoy llevando mejor con el conde, no es necesario volver a mencionar las razones por las que me caía mal.

—Ya te lo he dicho, de momento, te dejaré en paz…

—Tía…

—Vamos, ve a la cama que mañana tendrás un arduo día si piensas enseñarle al conde toda la propiedad —dijo entusiasmada lady Evelyn, empujando a su sobrina.

A la mañana siguiente, en el desayuno, Felicity le propuso al conde dar un paseo por la propiedad, por lo que en ese momento se encontraban cabalgando por sus tierras. Joss estaba realmente impresionado con los cultivos y el ganado, y cada vez se convencía más de que la señorita Sutton era la mujer adecuada para él. Sin embargo, tenía que saber donde radicaba el problema para negarse al matrimonio, ya que, su principal inconveniente en relación al desagradado que sentía sobre su persona, estaba resuelto.

—Cada vez, usted me impresiona más, señorita Sutton —dijo con sinceridad. Felicity lo miró y sus ojos se sostuvieron por unos segundos, hasta que volvió a apartar la mirada—. Es innegable la minuciosidad con que se manejan sus tierras. Aprendió de su tío, ¿cierto? —indagó, tratando de romper el hielo entre ellos.

—En realidad, aprendí de mi padre sobre siembras, cosechas y crianza de ganado. Mi tío, por supuesto, me instruyó en la parte contable y me enseñó todo cuanto sé sobre cómo administrar lo que la finca produce… —explicó pausadamente.

—Una acertada decisión por parte de ambos caballeros, lo que me lleva a apoyar, aún más, las intenciones de su tío de querer casarla; usted, en definitiva, es un desperdicio fuera del mercado matrimonial, querida, por lo que me gustaría saber sus motivos para cerrarle las puertas al matrimonio y a todo lo que conlleva consigo…

—¿Todo lo que conlleva? —increpó Felicity con curiosidad.

—La protección y el apoyo incondicional, una familia, y por qué no, amor… —numeró Joss, mirándola de soslayo.

Felicity bufó.

—Amor… —repitió de un modo burlón—. El amor hace a las personas débiles, y no necesito casarme para tener todo lo demás: tengo a mis tíos, ellos son mi apoyo, protección y familia. No hay nada más que necesite, que solamente el matrimonio pueda ser capaz de proporcionarme, por ende, carezco de la necesidad de un marido para tales propósitos.

—Pero, tal vez, sí necesite un marido para otros aspectos… satisfactorios que son propios de la naturaleza del ser humano… —retrucó de inmediato Joss—. Además, quizás ese prospecto de marido que está aguardando a que se decida, la necesite más de lo que usted a él.

Felicity se echó a reír como nunca antes lo había hecho, mientras detenía su montura colina arriba. Bajo su mirada, se extendía los campos en todo su esplendor.

Joss la imitó y bajó de un salto del caballo, yendo hasta ella para ayudarla a desmontar. Dudosa, Felicity aceptó y las manos grandes y firmes del conde asieron su cintura con fuerza.

Sin soltarla, Joss la retuvo y buscó su mirada, topándose con un brillo de inquietud en los ojos azules de la mujer cuyos pretextos estaba decidido a revocar, para convertirla en su condesa.

—¿Por qué la risa? —preguntó Joss, arqueando una ceja.

—Porque no conozco ninguna necesidad que solo un esposo sea capaz de cubrir, así como tampoco, a ningún hombre que necesite de mí… —susurró nerviosa, aunque sin titubear en su respuesta. Se esforzó en respirar con normalidad, en pensar cómo alejarse sin que pareciera que estaba huyendo, en suprimir las sensaciones que le ponían los nervios de punta cada vez que lo tenía cerca, en desatar el nudo que le oprimía el pecho.

Ignoraba por qué Joss Fitzroy le provocaba semejante reacción y tampoco le gustaba pensar en ello, pero sabía que sin duda, el efecto que le producía, cada día se hacía más fuerte. Sin embargo, reusaba a admitirlo, se negaba a aceptar que ese hombre ejercía una poderosa atracción sobre ella.

—Ahora mismo, podría demostrarle con hechos que está muy equivocada, querida mía…

Absorta en la mirada penetrante del conde, Felicity solo atinó a decir un simple:

—Ah, ¿sí? —Joss afirmó con la cabeza y ella volvió a preguntar—: ¿Cómo?

—Así… —replicó, bajando la cabeza, y rozándole tentadoramente los labios con los suyos.

Felicity se estremeció. El corazón le latía con prisa, con fuerza y su boca se entreabrió un

poco, en tanto los labios seductores del conde iniciaron una lenta y pausada degustación de su cálida y dulce cavidad.

Al contrario de lo que Joss pensó, la señorita Sutton, sin el menor indicio de lucha, le dio la bienvenida a su lengua que se enredó tímidamente con la suya.

Separó levemente sus bocas, tomando aire y la observó con detenimiento, buscando su aprobación para seguir. La mirada determinante que Felicity le lanzó a su boca, bastó para que volviera a besarla con ímpetu, exigiendo la total entrega de la joven que respondía sin el menor atisbo de duda a su abordaje.

Felicity nunca se había sentido tan dispuesta a entregarse a los placeres carnales como lo hacía en ese momento, y siendo franca, le tenía sin cuidado el futuro inmediato y sus consecuencias. Era lo bastante mayor como para no sentirse ofendida por un simple beso, y mucho menos exigir algún tipo de compromiso por algo que solo sabían ellos dos y que no traería consecuencias a su reputación. Además, ¿no se suponía que era su prometido de mentiras? Ella también tenía derecho a aprovecharse un poquito de la situación, ¿cierto? Después, cuando toda aquella farsa se acabe y el caballero termine marchándose, volvería a ser la misma Felicity de siempre: centrada, autoritaria y solitaria.

Gimió por todas las sensaciones que estaba experimentado y entonces, sintió un enorme alivio de placer cuando las manos del conde comenzaron a recorrerle la espalda, hasta bajar a las caderas y luego ascender a sus pechos. La cabeza le dio vueltas y las piernas le temblaron, pero no le importó y con todo su corazón deseó que ese momento jamás se acabara.

Presa del embrujo que ese hombre le había lanzado —*sin dudas*—, levantó las manos y le rodeó el cuello.

Un sentimiento de victoria embargó a Joss, que jadeó ante la impetuosa y embriagadora entrega de Felicity, presionándola aún más contra su tenso y adolorido cuerpo. Su boca era tal como imaginaba: dulce y ardiente. En la posada había besado castamente sus labios y los había proyectado en sus sueños como los más suaves y cautivadores, y no había errado.

Además, las delicadas y maduras curvas de la joven que se frotaban contra su cuerpo y temblaban bajo su tacto, lo estaban volviendo loco, y el diablillo en su interior lo impulsaba a tomar todo cuanto ella le ofrecía y más. Sin embargo, a pesar de la predisposición que demostraba, no iría más allá ni la asustaría.

Así que, reprimiendo un juramento por el creciente dolor que se centraba en cierta parte de su anatomía, se apartó y concluyó el beso. Era preferible a sufrir una agonía peor, ya que no podía probarla sin que ella le diera el «sí» por el que había ido a Sutton Hall.

Además, estaba seguro que la señorita Sutton, cuando el arrebato de la pasión se apartara de su juicio y cayera en cuenta de lo que acababa de hacer, se sentiría sumamente avergonzada y abrumada por la intimidad compartida. Aún así, la retuvo entre sus brazos, disfrutando un momento más del contacto cálido de sus cuerpos.

Felicity tampoco demostró ningún intento por escapar del calor de aquellos brazos fuertes y del duro pecho que acogía a su rostro. Cerró los ojos y, aunque se sentía completamente desconcertada, disfrutó de aquel único momento que quizás, jamás volvería a experimentar.

—Ya le he demostrado una minúscula parte de lo que el matrimonio podría proveerle, señorita Sutton, y que este humilde servidor, la necesita mucho más de lo que usted imagina…

El suave susurro del caballero, hizo que Felicity apartara su rostro del hueco de su pecho. Lo miró con una fascinación que la aterró y se deshizo de los brazos del conde.

—Un momento de debilidad, lo tiene cualquiera, milord —musitó con absoluta frialdad—. Además, uno no necesita casarse para disfrutar de ese tipo de placeres. Usted, mejor que nadie, lo sabe. Es mejor que regresemos —propuso, dando media vuelta y yendo hasta su montura para regresar a la mansión.

Desorientado, Joss la ayudó a subir al caballo e hizo lo propio, cabalgando en un desconcertante silencio al lado de la dama que, de parecer un volcán en erupción entre sus brazos, pasó a ser una escarcha del más frío invierno. Arrugó el ceño y no le quitó la vista de encima. La dama le correspondía, al menos en deseo, y sin embargo… Negó internamente. No debía presionarla. Tenía, por lo menos, de una a dos semanas para convencerla de ser su esposa. Mientras ese período durase, la dejaría ser y hacer a su antojo, pero cuando el tiempo amerite medidas más drásticas, la sometería del modo que fuera para que Felicity Sutton lo aceptara.

CAPÍTULO 6



Los siguientes días, Joss actuó del mismo modo en que su anfitriona lo estaba haciendo: con total y absoluta indiferencia a lo que había ocurrido entre ellos, mientras cabalgaban. Y era mejor así para no imprimir la incomodidad entre los dos, haciendo de cuenta que nada había pasado y actuando con la más naturalidad posible.

Todas las siguientes mañanas, tal y como estaba haciendo ese día, volvió a acompañarla a recorrer los campos hasta los cercados que dividía la propiedad de la de su vecino.

—El señor Wilson está obsesionado con mis tierras… —relató, rompiendo el silencio—. A menudo, estropea las cercas para reclamar mi falta de cuidado en el manejo de la finca —suspiró —. Quiere convencer a mi tío que soy incapaz de hacerme cargo sola de todo esto…

—Debe ser sumamente rico para pretender comprar Sutton Hall… —opinó Joss, arrugando el ceño.

—Bueno, su oferta, no es precisamente una suma cuantiosa de dinero… —musitó con impotencia.

Joss arrugó más el ceño y presionó con una furia contenida la brida que asía en su mano derecha.

—Está diciendo que, ese tal señor Wilson, ¿la está presionando para casarse con usted? —increpó, pensando que se estaba volviendo loco cuando sus propias palabras retumbaron en su oído. Felicity afirmó con la cabeza—. Asumo que lord Archivald no es tan tonto como para caer en ese tipo de propuestas, y que usted tiene la total libertad de rechazar semejante oferta que suena más a una estafa.

—El señor Wilson es primo de la esposa de mi tío… —reveló Felicity—. Lo cual hace un poco complicada la situación; esa… mujer, considera que su pariente es el mejor candidato para esposo y no ha escatimado esfuerzos para convencer de ese hecho a mi tío.

—Pensé que nunca tuvo intención de aceptar un esposo —musitó Joss, consternado.

—Por supuesto, y mi tío había aceptado mi decisión. Sin embargo, su opinión ha tambaleado un poco desde hace un año —arqueó una ceja, suspicaz.

—Precisamente el tiempo que lleva casado con lady Warwick —conjeturó el conde.

—¿Ahora comprende por qué afirmé que el amor es para personas débiles? —insistió Felicity, pensando también en su madre—. Mi tío, en manos de esa mujer, se ha vuelto un completo fantoche…

—Ya veo —fue lo único que dijo él, pensando en todas las coincidencias que unían al señor Wilson con los Warwick.

Sin embargo, él no creía en las coincidencias y sopesó la posibilidad de un timo. No podía ser de otro modo; la actual condesa y su primo, debían estar coludidos para obtener algún tipo de beneficio.

—¿En qué piensa? —Felicity interrumpió sus pensamientos.

—De casualidad, la condesa, ¿conoció a lord Archivald aquí en la finca? —preguntó de repente.

—Pues sí.

—Y, antes de tal acontecimiento, el señor Wilson, ¿hizo alguna oferta de matrimonio? —insistió.

—Insistentemente desde que cumplí los dieciocho años —aseveró la joven—. Pero, ¿qué tiene que ver ese hecho con la esposa de mi tío?

—Me temo, señorita Sutton que, tanto usted como su tío, podrían ser víctimas de la ambición de los Wilson —reveló Joss, ante el asombro e incredulidad de Felicity—. Piénselo; usted se reúsa a casarse con el señor Wilson y tiene el apoyo de lord Archivald. Sin embargo, digamos que, por designios del destino —habló en tono sardónico—, su tío conoce a la prima del susodicho y se casa con ella. Ahora, lord Warwick, presionado por su esposa, cambia de opinión respecto a su decisión de no casarse. ¿No le resulta demasiada casualidad?

Felicity sopesó aquellas palabras y comprendió que el conde tenía razones de sobra para pensar que, el matrimonio de su tío, podría tratarse de parte de un plan para despojarla de su fortuna, y ¿por qué no? También hacerse con los bienes del propio conde de Warwick.

—¿Podría mi tío estar en peligro? —increpó de pronto, temiendo por la integridad del susodicho.

—Si llega a engendrar un heredero, me temo que podría. Sin embargo, si han urdido semejante plan, estoy convencido de que lady Warwick no sería tan tonta como para atentar contra su esposo, a sabiendas de que toda su fortuna y su propio destino, pasarían a manos de un heredero desconocido…

—De un primo lejano, según tengo entendido.

—Entonces, de momento, si mis sospechas son ciertas, lord Archivald se encuentra a salvo, pero usted no —insistió Joss.

—Si habla de la insistencia de ese par para que acepte la propuesta de ese pelmazo, descuide. Solo seguiré rechazando sus ofertas hasta que se canse —sonrió con confianza para que el conde cambiara la expresión de su cara—. ¿Qué le parece una carrera hasta el haras? —señaló en dirección al predio donde se criaban los caballos pura sangre de la finca—. El que gana, ¡tiene derecho a reclamar un premio! —gritó, hincando los talones en la ingle su caballo y dejando atrás a Joss.

Con una sonrisa traviesa, Joss la siguió, dispuesto a alcanzarla y ganar aquella apuesta. Con el aliciente de lo que pensaba pedirle a cambio de salir victorioso, por media cabeza logró traspasarla y, cuando entre risas bajaron de los caballos, entregando sus respectivas monturas a los mozos, tiró de su mano hasta llevarla a un sitio más privado, detrás de las cuadras.

—¿Adónde vamos? —preguntó Felicity, riendo.

—A que me de mi premio —respondió Joss, apresándola contra la pared trasera, lejos de miradas indiscretas. Colocó una mano contra el muro, al costado de la cabeza de Felicity y la miró con embeleso, acomodando con los dedos un mechón de pelo que había escapado de su sencillo moño—. Dijiste que el ganador podría reclamar un premio, y ya tengo en mente lo que deseo… —La tuteó, mientras bajaba la cabeza a su oído—. Quiero un beso, Felicity… —susurró tan suave, logrando que ella se estremeciera—. Necesito un beso —volvió a murmurar y levantó de nuevo la cabeza para mirarla a los ojos—. ¿Me dejas tomar mi recompensa? —inquirió, paseando la vista por cada recoveco de su preciosa y ruborizada cara, hasta detenerse unos segundos en su boca y luego, terminar anclando su mirada en la de ella, pendiente de su respuesta.

Por instinto, Felicity se humedeció los labios y jadeó.

—Sí… —contestó con un suspiró—. Te dejo reclamar tu recompensa; después de todo, es lo más justo —replicó, tuteándolo también, en tanto respiraba con prisa, y el corazón le retumbaba en la garganta con un ruido ahogado.

Esperó ansiosa a que aquellos labios que había grabado en su memoria y que ya le resultaban familiares, cayeran de llenos sobre su boca. Y, de hecho, cuando Joss la besó de un modo más provocador y sugerente que la vez anterior, lo recibió con avideces, mientras un ardor incontrolable se extendía por todo su cuerpo como una hoguera.

Era demasiado tarde para arrepentimientos, ella misma había suscitado aquella situación y

no deseaba echarse para atrás. Por el contrario, se apretó más contra el cuerpo del conde, en tanto enrollaba sus manos a su cuello con la única intención de evitar que rompiera el beso tan pronto.

Además, era solo un beso. ¿Qué daño podría causarle a ninguno de los dos, un simple e inocente beso?

Joss, por su parte, extasiado por la impaciencia y pasión que demostraba la joven y con unos pensamientos para nada inocentes, fue incapaz de rechazar lo que ella le ofrecía. Ladeó la cabeza, aumentando más la intensidad del beso que los estaba conduciendo a un único sendero que ella no parecía considerar: al de la pasión sin retorno.

Su cuerpo ardía y dolía, pero Felicity Sutton, en su inocencia, lo tenía atado de pies, manos y voluntad a su merced. Con un rugido gutural, dominado por el incontrolable deseo, levantó las faldas de la joven, metiendo sus manos bajo la tela, y acariciando sus piernas cubiertas por medias. Sus dedos siguieron subiendo, metiéndose bajo la enagua y topándose con unos suaves vellos y un caliente y palpitante capullo. Era demasiado tarde para reprimir las reacciones instintivas de su cuerpo, aunque solo le daría una lección más, sobre lo que podría disfrutar si se casaba con él.

Felicity ahogó un grito de excitación cuando sintió unos firmes dedos hurgar en su intimidad. Se sentía desfallecer, incapaz de apartarse del hombre que comenzó a mover despacio su tacto, frotando sus dedos contra su carne hasta sentirse caer en un abismo de placer.

—Shhh… —musitó Joss, besando su boca para acallar su grito—. Tranquila… —volvió a hablar sobre los labios de Felicity, teniendo al atino de no hacerle caso a su instinto de cazador, de no hundir sus dedos en su intimidad para prepararla y luego, que su tibia cavidad, acogiera de buena gana a su virilidad.

Un poco recompuesta, Felicity iba cobrando el sentido común y con ello, la vergüenza por lo que acababa de suceder.

La joven tenaz que había desafiado al conde en la posada, desapareció por completo para dar lugar a una mujer apasionada que había experimentado el éxtasis, y que en ese momento estaba desfallecida, apoyando la espalda contra la pared para no perder, al menos, el equilibrio de su cuerpo, porque la cordura y la timidez, acababa de desecharlas frente al hombre que menos había imaginado en su vida.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se sentía abochornada, azorada y vulnerable. Jamás había perdido tanto el norte como lo hacía en presencia del hombre que la acababa de llevar al mismísimo paraíso, utilizando sus dedos.

¡Era un demonio! Tenía que serlo… y ella, había caído de propia voluntad en su infierno.

Intentó empujarlo para correr y esconder lo que sentía, pero Joss se lo impidió, tomando sus muñecas y apresándola nuevamente contra la pared.

—¿Qué sucede? —inquirió preocupado, con el ceño arrugado—. ¿Te he lastimado? —insistió al ver sus ojos llenos de lágrimas. Ella negó, moviendo la cabeza—. ¿Entonces?

Felicity esquivó la mirada. Era incapaz de sostenérsela a Joss después de todas las acusaciones a las que lo había sometido, cuando ella misma lo incitó desvergonzadamente a abordarla.

—Felicity, me estás asustando. —Joss trató de serenarse. ¿Cómo demonios pasaron de un momento tan erótico y placentero, a otro totalmente frío y áspero?—. Querida, ¿qué sucede? Háblame…

Felicity respiró hondo y volvió la mirada al rostro de Joss.

—No has hecho nada que no te dejara hacer… —musitó, tragando con mucho esfuerzo—. Es solo que… —sus mejillas ardieron.

Entonces, Joss comprendió lo que sucedía.

—No tiene nada de malo lo que hemos hecho, no tienes por qué avergonzarte. Es algo que sucede entre dos personas que se gustan, es natural… —habló pausadamente para calmarla—. Mírame —pidió con un tinte imperas y ella obedeció—, jamás haría nada para perjudicarte, Felicity. Nunca actuaría en contra de tu voluntad, ni atentaría en contra de tu honor, a menos que tú te comprometas a decirme que «sí».

Felicity abrió como plato los ojos y se mordió la lengua. La estaba acorralando y ella, siendo franca, no sabía si deseaba escapar.

—Yo quiero casarme contigo, y tú me necesitas más de lo que deseas admitir, y no me refiero precisamente a lo que acaba de suceder entre nosotros, pues tienes razón al afirmar que no se necesita estar casado para disfrutar de esos placeres. Sin embargo, además de todo ese goce en la intimidad, te ofrezco mi absoluta y completa devoción, mi inquebrantable lealtad y mi feroz protección. Jamás tendrías que volver a enfrentarte a personas como Wilson si aceptas ser mi esposa.

Felicity quiso hablar, pero Joss la silenció con un beso.

—Piénsalo… —susurró sobre su boca, soltando sus muñecas—. No es necesario que me respondas ahora. Te prometo que no te presionaré y nada cambiará entre nosotros por lo que acaba de ocurrir. ¿Estamos de acuerdo? —presionó con la mirada, pero ella esquivó la cara. Joss la tomó de la barbilla y con delicadeza la obligó a mirarlo—. Prométeme que lo pensarás, y sin

importar la decisión que tomes, recurrirás a mí ante cualquier alerta de peligro. Júramelo, Felicity. Te lo ruego —imploró como si su vida dependiera de ello, y de hecho, no sabía por qué, pero la idea de que la joven estuviera en peligro a merced del mentado vecino, le provocaba una furia incontrolable.

Felicity, sorprendida por la vehemencia de sus palabras y su más sincera oferta, no tuvo más remedio que rendirse.

—Lo prometo —contestó.

—Bien —musitó Joss, tomando su mano y sonriendo—. Venga, regresemos que tu tía debe estar preocupada.

Ella solo afirmó con la cabeza y se dejó llevar.



Lady Evelyn vio por la ventana del despacho al conde y a Felicity, regresando lentamente de su paseo y ¡tomados de la mano!

Comenzó a aplaudir y a reír como una cría, bajo la mirada desconcertada del ama de llaves, la señora Winni, con quien estaban resolviendo el asunto del menú semanal.

—¡Ven, Winni, mira! —con la mano, apresuró al ama de llaves para que se acercara junto a ella.

Con mucho esfuerzo, la empleada lo hizo y la mandíbula casi se le cae por el suelo. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas y sin pensarlo demasiado, se abrazó a lady Evelyn que le correspondió el gesto.

—Lo siento, milady. —Winni se apartó—. Pero nunca pensé que este día llegaría. Mi niña por fin se casará ¡y con un conde! —exclamó con emoción—. Tengo que preparar el mejor banquete para celebrar…

—Estaba segura que lord Fitzroy podría hacerla cambiar de opinión, aunque no podemos cantar victoria aún, Winni, y lo del banquete lo dejaremos cuando ella misma nos comunique la noticia —le advirtió al ama de llaves que afirmó con la cabeza—. Tenemos que pensar en una manera de darle un empujón a esa testaruda niña y terminar de comprometerla con el conde, pero ¡¿cómo?! —pensó, con un dedo en la barbilla, paseando por el estudio, hasta que sus ojos se iluminaron—. Ya sé. Mañana irás al pueblo y…

Lady Evelyn le dio expresas instrucciones a Winni, que juró acatar con precisión su orden.

—Estoy segura que el conde tomará las medidas pertinentes y entonces sí, podremos

organizar una boda de ensueño.



Una semana más tarde, después de su ya habitual recorrida a caballo, Joss y Felicity se detuvieron en la colina, bajo los rayos del sol, a conversar sobre la estadía del conde en Francia. A Felicity se le iluminaban los ojos cuando él describía una que otra obra de arte, o los detalles de las funciones en el teatro y la ópera.

—Si aceptas casarte conmigo, prometo llevarte a París. Será mi regalo de bodas —dijo Joss, rodando sobre el césped y apresando a Felicity debajo de su cuerpo.

Bajó la cabeza y presionó sus labios contra los suyos, como lo venía haciendo cada mañana y cada tarde que paseaban a solas, antes de que ella protestara por su oferta de matrimonio.

Felicity entreabrió la boca y se entregó a aquel beso tierno que nuevamente la llevaba a hacerse esa pregunta que, en el cobijo de la soledad que le ofrecía su habitación, se hacía cada noche desde que llegaron a Sutton Hall: ¿por qué?

¿Por qué Joss? ¿Por qué él era distinto a sus ojos? ¿Por qué ejercía tanto poder y magnetismo sobre ella? ¿Por qué la idea de un matrimonio con él, cobraba otro sentido? ¿Por qué sentía aquella abrumadora necesidad de estar cada hora, minuto y segundo a su lado? ¿Por qué confiaba ciegamente en él? ¿Por qué no le temía a aquella lujuria que se apoderaba de ambos cuando estaban a solas?

Había intentado excusar de muchas maneras aquellas preguntas, intentó darles otras respuestas que la alejaran de aquella inminente verdad, sin embargo, cada vez se convencía más de que, darle el nombre que bailaba en su cabeza a la emoción que la embargaba cada vez que lo tenía cerca, la asustaba muchísimo.

—No tienes que responderme ahora… —volvió a susurrar Joss sobre su boca, cuando interrumpió el beso.

Felicity permaneció en silencio, con los ojos cerrados, mientras él recorría con la punta del dedo cada línea de su rostro, mas comenzó a tensarse cuando su tacto se deslizó a través de su garganta, hasta el escote de su vestido. Contuvo la respiración con aquel roce, pero gimió cuando los calientes labios de Joss besaron la comisura de sus senos.

Presionó la tela de su vestido dentro del puño, esperando con ansias el siguiente paso que daría rienda suelta a la pasión, pero el caballero se apartó y la obligó a ponerse de pie.

—Le prometí a lady Evelyn que regresaríamos a tiempo para el almuerzo —musitó Joss,

con una sonrisa lobuna, ladeando la cabeza—. Vamos, o de nuevo llegaremos tarde…

Felicity le lanzó una mirada fanfurriña y Joss se regocijó por dentro.

Su plan iba viento en popa y estaba seguro que Felicity Sutton accedería por las buenas a casarse con él. Ese había sido su idea desde el principio: bajar sus defensas sin hacerla sentir acorralada, contribuyendo «a su manera» para que ella, de propia cuenta, abriera los ojos y asumiera que la mejor decisión que podría tomar, era la de aceptar ser su esposa. Introducirla al mundo de los placeres, había sido una excelente iniciativa dado el caso de que ya no era ninguna jovencita. Felicity Sutton era una mujer en todo el sentido de la palabra, sensata y dueña de sus propias decisiones, y sabía que, cuando le diera el sí, sería porque estaba absolutamente convencida. Entonces, y solo entonces, él volvería a respirar tranquilo y a sentirse en paz.

Cuando llegaron a la casa, sosteniendo con firmeza su mano como se acostumbró a hacerlo, Felicity se retiró a asearse y cambiarse para el almuerzo, tiempo que Joss aprovechó para conversar con lady Evelyn y hacerle un par de preguntas sobre el señor Wilson y lady Warwick.

—Veo que no deja que la hierba crezca bajo sus pies, milord —dijo lady Evelyn, tomando asiento en el saloncito donde bordaba y bebía el té con sus visitas.

—Precisamente, ese era el propósito de mi estadía aquí, lady Evelyn. Siempre se lo he dejado en claro, y espero, que a estas alturas no le moleste. —Joss arqueó una ceja, mientras tomaba asiento frente a la dama y se cruzaba de piernas con elegancia.

—¡Tonterías! —exclamó la tía de Felicity—. Muy por el contrario, y espero que pronto anunciéis el compromiso —presionó la dama.

Joss solo sonrió.

—Bueno, precisamente estoy acudiendo a usted en busca de apoyo para terminar de concretar mi asunto con su sobrina —realizó una pausa, buscando las palabras adecuadas para abordar el tema que necesitaba tratar con su futura tía política—. Sin embargo, existen algunos cabos sueltos que no estoy terminando de unir, por ende, necesito cierta información para que mi propósito culmine exitosamente como ambos esperamos.

—Quiere decir, ¿qué aún no le ha dicho que sí? —increpó sorprendida. Joss afirmó con la cabeza—. Ya veo. Entonces, quiere saber los motivos de Felicity… —concluyó.

—Le aseguro que me sería de mucha ayuda conocer el trasfondo de esa acérrima decisión; aunque mis progresos van a puerto seguro, necesito saber qué situación ha obligado a una mujer como su sobrina a rechazar el matrimonio —suspiró y arrugó el ceño—. Ahora más que nunca,

tengo prisa por definir mi posición al lado de Felicity.

—¿Ha sucedido algo que lo incite a apresurar las cosas?

—La señorita Sutton me ha comentado los pormenores de su tensa relación con el vecino, el señor Wilson, y el casualmente apropiado parentesco del mismo con la esposa de su hermano —arqueó una ceja—. Temo por ella, y necesito dejar en claro qué papel desempeño en la vida de su sobrina para mantener a raya a hombres como el señor Wilson.

—Comprendo… —Lady Evelyn suspiró—. La llegada de esa mujer a nuestras vidas, ha complicado un poco la situación con el señor Wilson.

—Y lord Archivald no puede hacer nada al respecto. Es por ese motivo que necesito saber ciertas cosas de la señorita Sutton y terminar de convencerla que, la mejor decisión que podría tomar en su vida, sería aceptarme a mí como esposo —sonrió con bellaquería—. Así pues, ¿por qué Felicity no desea casarse?

Lady Evelyn suspiró.

—Evangelina y Edmund Sutton se casaron muy enamorados y fueron felices hasta que él murió. Mi hermana se sumió en una profunda depresión y seis meses después, también falleció… —musitó con pesar—. Felicity se sintió devastada, pues pensó que su madre no la amaba lo suficiente como para aferrarse a la vida por ella, que todavía era una niña y la necesitaba. No obstante, hay ciertas cosas que ella desconoce y que usted no necesita saber, pero en resumen, esa es la razón.

—Entonces, ella piensa que el amor es una debilidad que induce a las personas a cometer actos irracionales, sin pensar en nadie más que en sus propios sentimientos… —conjeturó Joss, mirando a la nada—. Tiene miedo de amar y comportarse de ese mismo modo, haciendo sufrir a los demás —presionó sus labios y arrugó la frente—. Comprendo.

—Mi sobrina es un tanto difícil, y sé que no será fácil doblegarla.

—No deseo hacer tal cosa, milady. Más bien, estoy fascinado con su temperamento y deseo que sea ella misma, pero a mi lado. —Se puso de pie para ir a asearse y unirse a las damas en el almuerzo—. Ahora que tengo más clara la situación, sabré qué medidas tomar al respecto.

Lady Evelyn lo imitó y se levantó.

—No piensa claudicar, ¿cierto? —increpó con temor a que el conde no insistiera hasta ablandar el corazón de su sobrina.

—En absoluto. —Joss ladeó la cabeza y sonrió—. Ella será mi condesa, tarde o temprano —realizó una elegante reverencia y se retiró bajo la atenta mirada de su anfitriona.

CAPÍTULO 7

Estaba a punto de ser las cinco y Felicity bajó para tomar el té en compañía de su tía, después de echarse a descansar la siesta. Sin embargo, cuando pisó el último peldaño de la escalera, oyó el pequeño escándalo que se estaba suscitando en el vestíbulo. Apenas dio unos pasos, y un alto y robusto hombre moreno, bastante desaliñado, se alzó delante de ella como si fuera su propia casa.

—¿Sir Wilson? —increpó con ceño, mirando a la señora Winni y a Peter, el mayordomo, que solo negaron con la cabeza—. ¿A qué debo el honor de vuestra visita? —indagó sin más remedio.

—Querida mía… —El hombre avanzó hasta ella, deshaciéndose de su sombrero. Cuando se detuvo, a un par de pasos de Felicity, dirigió sus ojos negros al escote de la joven, antes de mirarla a los ojos. Sonrió—. He venido a darle las buenas nuevas.

Felicity lo miró con desdén, arqueando una ceja. En tanto, lady Evelyn apareció y se situó al lado de su sobrina, inclinando su cabeza a modo de saludo.

—Buenas tardes, señor Wilson. Mi querida cuñada se encuentra en Londres, aún no llega aquí…

Steven Wilson sonrió.

—De hecho, no he venido a visitar a mi querida prima, sino a la señorita Sutton —volvió la mirada a Felicity.

—¿Se puede saber qué asuntos podría tratar un hombre como usted con mi sobrina? —increpó filosa la dama.

—He venido a notificaros, que el conde de Warwick me ha concedido su permiso para casarme con vuestra sobrina, milady —masculló en tono burlón, mirando con satisfacción a la dama cuyo semblante se desencajó.

—Eso es imposible.

Felicity y lady Evelyn se voltearon para encontrarse con el conde de Fitzroy que bajaba con elegancia las escaleras. El señor Wilson arrugó el ceño y levantó la mirada hacia el

caballero.

Joss había oído el nombre del hombre que ansiaba embaucar a su futura esposa y esperó, el momento adecuado, para presenciarse y dejarle en claro que la señorita Sutton no se casaría con él, ni con nadie más, porque ya tenía dueño.

Cuando llegó al alcance de las damas, unió sus manos detrás de su espalda e inclinó levemente la cabeza, clavando su mirada en los ojos del hombre que lo escrutaba sin sorprenderse.

—Lord Fitzroy. —Lady Evelyn le sonrió—. Le presento a nuestro vecino, el señor Wilson… —miró de pies a cabeza al susodicho—. Sir Wilson, el conde de Fitzroy…

—Buenas tardes —fue lo único que dijo Joss.

—Así que, usted es el conde de Fitzroy… —dijo Wilson.

—Para servirle —contestó, con una sonrisa cínica.

—¿Podría explicarme lo que acaba de afirmar? —exigió con aspereza.

—Si se refiere a que tiene el permiso del conde de Warwick para pretender a la señorita Sutton, le repito: eso es imposible —ratificó Joss, sosteniéndole la mirada.

—¿Y cómo por qué?

—Porque la señorita Sutton es mi prometida. —Joss colocó su mano en el hombro de Felicity, en un posesivo abrazo—. Es mi futura esposa, por lo tanto, no se encuentra disponible para ser la suya, mi estimado señor Wilson.

—Lord Warwick fue quien me concedió la mano de la señorita Sutton, por lo tanto, lo que usted diga carece de sentido común —insistió el hombre que era tan alto como Joss.

—Quien parece estar falto de sentido común, es usted —intervino Felicity—. Para su información, mi tío no tiene ninguna autoridad sobre mí pues, ha dejado de tener mi guarda hace tres años. Por lo tanto, es mi decisión escoger al marido que considere más adecuado, y en este caso, usted dista mucho de reunir las virtudes que busco en un esposo. Si no tiene nada más que decir, le ruego se retire de mi propiedad —señaló con la mano la puerta.

—No crea que esto se quedará así. Usted se casará conmigo y será mía —masculló, colocándose el sombrero—. Y estas tierras, también —dio media vuelta y se marchó.

Felicity resopló con frustración y se apartó de Joss.

—Al menos, con tu inminente compromiso, ese embaucador no volverá a importunarte —dijo lady Evelyn para apaciguar a su sobrina—. Lord Fitzroy te protegerá. Mientras más pronto

fijéis la fecha de la boda, esta situación será más fácil de controlar. ¿Cuándo será? —insistió la dama, siguiendo su pequeño plan que surtió precisamente el efecto que deseaba.

Winni inició el rumor en el pueblo, y era solo cuestión de horas para que llegara a oídos del desagradable señor Wilson, la noticia del compromiso de Felicity. Sabía que ese hombre vendría a constatar la veracidad de aquel chisme, y el conde reaccionó tal y como ella había esperado.

Puestos como futuros esposos, a Felicity no le quedaría más remedio que dar el siguiente paso y aceptar la oferta del conde.

—¿Felicity? —dijo Joss, notando rara a la joven—. ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente bien —zanjó con severidad.

—Entonces, fijemos una fecha de compromiso. Tengo que invitar a Amalia y a Archivald —insistió lady Evelyn.

—Yo no me comprometeré con el conde por una mentira piadosa —contestó Felicity—. Además, no fui yo quien afirmó tal cosa —miró desafiante a Joss, que presionó los labios y arrugó el ceño.

—Ya no se trata de llevarle la contraria a tus tíos, Felicity. Esto es muy grave y peligroso, se trata de tu seguridad —habló lo más calmado posible.

—No le temo al señor Wilson, y mi tío sabe perfectamente que no puede obligarme a nada, así que, no tiene que hacerme ningún favor, milord. No me casaré con usted por una nimiedad como esta. Si me disculpa… —salió prácticamente corriendo.

—¡Felicity! —la llamó lady Evelyn e intentó seguirla, pero Joss la detuvo.

—Déjela, milady. Yo iré a por ella —dijo Joss con determinación.

—Está comenzando a oscurecer, por favor, póngala a salvo.

Joss asintió con la cabeza y con una determinación de hierro, salió tras ella.

La impresión lo había golpeado igual que un puñetazo en el estómago, dejándolo sin aliento y sin palabras, ante la rotunda negativa de la obstinada señorita Sutton. Su orgullo estaba herido, pero por una extraña razón, era lo que menos le importaba. Lo que lo había puesto de muy malhumor, fue la reacción instintiva de su cuerpo, y la presión terriblemente dolorosa en su pecho.

Mientras la seguía con pasos fríamente calculados, la observó fijamente y su cuerpo se tensó ante el balanceo de sus caderas. Ella se sentía igual o más atraída que él, pero seguía

negándose al hecho de que aceptarlo como esposo era la mejor decisión para todos, especialmente para él que ya no resistía su cercanía sin devorarla mentalmente, y estaba seguro que no soportaría esperar más tiempo, sin hacer realidad las fantasías que recreaba en su cabeza cada vez que la veía.

Pensar en la sola idea de tenerla entre sus brazos, con su piel marfilada expuesta en su desnudes y en su lecho, le puso los vellos de punta y un escalofrío lo sacudió, desplegándose por todo su cuerpo de músculos tensos por la renuencia de la dama.

La vio entrar a las cuadras y apresuró el paso. No era posible que pensara salir a montar a esas horas, y con el susodicho señor Wilson merodeando la propiedad.

Felicity estaba extrañamente furiosa, pero no con el conde ni con su tía, sino consigo misma. Se había sentido demasiado aliviada cuando lord Fitzroy salió en su defensa y puso en su sitio al desagradable primo de la esposa de su tío. Sin embargo, estaba aterrada ante la inminente verdad que se expandía delante de sus ojos. Aquella emoción que la sacudió al sentirse respaldada por Joss, le había quitado la venda a su corazón. Una venda que hace días se aferraba a mantener alrededor de ese músculo traicionero que no hacía más que exaltarse y palpitar frenético cuando lo veía o escuchaba su voz.

Mientras caminaba por instinto hacia las caballerizas, sus ojos se le llenaron de lágrimas y sintió una dolorosa presión en el pecho. Lo había rechazado abiertamente delante de su tía, después de haberse aprovechado de su ayuda. Había visto en sus ojos la decepción, la irritación y la incredulidad, y sin embargo, la justificación que le dio para convencerla de anunciar pronto un compromiso que aún no había aceptado, solo la convenció aún más de que estaba tomando la mejor decisión.

A él le gustaba, lo sabía, también se preocupaba por su bienestar, pero esas razones le resultaban insuficientes para aceptarlo como esposo.

Con cada paso que daba, los remordimientos y el arrepentimiento eran más fuertes, mas siguió avanzando, haciendo caso omiso a lo que su corazón le gritaba.

—No voy a retractarme… no voy a caer, no puedo ser como mi madre… —musitó, en tanto cruzaba el enorme umbral del haras.

Cerró los ojos con fuerza, mientras finas lágrimas se deslizaban silenciosas por sus mejillas.

—¿Necesita algo, señorita? —le preguntó el único mozo que quedaba a esas horas, haciendo guardia.

—Puede dejarnos a solas, yo cuidaré de la señorita.

Felicity se sobresaltó cuando escuchó la voz del conde tras ella. Fabio, el muchacho que le había preguntado si necesitaba algo, la miró, esperando sus instrucciones.

—Retírate, Fabio. El conde y yo nos la apañaremos solos —fue tajante, logrando que el joven solo asintiera con la cabeza y se marchara apresuradamente.

Ella no tuvo que voltearse para sentir que el caballero se estaba aproximando. Podía sentirlo en los poros de su piel y apretó los puños para resistir el impulso de darse la vuelta y lanzarse a sus brazos.

—Tenemos que hablar seriamente —musitó Joss a centímetros de su nuca.

Felicity se estremeció y los labios le temblaron. Tuvo que tragar grueso para poder responderle sin que notara el titubeo en sus palabras.

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar…

—Así que, ahora soy usted… —formuló, rodeándola hasta quedar frente a ella.

Ella lo miró por unos segundos a los ojos, pero luego esquivó la mirada.

—Al menos, ten la decencia de mirarme a la cara. —Joss notó los rastros de lágrimas es sus mejillas, pero no era momento de caer en la tentación de consolarla, a sabiendas de que sus intenciones tambaleaban de un fino hilo que estaba a punto de romperse—. Necesito saber por qué me rechazaste de esa manera, delante de tu tía, cuando todas las mañanas y todas las tardes, te demuestras más que satisfecha con mis atenciones. ¿Por qué? ¿Qué tienes en mi contra? Y no te atrevas a decir que no sientes nada por mí —advirtió con un tono imperioso que hizo que la joven presionara los labios y se mordiera la lengua—. ¿Cuál es el maldito problema?

—No deseo casarme. ¿Resulta tan difícil aceptar la negativa de una dama? No lo creía tan presuntuoso, milord —atacó, manteniendo la formalidad para conservar la distancia y que él no se acercara más.

—No me resultaría difícil aceptar tu rechazo, si no estuviera tan seguro de lo que sientes —replicó Joss, acercándose más, en tanto ella retrocedía.

—Usted no sabe nada sobre mis sentimientos.

—¡Ya basta, por un demonio! —bramó colérico, avanzando los mismos pasos que ella retrocedía—. ¡Deja de fingir y termina con esa tontería de querer levantar un muro entre nosotros!

Felicity comenzó a entrar en pánico cuando se percató de que el conde no estaba jugando y

que había perdido totalmente la paciencia. Se volteó y caminó de prisa por el extenso corredor que dividía cada cuadra. Él la seguía, prácticamente le pisaba los talones, pero ella no se detuvo, y al girar una esquina, se encontró con el almacén de heno y sin salida. Maldijo en sus adentros, pero cuando rondó para seguir huyendo antes de que la atrapara, chocó con su duro pecho y casi cae de espaldas.

Joss tuvo que controlar su genio para no sujetarla mientras corría despavorida. Ya conocía de memoria aquel sitio y solo era cuestión de segundos para que Felicity se percatara de que iba directo a una trampa sin salida. Estaba tan sumida en una angustia que lo impacientaba, porque no sabía con certeza si era por la lucha interna contra sus propios sentimientos o si seguía decidida a repelerlo con sus mentiras.

Cuando por fin se tomó acorralada y dio vuelta sobre sus talones, tropezó con su cuerpo, y él, por supuesto, reaccionó aferrándola por la cintura y apresándola entre sus brazos, con sus senos presionando su pecho.

El impacto lo dejó sin aliento, deseándola ardorosamente. Sus manos presionaban su talle y los mantuvo rígidos como el hierro para no recorrerle la espalda y mandar al infierno todos sus esfuerzos por mantener a raya a sus demonios, hasta que ella le diera el sí.

Se sentía incapaz. Tajante y rematadamente incapaz. Pero no podía hacerla suya, sin antes asegurarse de que Felicity Sutton sería su esposa. Suya en todo el sentido de la palabra, en la formalidad y en la intimidad.

Felicity parpadeó cuando se topó con la mirada de depredador del conde. Aquellos ojos verdes se oscurecieron y no supo qué idea atravesaba por la mente del caballero; sea cual fuere el plan para cobrarse su ofenda, le provocaba un peculiar estremecimiento que le debilitaba las rodillas.

—Suéltame —siseó apenas audible, notando que aquellos ojos furiosos se posaban en el movimiento de sus labios, que fueron relamidos por su lengua como producto del nerviosismo.

Comenzó a respirar con dificultad, la mirada penetrante de Joss la estaba perturbando más de lo que había imaginado. Esa boca que cada mañana y cada tarde la torturaba en medio de la pausa de algún paseo, le fascinaba y deseaba con vehemencia volver a probarlos; anhelaba que esos majestuosos y bien proporcionados labios, le recorrieran cada parte de su piel que en ese momento ardía.

—Primero, tú y yo resolveremos nuestro asunto —murmuró, muriendo de ganas por besarla. Sin embargo, no debía salirse de su papel. Tenía que definir su matrimonio antes de caer en la tentación de hacerle eso y muchas otras cosas más, que ya había numerado mentalmente.

Una mano de Felicity se dirigió a su rostro y sus dedos acariciaron sus labios. Joss entreabrió la boca y los succionó, arrancándole un gemido a la joven.

—¿Por qué? —inquirió el conde, ardiendo por el deseo. Debía apresurarse a resolver su tonto conflicto con su futura esposa—. ¿Por qué no quieres casarte conmigo?

—No necesito casarme, ya te lo he dicho…

—¿Ni siquiera conmigo? —presionó Joss, bajando la cabeza hasta su oído. Succionó el lóbulo de la oreja y ella jadeó.

—Mucho menos contigo… —murmuró ella, temblando con el aliento del conde en su cuello. Lo escuchó sonreír y los vellos se le pusieron de punta. Estaba muy ansiosa por sentir su cuerpo duro mucho más cerca de ella. ¿Por qué?

—Eso si me ha dado en mi orgullo… —Joss besó con suavidad la piel de su garganta, sobre la vena que palpitaba, y resopló de frustración—. Sigues sin decirme por qué —insistió, masajeando la espalda femenina, mientras sus labios seguían recorriendo con sutileza el cuello.

—Eres peligroso…

—Eso ya lo sabías, y aun así dejaste que nos hiciéramos demasiado íntimos —bajó la cabeza hasta la comisura del escote del vestido verde que llevaba puesto ella, y comenzó a regar besos húmedos, mientras Felicity se arqueaba—. Nos entendemos de maravilla, querida. Ambos sabemos lo que deseamos. Entonces pues, ¿por qué?

—Si no vas a besarme, déjame en paz… —masculló excitada, a punto de explotar por dentro. Joss la estaba torturando a modo de chantaje, con el único propósito de que ella aceptara casarse con él.

El conde apartó su boca del escote y dirigió su filosa mirada a los ojos azules de la joven, oscurecidos por el deseo.

CAPÍTULO 8



—Acepta casarte conmigo y te besaré todo lo que quieras, y en lugares donde ni te imaginas —propuso Joss, tomándola por los hombros y apartándose escasos centímetros de ella—. Dime que serás mi esposa y te enseñaré adonde, esos inocentes besos que te he dado, pueden conducirte, Felicity. Cásate conmigo.

Apenas terminó de realizar su propuesta, Joss vio en sus ojos el pavor y una enorme encrucijada. Tenía miedo, y quizás, se debía a lo que lady Evelyn le había comentado acerca de sus padres. Su mirada vacía por los aparentes recuerdos, parecían haberla conducido muy lejos de él y del momento.

Quería consolarla y decirle que a ellos no les pasaría lo mismo. Se deseaban con locura, eran sensatos y maduros, tenían las edades adecuadas para adaptarse a un matrimonio amistoso, donde la pasión obraría por sí misma para que no tuvieran inconvenientes en la intimidad y engendraran a sus herederos. Él respetaría su independencia, siempre y cuando no cruzara ciertos límites. ¿Qué más quería entonces?

Decidido a definir la situación a su favor y en ese momento, insistió de otra forma.

—Felicity, al menos acepta mi cortejo formal, y si en ese periodo sigo sin convencerte, entonces dejaré de insistir.

Aquellas palabras, parecieron surtir efecto en ella, pues fijó sus ojos azules en los verdes de Joss.

No necesitaba seguir siendo presa de los artilugios del conde para caer en sus garras. Ella ya había claudicado en relación a su resistencia contra él. El caballero se había ganado su respeto y su corazón en tan poco tiempo, que juraba jamás encontrar a un partido semejante, otra vez. Sin embargo… tenía miedo. No quería volverse loca por amar.

Miró su rostro expectante y sonrió.

—¿No es lo que has estado haciendo todos estos días? ¿Cortejarme? —cuestionó para ganar tiempo y encontrar una salida que no lo alejase de ella tan pronto, pero que tampoco la comprometiera a casarse con él.

—Al parecer, no he sido tan convincente; sigues, a pesar de que sientes lo mismo que yo, sin aceptarme… —murmuró tenso.

—Tienes razón en todo lo que has dicho, pero… —tragó con fuerza y negó con la cabeza —. No puedo casarme contigo.

—¿Por qué? —increpó hastiado Joss.

—Porque no lo necesito, ya te lo he repetido varias veces. Sí —afirmó con vehemencia con la cabeza, dándole la espalda—, es verdad que te deseo —«*y que mi corazón traicionero late por ti*», quiso añadir—, que nos entendemos, pero esa misma atracción que sientes ahora por mí, se apagará en cuanto me metas a tu cama, tanto de tu parte como de la mía —entrecerró los ojos y podía imaginar al conde morderse la lengua para no blasfemar y hundir sus uñas en sus manos para resistir el impulso de zarandearla—. Puedes inducirme a los placeres del matrimonio, pero sin necesidad de pasar por la vicaría, porque no me casaré contigo, ni con nadie.

Entonces, sucedió lo que intuyó: las manos del conde la asieron por los hombros y la voltearon de golpe. Su mirada de incredulidad, impotencia y rabia, le rasgaron el corazón en dos y comenzó a temblar por dentro.

—Me estás diciendo que, a pesar de que te ofrezco una posición inmejorable en la sociedad como mi esposa, como mi condesa, ¿tú prefieres que te trate como a una furcia? —increpó con las cejas unidas por el ceño intenso que se formó en su frente—. ¿Es eso lo que acabas de decirme? ¿O es que estoy alucinando? —insistió, presionando sus dedos en su carne.

—Suéltame… me estás lastimando —contestó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

El conde la soltó despacio, sin apartar su mirada hostil de sus ojos, como si ella lo hubiera lastimado a él, más de lo que nunca nadie lo hubiera hecho.

—Mis intenciones han sido honorables desde el principio. Me habías preguntado por qué me importaba tanto tu opinión sobre mí y te prometí que te lo diría antes de marcharme…

Felicity abrió los ojos como platos y su pecho se estrujó como si se lo estuvieran torciendo con todas las fuerzas que se podían. ¿Se marcharía?

—Te ofrecí matrimonio, exponiendo todas las ventajas que tendrías al convertirte en mi esposa, demostrándote día tras día que nuestra unión no sería para nada aburrida ni indiferente, pero tú me propones que me acueste contigo sin hacerme responsable de ti… —Las mejillas de la dama se enrojecieron por la vergüenza—. Me importaba muchísimo lo que pensaras de mí, pues vine aquí con el único propósito de persuadirte a que aceptaras mi propuesta, pero me has terminado de convencer que tus tontos miedos y prejuicios no nos llevarán a ninguna parte; al

menos, no adonde yo deseaba. —Se volteó para marcharse antes de enloquecer y hacerla suya de una vez por todas para darle los suficientes motivos para aceptarlo, pero obligarla con las circunstancias, no era un camino que pretendía tomar aún.

Necesitaba alejarse, al menos por esa noche, para serenar su genio herido y buscar otra manera. Ella sería su esposa, de eso no tenía dudas. Sin embargo, se lo estaba poniendo más difícil de lo que imaginaba y en ese momento, sus palabras solo liberaban la frustración que sentía.

—¿Te marcharás?

Escuchó a su espalda y sin voltearse, se detuvo y respondió:

—¿Hay algún motivo para que no lo haga? —aguardó con más impaciencia de lo que habría deseado, pero el silencio hermético lo desquició—. Veo que no —masculló y siguió caminando.

—¡Tengo miedo! ¿Vale? —gritó Felicity, sumida en las lágrimas.

Entró en pánico cuando él la acorraló, pero el terror que sintió cuando él dijo que se marcharía, no tenía comparación con nada.

Joss volvió a detener sus pasos y se volteó hacia ella. La visión de la mujer que le gustaba, hecha un manojo de nervios y llorando, lo conmovió profundamente.

—¿Miedo? —inquirió. Necesitaba que ella misma le revelara los motivos de su temor—. ¿A mí?

Ella negó.

—Tengo miedo a quererte… —murmuró ella, a sabiendas de que su corazón ya estaba comprometido con el hombre que la escrutaba tenso.

—¿Por qué? —Joss ladeó la cabeza y esperó pacientemente. No quería acercarse. Temía a caer en las garras de la señorita Sutton y olvidar su propósito.

—Porque mi madre se dejó morir por querer demasiado y yo… —Negó con la cabeza.

—Tú no eres tu madre.

—Lo sé, pero…

—Pero ¿qué? —insistió Joss, acercándose más. Felicity había bajado el rostro. Se acercó más y levantó su barbilla para que lo mirara a los ojos—. Cuéntame.

—En el hipotético caso de que… —Felicity tomó aire y se relamió los labios. Lo hacía

siempre que se ponía nerviosa—. Si yo, llegara a sentir algo más que aprecio… —suspiró y volvió a negar con la cabeza—. No quiero estar atrapada en un matrimonio en el cual, sea la única que involucre sus sentimientos, mientras mi esposo…

—¿Busca fuera de casa otras emociones? —terminó por ella Joss y ella afirmó—. Yo no haría tal cosa.

—¡Cómo puedo saber que no mientes! —Se apartó de él—. ¿Cómo puedo tener la certeza de que no lo dices solo para que te acepte?

—Porque soy yo, Felicity. Porque no pretendo un matrimonio solo para hacer infeliz a mi esposa. Y, principalmente, porque eres tú —dijo con determinación.

Felicity fijó su mirada en la suya, buscando explicación a esas últimas palabras.

—Desde que te vi en la posada, supe que si llegaba a casarme, sería únicamente contigo —confesó—. No me preguntes los motivos, pero precisamente esa fuerte atracción que sentí en ese momento, me llevó a mentir cuando Harrington te atrapó… —dijo con resignación—. Es irónico —rio—. Venía huyendo de las artimañas de mi madre porque quería evitar a toda costa el matrimonio, y tropecé contigo. Precisamente contigo, con la única mujer con quien deseo casarme y ¿mira? Tú me rechazas. El destino es impredecible, ¿cierto?

—Yo… —Felicity no tenía palabras para seguir evadiendo lo inevitable—. Dame tiempo, un poco más…

Joss negó en rotundo.

—Ya no tengo tiempo y tú tampoco. Además, todo lo que necesito saber de ti, ya lo sé, y tú también. Wilson no te dejará en paz, corres peligro, y mi nombre, seguramente ya está en boca de todos en Londres, esparciéndose como pólvora la noticia de mi compromiso con una joven del campo —suspiró—. Si tú no me aceptas, deberé marcharme de inmediato para resolver ese asunto y que tu honor no sufra consecuencias por estar relacionado tu nombre con el mío. Lo siento.

—Prometiste que no me presionarías…

—No lo estoy haciendo, solo te estoy comunicando los motivos por los que deberías tomar una decisión respecto a mí. —Ladeó el rostro, entrecerró los ojos y habló lo más calmo posible —. Si quieres que me quede, debo hacerlo como tu futuro esposo, y si quieres que me marche, lo haré de inmediato porque debo encontrar la forma de resolver todo el lío de mi supuesto compromiso. No tengo alternativas y le prometí a tu tía que no permitiría que tu nombre estuviera envuelto en un escándalo.

»Puestas las cartas sobre la mesa, dime pues: ¿me quedo o me marcho?

Inesperadamente, la misma Felicity le dio un motivo que le permitió plantear una decisión muy simple: blanco o negro, sin grises ni matices. Sonrió por dentro cuando notó la angustia de la joven y entonces, antecedió la victoria.

—No quiero que te marches… —musitó Felicity, dando voz a sus deseos—. Pero, no quiero casarme aún…

Joss entrecerró más los ojos y bufó.

—Acepto casarme contigo, pero no tan pronto —volvió a decir Felicity, crispando los nervios del conde.

—Explícate —exigió él.

—Quédate un poco más. Asumo que tus asuntos en Londres pueden esperar y que tu madre puede hacerse cargo de la familia en tu ausencia. Además, sé que tienes otro hermano; viudo, que vive con tu familia. Ellos no te necesitan tanto como yo, tú mismo lo has dicho…

—Felicity, no juegues con mi paciencia.

—No pretendo hacerlo, solo estoy planteando las cosas del modo más provechoso para ambos: tú te quedas y yo me casaré contigo a su debido tiempo… —Felicity había pensado una solución más apropiada para toda la situación y se le ocurrió que ganar tiempo, era lo primordial.

Quería que Joss se quedara, que siguiera brindándole sus atenciones, que la siguiera sometiendo a su pasión, pero no deseaba casarse. Cuando ya le hubiera dado todo lo que esperaba, simplemente se rehusaría a casarse, él se marcharía odiándola, y ella tendría el más bonito recuerdo para atesorar por siempre en su corazón.

Era lo mejor. De esa manera, solo sufriría un tiempo por él, después se acostumbraría. No había nada que el tiempo no curase y su corazón roto por sus propias decisiones, terminaría sanando por sí solo.

Expectante, aguardó ansiosa a que Joss le respondiera.

—¿Cuánto tiempo? —arqueó una ceja, esperando a que la dama manipuladora que tenía delante, le diera el tiempo estimado que pensaba embaucarlo para que no se marchara.

—Seis meses —dijo sin inmutarse.

—Un mes —propuso Joss.

—Tres meses —intentó negociar ella.

Joss se cruzó de brazos y suspiró.

—Supongo que la condición es que, solamente después de que el plazo termine, anunciemos el compromiso, ¿cierto? —Sonrió, esperando su respuesta, que estaba seguro sería un sí. De esa manera, cuando ella se aburriera de él, lo desecharía sin comprometerse.

—Sí, es lo mejor para todos… —musitó Felicity, frunciendo el ceño. ¿Podría ser que…? No. Era imposible que intuyera su plan.

—Esperaré dos meses, pero no puedo aceptar tu condición; mi madre ya debe estar al tanto de las buenas nuevas, y asumo que el señor Wilson también envió una carta a Londres. Su tío, a más tardar, estará aquí mañana. Así que, me quedo y, en cuanto lord Warwick llegue aquí a pedir cuentas, daré la cara y concretaré nuestro compromiso —advirtió.

—Pero… —Felicity se quedó pasmada. No había pensado en la posibilidad de que sir Wilson hiciera aquello, aunque lo más probable fuera que sí.

—Si no está de acuerdo, mañana a primera hora me marcho a Winchester. Solo debe pedirlo —fue tajante el conde.

Ella sopesó todas las posibilidades, no podía dar su brazo a torcer. Entonces, se le ocurrió una idea.

—Hagamos una apuesta —propuso.

—¿Una apuesta?

—Si mi tío llega mañana, tal y como lo predices, haremos lo que propones. Pero si llega en dos días, las cosas se harán como deseo yo. ¿Aceptas? —inquirió.

—Para ser claros, ¿tengo esta noche y mañana para ganar la apuesta? —curioseó Joss. La señorita Sutton resultó ser más persistente de lo que pensó. Ella afirmó con la cabeza—. Bien… —suspiró con teatralidad.

Felicity sonrió triunfal, incapaz de imaginar que antes de iniciar aquella apuesta, ya había perdido.

CAPÍTULO 9

—Ya que te has salido con la tuya… —«*de momento*», musitó Joss en sus adentros—, regresemos para tranquilizar a tu tía. —Le tendió una mano.

Felicity afirmó con la cabeza y alcanzó al conde, entrelazando sus dedos a los de él, que la miró y le guiñó un ojo.

—Prometo que seguiremos con lo nuestro después.

Ella se sonrojó y esquivó la mirada, caminando a su lado hasta que vieron un par de carruajes frente a la entrada.

—¿Reconoces los carruajes? —increpó Joss.

—Son de mi tío…

Ambos se miraron a los ojos. Joss no pudo evitar sonreír, mientras que Felicity fruncía el ceño.

—En mi defensa, fuiste tú quien propuso las reglas. —Se encogió de hombros—. De todos modos, no iba a dejar embaucarme tan fácilmente.

—¿Tú…?

—Después hablaremos de ello. Ahora, vayamos a ver a qué debemos enfrentarnos.

Apenas pisaron el vestíbulo, los ojos de lady Warwick se abrieron como platos cuando vio sus manos unidas. Lord Archivald, por su parte, se sorprendió pero no dejó de sonreír en cuanto vio a su sobrina.

El conde, un hombre de cuarenta y ocho años, era bastante alto, con el mismo color de ojos que Felicity. Un cuerpo atlético, con algunas canas contrastando con su pelo rubio. Era un caballero muy atractivo que tuvo la desgracia de casarse con una mujer veinticinco años más joven y casquivana.

Su imponente presencia aún robaba suspiros entre las mujeres maduras solteras y viudas, y había dejado a muchas decepcionadas por haber escogido a una muchacha fuera del círculo, que lo único que hacía era dejarlo en ridículo por sus cada vez más descuidados romances

extramatrimoniales.

Felicity se soltó de Joss y corrió al encuentro de su tío, que la recibió con los brazos abiertos.

—No sabía que vendría, tío —musitó, después de terminar con el abrazo—. ¿Ha ocurrido algo?

Archivald Granville levantó su mirada y la dirigió al conde, que de inmediato realizó una reverencia y se acercó, extendiendo su mano.

—Buenas noches, lord Archivald. Espero que su viaje no haya sido tan tedioso. —La sonrisa de Joss se borró por unos segundos, cuando posó su mirada en la esposa del conde de Warwick y realizó una leve inclinación de cabeza—. Milady, buenas noches —saludó secamente, volviendo su atención al tío del motivo de sus desvelos—. Me ha ahorrado el viaje a Londres, pues pensaba salir mañana mismo para encontrarme con usted. Si fuera tan amable de concederme unos minutos de su tiempo.

Lord Warwick frunció el ceño y ladeó su rostro.

—Vaya… entonces, los rumores son ciertos —intervino la esposa del conde, lady Scarlett.

—No sé a qué rumores se refiere.

—A que se ha comprometido, por supuesto.

—Ah. Ese rumor… —murmuró Joss, sin mirar a la mujer que en todo momento buscaba hacer contacto con sus ojos—. Milord, ¿podríamos conversar en privado? Prometo no robarle mucho tiempo.

—Por supuesto —accedió—. Felicity, ¿nos acompañas? —le preguntó a su sobrina.

Ella miró por un momento a Joss, que le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Ya no tenía sentido seguir oponiéndose a lo que el destino había decidido, y a lo que ella misma deseaba, aunque ponía todo su empeño en negarlo.

—Estoy segura de que lord Fitzroy se las apañará sin mí, tío —reveló, sorprendiendo gratamente al conde de Warwick.

—Bien. En ese caso, acompáñeme, Fitzroy —señaló el pasillo que conducía al despacho y ambos caballeros dejaron a solas a las damas.

Scarlett miró a Felicity como si quisiera estrangularla; no entendía cómo esa insignificante muchacha que ni siquiera vestía adecuadamente, pudo haber logrado que Joss Fitzroy se fijara en ella.

Cuando la noticia de que el conde se había comprometido con una joven del campo, corrió como pólvora por la ciudad, ni por un segundo pensó en que la maldita huérfana sería la susodicha prometida. Era una mujer tan insignificante comparada con ella, no tenía ningún atractivo más que sus ojos y ese rostro aniñado a pesar de era un año mayor que ella. No lo podía entender.

Sin embargo, la carta que su primo le escribió, nombraba a lord Fitzroy como el prometido de la insulsa Felicity, y entonces casi explotó de la rabia. No dudó ni un segundo en convencer a su esposo de que debían indagar sobre la situación que Steven mencionó en su misiva.

Así pues, estaba allí, pero no esperó que su marido ni siquiera se inmutara con la llegada de Joss y Felicity, y de la mano. ¡Malditos!

—¿Estás bien, querida? Pareciera que estuvieras a punto de asfixiarte… —a su lado, apareció de repente lady Evelyn, quien habló irónicamente.

—Estoy perfectamente.

—Pues no parece; tu rostro… tiene un color raro. ¿No lo crees, Felicity? —incluyó a su sobrina a la conversación.

—Si no te sientes bien, supongo que deberías salir a tomar aire —le dijo Felicity a su tía política con sequedad. Sus ojos estaban fijos hacia el largo pasillo por donde se perdieron su tío y su… prometido.

«Su prometido». ¿Quién lo habría pensado? Pero él tenía razón; fue ella misma quien puso las reglas y ya no tenía ganas ni fuerzas para llevarle la contraria cuando sabía a ciencia cierta lo que sentía.

—¿De dónde conoces al conde? ¿Cómo es posible que en un par de semanas ya estés comprometida con ese desconocido? —Lady Warwick increpó sin comedirse delante de las damas.

—¿Disculpa? —Felicity enarcó una ceja.

—Es que tú no estás acostumbrada a los caballeros de Londres y no tienes la menor idea de con quién estas tratando, solo intento ayudarte para que no hagas el ridículo —excusó rápidamente.

—¿Y desde cuándo te importa tanto mi bienestar? ¿O acaso atenta contra tus propios intereses al verme comprometida con otro hombre que no sea sir Wilson? —atacó Felicity, haciéndole frente.

Desde que Joss le abrió los ojos en relación a que, la esposa de su tío y su primo podrían

haber urdido un plan para despojarla de sus propiedades, la tenía entre ceja y ceja.

—¿De dónde sacas esas ideas descabelladas? —Scarlett se puso lívida.

—De tu insistencia porque mi tío acepte la oferta de ese desagradable hombre. ¿Piensas que no lo sé? —indagó, cruzándose de brazos—. Dejen de soñar con hacerse con mis tierras, porque nadie puede obligarme a desposarme con ese hombre.

—Archivald es tu tutor, le debes obediencia —refutó Scarlett sin pensar que se estaba delatando.

—Entonces, tengo razón… —Felicity avanzó hacia Scarlett que retrocedió un poco—. ¿No me digas que no sabes que mi tío dejó de tener autoridad legal sobre mí, hace tres años?

—Eso no es cierto, Archivald siempre viene a ocuparse de los asuntos financieros de la propiedad.

—Eres más tonta de lo que pensé —intervino lady Evelyn—. Ya no trates de presionar a mi hermano, porque él no tiene ningún poder legal ni moral sobre Felicity. Al menos, no desde que se casó contigo.

—Yo no presioné a Archivald con nada, solo me preocupaba ver a Felicity tan sola, en esta finca tan grande y sin la protección de un esposo —volvió a excusarse.

—Bueno, como verás, ya no hace falta que le sigas buscando un esposo protector a mi sobrina, porque ya lo ha encontrado, y uno bastante bueno, rico y bien parecido. ¿No lo crees? —Lady Evelyn arqueó una ceja, y vio con satisfacción que su cuñada se ponía roja por la furia—. Ya no intervengas en los asuntos de esta familia, Scarlett. Mejor dedícate a cuidar de tu marido, y no prestes atención a los esposos o prometidos de otras.

—Eres una vieja amargada… —masculló Scarlett, dando media vuelta y subiendo por las escaleras.

Felicity y Evelyn se miraron y la última bufó.

—Esa mujer me pone los nervios de punta, cada vez la soporto menos —farfulló hastiada con la presencia de la mujer que su hermano desposó—. No entiendo cómo mi buen hermano, tan hábil en los negocios y con las propias mujeres, pudo caer en las garras de esa fulana…

—Tranquila, tía. No le haga caso. Es una envidiosa. ¡Ya querría ella lucir como usted cuando llegue a su edad! Es preciosa, parecemos hermanas y lo sabe, lo que me lleva a preguntarle si no ha pensado en la idea de volver a casarse… —Felicity había pensado mucho en las palabras de su tía, que, prácticamente se había sacrificado para acompañarla en Sutton Hall.

Además, apenas tenía treinta y tres años, era una mujer elegante, culta, interesante y cariñosa. Tenía todo el derecho del mundo a ser feliz, a encontrar el amor, tal y como ella lo estaba haciendo.

—Nunca me lo habías preguntado…

—Porque pensé que nunca le interesó el matrimonio, pero ahora sé la verdad.

—No te sientas culpable por lo que dije, Felicity. Solo lo hice para que abrieras los ojos en relación al conde.

—Lo sé, pero de todos modos, aún tiene la posibilidad de ser feliz, de encontrar el amor… —insistió la joven.

—Me daré por satisfecha y seré la mujer más feliz del mundo, cuando te vea caminar del brazo de Archivald, hasta un altar donde lord Fitzroy esté esperando por ti. —Tomó las manos de Felicity que se sonrojó al extremo—. ¿Aún no has aceptado su propuesta de matrimonio?

—¿Cómo sabe que me ha propuesto matrimonio?

—Porque ese fue su propósito desde que te vio, y fue su principal objetivo al venir aquí —sonrió—. Puede que te parezca un tanto dominante, pero es un hombre honorable que será un buen marido. Además, es bastante atractivo y sé que no te resulta indiferente. Es rematadamente rico, por lo que tampoco existe la posibilidad de que se case contigo por conveniencia, y de entre todas las jóvenes que ha tenido a disposición, se fijó solamente en ti, con la cabeza puesta en el matrimonio.

—Todo un dechado de virtudes… —Felicity resopló.

—¿Qué te impide decirle que sí?

—Tampoco he dicho que no, tía, y en estos momentos el conde debe estar ultimando los detalles de nuestro compromiso con mi tío —informó, con una sonrisa imposible de ocultar.

—¿Eso es cierto, Felicity? ¿No estás jugando conmigo? —Los ojos de Evelyn se llenaron de lágrimas. Felicity negó con la cabeza—. ¡Oh, por Dios! —exclamó, abrazando a su sobrina—. Cuéntame los detalles, necesito saber sobre la ingeniosa propuesta del conde para lograr convencerte —tiró de su sobrina hacia el salón donde bordaba y recibía visitas.

—Bueno, en realidad, perdí una apuesta…

—¿Una apuesta?

—Sí…

Felicity comenzó a relatarle, a medias, las circunstancias de aquella apuesta, mientras

caminaban alegres con los brazos entrelazados.



Lord Warwick cerró la doble puerta de roble tras ellos, e invitó a Joss a tomar asiento en un sillón, dispuesto frente al escritorio. Él hizo lo mismo detrás de la mesa imponente.

—Siendo franco, me sorprende tenerlo aquí. Lo creía en Winchester. —Archivald unió sus dedos sobre el escritorio y le lanzó una filosa mirada—. Supongo que su imprevisto desvío tiene el nombre de mi única sobrina.

—Supone bien —admitió Joss, con una sonrisa—. Conocí a su sobrina en El Ciervo.

—He oído los rumores sobre su intrusión para salvar a su prometida de las garras de Harrington, pero nunca creí que tal dama resultara ser mi sobrina —suspiró y se recostó en el sillón—. Entonces, ¿sus intenciones se deben a tal acontecimiento? ¿Se siente obligado a responder por Felicity?

—En absoluto; más bien, me aproveché de tal acontecimiento para que su sobrina se sintiera en la responsabilidad de acogerme aquí. Desde que la vi, supe que si me casaba, sería únicamente con ella —contestó con determinación—. Puede creerme o no, pero el caso es que la señorita Sutton es diferente a todas las damas que conocí, y quiero que sea mi esposa.

Archivald arqueó una ceja y suspiró.

—Bueno, ya debe saber que no tengo ninguna autoridad sobre Felicity, y que si ella se niega, no puedo obligarla.

—Ella me ha aceptado, pero, de todos modos, para mí es muy importante contar con vuestra aprobación. Después de todo, ha sido usted, junto con lady Evelyn, quien ha criado a la señorita Sutton —expresó con seriedad.

—Ya veo —afirmó con la cabeza, satisfecho—. Ya que ha logrado hacer lo que ni Evelyn ni yo pudimos, se acaba de ganar mi absoluto respeto y aprobación —sonrió y se puso de pie para ir hasta el aparador de bebidas. Cogió dos copas y sirvió oporto—. Esto amerita un brindis —le tendió una copa.

Joss la tomó, frunciendo el ceño.

—Pensé que no le agradaría demasiado la situación, o al menos, pondría algunas objeciones antes de aceptar.

Archivald lo miró a los ojos.

—¿De veras? —inquirió y Joss afirmó—. ¿Por qué haría tal cosa?

—¿Intereses de familiares políticos? —dijo Joss.

—Con que conoció a Wilson…

—Me aseguró que usted le concedió la mano de Felicity; por ese motivo pensaba visitarlo en Londres, para dejar en claro la situación, dado el caso que su sobrina aceptó mi propuesta —resopló y buscó las palabras adecuadas para mencionarle lo que sospechaba al conde—. El hombre pareció muy seguro de lo que decía, y a decir verdad, no me gustó para nada su actitud. Estoy convencido, con todo el respeto que usted merece, que utiliza a lady Warwick para presionarlo en relación a una posible unión.

Al contrario de lo que Joss pensó, el conde solo sonrió.

—Wilson es un hombre que está acostumbrado a salirse con la suya, pero pierda cuidado. En cuanto se convenza del inminente matrimonio de Felicity, dejará de molestar. —Le restó importancia al asunto.

—Eso quiere decir que ¿me acepta como prometido de su sobrina?

—¡Por supuesto! —exclamó Archivald—. Llevo seis años intentando convencerla de que se busque un marido decente que la ayude a dirigir este sitio, mas fue inútil. De repente, llega usted y la hace cambiar de opinión. Y si ha sido capaz de hacer eso, estoy seguro que tiene lo que se necesita para ser un buen esposo; alguien que la sabrá guiar por el buen camino sin doblegar su espíritu. Felicity es mi única sobrina, la amo como si fuese mi propia hija y le prometí a mi difunta hermana que velaría por ella hasta que encontrara al hombre adecuado, y sé que ese hombre, es usted. No hubiera sido mejor de haberlo planeado —levantó su copa.

—Me alegra que lo vea de esa manera, y confieso que no fue fácil convencerla. Sin embargo, necesito un favor de su parte.

—Siempre que esté en mis posibilidades, por supuesto.

—Es indispensable para mí que deje en claro, delante de su familia y toda la sociedad, su posición en relación a mi futuro matrimonio con Felicity. Quiero que, de ser posible, todos en el reino sepan que la señorita Sutton es mi prometida y será mi esposa —fue tajante—. Será una forma de evitar imprevistos, usted comprende —aclaró Joss.

—Es lo más sensato y justo —estuvo de acuerdo el conde de Warwick—. Felicity es muy propensa a dejarse llevar por sus emociones. Así que, si llegaran a estar disgustados antes de la boda, es capaz de cancelarlo todo.

—Con respecto a la fecha, también requiero su apoyo para convencerla de que sea lo más

pronto posible, pues no pretendo darle tiempo para que cambie de parecer y siendo honesto, me preocupa su seguridad —afianzó su mirada en la de lord Warwick que afirmó con la cabeza.

Después de unos segundos, sopesando las palabras de Joss, Archivald sonrió y rellenó sus copas.

—Bien pensado, muchacho. Tienes mi absoluto apoyo. Así pues, ¿qué pretendes que hagamos?

Joss sonrió satisfecho.

CAPÍTULO 10

—¡¿Por qué has hecho eso, Archivald?! —recriminó Scarlett, cuando su esposo le anunció las buenas nuevas en su dormitorio, a la mañana siguiente.

Había dormido como roca, sin sentir absolutamente nada. Últimamente, ni siquiera recordaba lo que hacía la noche anterior, despertaba con una pesadez en la cabeza y un tanto aturdido, confuso.

Acostumbraba a beber una medida de whisky antes de dormir, y estaba seguro que algo tenía que ver esa costumbre en todo el asunto. En la noche, a pesar de que se había negado a hacerlo, su esposa insistió y solo le sirvió para ponerse más en alerta. Estaba completamente seguro, que la bebida tenía algún tipo de sustancia que le producía aquel efecto.

No se le habría ocurrido siquiera a sospechar de su esposa, pero aquella nota anónima que recibió en Londres, diciendo que pusiera más atención en los pasos de Scarlett, había hecho sonar alarmas a su alrededor. Preso de una terrible incertidumbre, la había mandado seguir, constatando que efectivamente las habladurías, eran un hecho. Era un hombre engañado por su mujer, y lo peor del asunto es que, todavía no sabía cómo enfrentarse a la situación. El divorcio no era una opción; aunque el proceso fuera largo y engorroso, además de costoso, sabía que saldría favorecido en el parlamento. Sin embargo, su reputación estaría por los suelos, aunque lo que más le importaba era el hecho de que su sobrina no pudiera encontrar un marido adecuado si aquel escándalo se desataba antes de que ella se casara.

Ahora, con Fitzroy como aval de Felicity, podía pensar con la cabeza fría y calcular con precisión el paso que daría y cuál sería el futuro que escogería para Scarlett. Que Joss le comentara su preocupación por la seguridad de Felicity, y sus suposiciones en relación a Wilson, le habían terminado de quitar la venda de los ojos, asumiendo una realidad que no había querido ver: Scarlett se casó con él para manipularlo y obligar a Felicity a desposarse con Wilson, que estaba obsesionado con Sutton Hall.

Aunque era un hombre mayor y tenía una basta experiencia con las mujeres, se reprochaba a sí mismo por haber caído ingenuamente en aquel plan tan simple. Scarlett lo había encandilado, y le dolía su traición, pero más herido estaba su orgullo por haber confiado ciegamente en una meretriz de quinta, habiendo tenido en todos sus años de soltero, la posibilidad de casarse con

cualquier dama más conveniente y de cuna. Si no lo había hecho, fue precisamente por Felicity, al igual que su hermana Evelyn. Ambos se habían abocado de lleno al cuidado de la niña indefensa que vivía rabiada con sus padres por haberla abandonado cuando más los necesitaba, según sus propias palabras. Lo que Felicity no sabía, era que Evangelina arrastraba una enfermedad de años y que, si se aferraba a la vida y a aparentar que no ocurría nada con su salud, era por su hija.

Era cierto que su hermana se sumió en una profunda tristeza cuando su difunto cuñado murió, pero las suposiciones de su sobrina distaban mucho de la realidad. Sin embargo, ya no tenía sentido tocar aquel asunto y menos en aquellas circunstancias.

Se terminó de vestir para bajar al comedor, sumido en sus pensamientos y sin decir una sola palabra.

—¿Y bien? —insistió su esposa, cruzada de brazos y furiosa.

—Porque es un buen partido para mi sobrina; su padre era un muy buen socio de negocios y lo conozco desde que era un crío. Es el hombre adecuado para ella —afirmó sin atisbo de duda.

—Pero, le prometiste a Steven que le concederías su mano —protestó.

—No le prometí nada. Dije que lo pensaría, y siendo honesto, el salvaje de tu primo no encaja en ningún sentido con una dama como mi sobrina. Jamás habría aceptado ese matrimonio —refutó con una calma impresionante.

—¿Nos has engañado? —cuestionó sorprendida Scarlett.

—Yo no he engañado a nadie, querida… —arrastró aquella última palabra con ironía—. Pero si quieres hablar de engaños, podemos hacerlo de los tuyos. —La escrutó con decepción, más que con rabia.

El semblante de la condesa se desencajó por las inesperadas palabras del hombre a quien tenía comiendo de su mano.

—¿No me digas que creerás en los chismes de esas arpías de Londres, que solo están celosas de mi belleza y juventud? —Scarlett se puso a la defensiva, vaticinando lo peor—. No puedes dejarte llevar por habladurías, cariño… —intentó acercarse, pero el conde la detuvo levantando la mano—. ¿Qué sucede, Archivald? ¿En serio estás considerando creer en aquellos rumores infundados?

—Yo solo creo en lo que veo, así que, puedes calmarte y dejar de hacer rabietas —zanjó, colocándose su levita marrón de terciopelo. Scarlett estiró las manos para acomodarle las solapas, pero el conde dio media vuelta para salir del dormitorio, huyendo de su contacto—. Por

cierto —dijo en el umbral de la puerta—, en tres días celebraremos el compromiso de Felicity y espero que te comportes. Además, he tomado una decisión respecto a tu estadía en Londres.

—¿Qué significa eso? —la condesa frunció el ceño.

—Adquirí una propiedad cerca de aquí; es mi regalo de aniversario para ti, querida… —Archivald trató de sonreír. Si bien, sus labios se curvaron, sintió una fuerte punzada en su pecho.

—¡¿Me confinarás al campo?! —increpó con incredulidad.

—Eso dependerá de tu comportamiento en la celebración, delante de la futura familia política de mi sobrina —sonrió, ladeando su cabeza—. La decisión que tome al respecto, está en tus manos.

Dicho aquello, inclinó su cabeza y con su corazón torciéndose de dolor, cerró la puerta de la habitación.

Scarlett reprimió un grito de rabia y en un arrebato, tomó un cojín lanzándolo a la puerta.

—No será tan fácil deshacerte de mí, viejo estúpido… —masculló, mirando con furia por donde su esposo había desaparecido.

Tocó el llamador y de inmediato apareció su dama de compañía, a quien le ordenó entregar una nota que redactó con rapidez. No pensaba quedarse de brazos cruzados, mientras el hombre que le gustaba se casaba con otra y su esposo, pretendía confinarla lejos de la diversión.

Como todas las mañanas desde que llegó a Sutton Hall, Joss acompañó a Felicity en su habitual paseo. El deseo, con el paso de los días, se hacía más palpable entre los dos y su futura esposa se demostraba bastante ansiosa de pasar tiempo a solas con él. Sabía lo que quería, lo que él mismo anhelaba con locura, pero primero tenía que asegurar su mano delante de toda su familia. No quería arriesgarse a que, después de hacerla suya, ella decidiera romper con su promesa de casarse con él. Sin embargo…

Estaba a punto de caer en la tentación. Si no encontraba un motivo para regresar pronto a la residencia, aflojaría las riendas que sujetaban a sus instintos más primitivos para que tomaran el control, y estaba seguro que todo terminaría mal.

Había contenido su respiración mientras sus ojos se posaban en el trasero de Felicity, sobre la montura, en su cuello delicado y ese escote que dejaba entrever la comisura de unos senos bien proporcionados, capaces de llenar sus manos a la perfección.

Reprimió un gruñido y miró al cielo, suplicando clemencia. Entonces, aquellos nubarrones

que antecedían una tormenta, aparecieron como una señal y se afianzó a aquella oportunidad como a una tabla de salvación.

—Está por llover, regresemos —dijo sin más, aferrándose a aquella posibilidad para reprimir sus deseos y no cometer una locura.

—Pero, apenas está nublado, y prometiste que, lo que dejamos pendiente, lo retomaríamos… —musitó sin ningún atisbo de vergüenza.

—Después del compromiso —masculló él, a duras penas—. Lo prometo.

Comenzó a espolear su montura para adelantarse y no ceder a los deseos de Felicity, mas ella no lo siguió. Volvió a detener su caballo y se volteó hacia ella.

—¡¿Por qué no vienes?! —vociferó a cierta distancia.

—¡Aún necesito revisar el depósito principal de forrajes! —Señaló al este—. ¡Adelántate, te alcanzó en cuanto termine! —exclamó, virando a su caballo y yendo al galope hacia la dirección que había indicado.

—¡Felicity! ¡Maldición! —bramó, y sin más remedio la tuvo que seguir.

Felicity había comprendido a la perfección las intenciones de Joss. Quería enredarla formalmente antes de hacerla suya, pero ella estaba impaciente; necesitaba liberar con urgencia aquella ansiedad que le quemaba las entrañas cada vez que estaba cerca de él. Sabía que había más que esos besos apasionados, mucho más que aquella tortura exquisita a la que sometió a su intimidad, y si de todas maneras terminaría desposada con él, ¿por qué seguir esperando?

Lo llevaría hasta el granero principal, y si el cielo la ayudaba, se derramaría la lluvia precisamente cuando llegara tras ella. Sabía que la seguiría, que no podría dejarla a su suerte porque se preocupaba por ella, porque tenía sentimientos fuertes hacia ella. Con los días, descubrió a un hombre sobreprotector y posesivo, amable, considerado y con un fuerte arraigo a la familia. Sería un perfecto esposo y guardián, en el buen sentido de la palabra.

Las primeras gotas golpearon su rostro y sonrió triunfal. El depósito estaba a unos cinco minutos y les sería imposible regresar con semejante temporal. Así que, al conde no le quedaría más remedio que rendirse ante sus deseos y enseñarle todo lo que debía saber acerca de los placeres que puede brindarle el matrimonio, tal y como se lo dijo la primera vez que conversaron del asunto.

Cuando llegó, saltó de su montura y fue hasta el enorme portal, intentando correr la puerta tranquera para abrirla. Sin embargo, Joss llegó de inmediato y lo hizo con rapidez, obligándola a refugiarse dentro y yendo él a por los caballos para ponerlos a resguardo.

Un relámpago rasgó el cielo y los animales se encabritaron. Acto seguido, el agua comenzó a derramarse desde el cielo con violencia, y Felicity suspiró calmada y conforme, cuando su futuro esposo volvió a cerrar la puerta del depósito.

Joss se volvió hacia ella ligeramente empapado y caminó con firmeza, respirando con dificultad y con el ceño fruncido.

—¡¿Por qué te empeñas en ponerte en peligro?! ¿Acaso no has visto que se avecinaba una tormenta? —masculló furioso, presionando sus puños para no zarandearla por los hombros y que esa tozudez que tenía, se le quitara.

—Tú no permitirías que me suceda nada; al menos, nada malo. —Ella replicó sin retroceder.

Joss, con un velo de imperturbabilidad firmemente puesto para que no notara su vulnerabilidad, tuvo que tolerar los nervios y sufrir con su proximidad. Lo estaba provocando, lo estaba tentando a aprovecharse de ella y él, lamentablemente no era ningún santo.

Además, si ella llegaba a tocarlo, que el cielo la amparase porque estaba seguro que no podría contenerse. Felicity Sutton había socavado en lo profundo de él, sembrando algo bastante fuerte y poderoso, al punto de agobiarlo y obsesionarlo profundamente con ella. Nunca, jamás, había sentido algo así y no sabía a ciencia cierta que nombre ponerle a ese sentimiento de posesividad y ansiedad que se apropiaban de él, cada día con más fuerza.

Contuvo un juramente cuando la vio acortar la distancia entre ellos, lo estaba volviendo loco y parecía ni siquiera importarle.

—No sabes lo que dices; tú misma te has cansado de juzgarme como peligroso… —masculló entre dientes, respirando con dificultad y constatando que ella seguía avanzando hacia él—. Felicity, aléjate antes de que te arrepientas —advirtió a duras penas, pero fue demasiado tarde porque ella colocó la palma de su mano en su pecho.

Joss tragó con fuerza y su respiración se aceleró, mientras la pequeña mano de Felicity recorría su amplio torso.

—¿No seremos marido y mujer? —inquirió, relamiendo sus labios con su dulce lengua.

—Por supuesto.

—Entonces, ¿por qué esperar tanto a que me enseñes ese dechado de placeres que me otorgará mi matrimonio contigo?

—Casémonos antes; eso resolverá la situación —propuso él, frunciendo el ceño y reprimiendo una maldición por el suave contacto de la mano cálida que recorría sobre su camisa

empapada.

—No huiré… —insistió ella.

Joss bufó, profundizando el ceño en su frente.

—No huirás, pero podrías seguir con tus tontos planes de desecharme después de haberte enseñado lo que quieres experimentar, y no deseo correr riesgos.

—Mi tío no me dejará cambiar de parecer, y para ser sincera, tampoco podría dejarte ir… —Su pequeña mano subió a la mejilla de Joss que cerró los ojos e inspiró hondo ante su contacto —. Si el precio de tenerte a mi lado es el matrimonio, prometo que será de esa manera. ¿Puedes confiar en mí, como yo confío en ti? —inquirió, por último, terminando de desarmar al conde.

—¡Demonios, condenada muchacha! —vociferó, apartando con sutileza aquella mano de su rostro—. Te juro que si intentas algún truco para no casarte conmigo, no tendré piedad de ti. ¿Has comprendido? —increpó con la voz ronca. Ella afirmó y él tiró de su muñeca, afianzándola a su cuerpo.

Las manos de Joss fueron a parar a su cintura, presionando con fuerza el talle mientras resoplaba, intentando calmar la tensión que la joven le había provocado. Ella llevó sus manos a su cuello y lo miró directo a los ojos.

—¿Siempre te sales con la tuya? —preguntó Joss, apretándola contra él. Su prominente erección se presionó en el vientre de Felicity que abrió los ojos como platos y se tensó—. Eso es lo que provocas con tu insensatez, con el embrujo que me has lanzado desde que te vi, Felicity, y duele, molesta… y tú, no te has detenido en provocarme y volverme loco. Ahora, mi único alivio será tu cuerpo y tienes una última oportunidad para huir de mí… —masculló, preso de un hechizo que obnubiló todos sus sentidos.

Era el efecto del embrujo que Felicity le había lanzado desde que la besó en aquella maldita posada.

Ella ni siquiera se inmutó ante su última advertencia, y se puso de puntillas para rozar con inocencia sus labios.

—Ya te lo dije: no huiré, ni del matrimonio, ni de ti…

Joss vaciló un instante… pero estaban allí, solos, con una gran tormenta como cómplice, impidiéndole evitar la situación que él mismo anhelaba concretar con locura. Sin prisas, recorrió su rostro angelical con la mirada, endureciendo sus facciones a medida que trascurrían los segundos, esperando ver alguna duda en sus preciosos ojos azules que lo miraban expectantes.

CAPÍTULO 11

A pesar de lo que él pensara, Felicity estaba tranquila; era verdad que el cuerpo de Joss tan cerca del suyo, tensaba sus nervios y enflaquecían sus sentidos, pero de la misma manera, el ansia que sentía por compartir con él mucho más que un simple beso, aumentaba con fuerza a medida que su cuerpo se acostumbraba al calor que emanaba del suyo.

Y ahora, los dos estaban allí, solos, sin nada ni nadie que se interpusiera entre la pasión y el deseo que ambos sentían.

Cuando sintió la prominente virilidad de su futuro esposo, le flaquearon las piernas, formulando en su cabeza la pregunta absurda de por qué le dolía a Joss aquella parte de su anatomía. Arrugó un poco el ceño y suspiró.

—¿Te lo has pensado mejor? —musitó el conde, arrancándola de su ensoñamiento y acariciando con afán su espalda, hasta llegar a la nuca que masajeó despacio.

La joven arqueó el cuello ante su contacto y unos mechones escaparon de aquel rodete alto que tenía hecho.

Joss había fantaseado con ver aquella melena rubia suelta y alborotada, mientras le hiciera el amor. Entonces, despacio, sus manos fueron hasta las horquillas y las quitó una a una, atento a su labor y con la mirada puesta en su cometido. Sentía los ojos de Felicity sobre su cara, buscando su mirada, pero no se distrajo de su tarea.

Cuando la cabellera dorada cayó en cascada sobre los hombros de ella, él la miró complacido, imaginando por dónde empezaría; si en el punto donde palpitaba su pulso en la garganta, en el hueco de la clavícula, o en el inicio de las curvas nacientes de sus pechos. Las manos de la joven rodeaban su cintura y él inspiró hondo, desesperado por llenar de aire sus pulmones antes de asfixiarse. Se decidió por su preciosa boca: levantó las manos hacia su rostro, lo cogió con firmeza y atrajo sus labios hacia él.

Felicity recibió aquel beso como de costumbre: con los labios entreabiertos y su lengua dispuesta a enredarse a la suya. Sin embargo, el talante de aquella intrusión impetuosa, urgente y desesperada, era diferente a las anteriores, pero no dudó un segundo en entregarse a la pasión abrasadora que le quemaba las entrañas y le recorría las venas, al punto de nublarle todos los

sentidos. Solo quería disfrutar y experimentar de lo que él tanto le había hablado como una promesa, a cambio de aceptar su oferta de matrimonio.

Joss era consciente de que Felicity lo deseaba con toda su alma. El fuego que encendía su mirada cada vez que se cruzaba con la suya, lo había hecho sentir un inmenso regocijo y no sirvió de ayuda para intentar detenerse.

La siguió besando con ímpetu, olvidando todas las barreras que le había puesto a su pasión. Ella sería suya en cuerpo, en alma y delante de toda la sociedad. Sería su esposa, su amante, su condesa, la mujer que gobernaría su casa, que engendraría a sus hijos, que dominaría su voluntad, aunque ella no lo supiera aún.

Sin apartarse de Felicity, procedió a deshacerse de los botones del vestido, la camisola, enagua, las medias…

Ella, por su parte, con las manos temblorosas se deshizo de la pelliza que Joss tenía puesta, para después desprender a tientas cada botón de la camisa de seda.

Cuando las prendas femeninas fueron a parar al suelo, se alejó un poco para contemplarla de pies a cabeza. Él estaba con el torso desnudo, pero al verla a ella, completamente desnuda, su respiración se aceleró y sonrió en sus adentros, sintiéndose el hombre más malditamente afortunado del mundo.

Los cabellos brillantes como el oro, expandidos sobre la piel amarfilada, provocaba a sus manos un deseo incontrolable de acariciarlos, de hundir sus dedos en ellos. Y esa piel, que en ese momento se teñía de un delicado tono rosa, hacía bullir su sangre por el ardor de aquel incontrolable deseo que se extendía por cada poro de su piel.

Felicity Sutton, a sus ojos, resultaba la mujer más exquisita que había visto en toda sus vida.

Con un hambre voraz, se acercó de nuevo para estrecharla con fuerza entre sus brazos y sentir el contacto de su piel desnuda con la suya. El vello se le erizó y un fuerte sentimiento de posesividad lo embargó desde el fondo de su ser.

Ella levantó la cabeza para buscar su boca y él no la hizo esperar; se apoderó de sus labios con un beso lento y ardiente antes de presionar el abrazo para acercarla aún más a su cuerpo.

Felicity tembló.

La pasión y el deseo se extendían por cada centímetro del cuerpo de ambos.

Joss se apartó por un momento y colocó sus abrigos sobre el heno. Luego, empujó despacio a la joven que cayó de espaldas, cuidadosamente sobre la manta improvisada. Él la

volvió a contemplar con la mirada oscurecida.

Felicity se sintió la mujer más deseada del mundo, mientras lo observaba expectante. Sin apartar su mirada entornada y febril de su cuerpo, se despojó de las botas y el pantalón, recorriendo su desnudez con descaro, lo cual la había puesto un tanto nerviosa.

Tragó saliva, en tanto se repetía que era normal debido a su falta de experiencia y abría muy grande los ojos para escrutarlo en su completa desnudez. Era perfecto; todo lo que sus ojos veían, le fascinaba. Esa piel un poco más oscura que la suya, sobre su tersa y musculosa carne que le daba las proporciones justas a sus brazos y amplio torso, su estrecha cintura, sus caderas afiladas, hasta extenderse por sus muslos rígidos y torneados.

Gimió de satisfacción y él se acercó como un depredador, poniéndose de cuclillas a su lado. Alargó su enorme mano y la acarició desde los hombros redondeados, franqueando lentamente por sus senos cuyos pezones se endurecieron al instante, para descender hasta su vientre y luego, adentrarse entre sus muslos. Todo su cuerpo se tensó y le costó respirar, pero no se atrevió a cerrar los ojos; quería verlo, quería admirarlo deseándola, aunque el roce sutil de su mano le provocaba un profundo estremecimiento. Entonces, con una determinación y fuerza controlada, separó sus muslos y se ubicó entre ellos, sin apartar de su rostro, sus ojos oscurecidos por el deseo.

Joss presionó con fuerza los labios, mientras su pecho subía y bajaba frenéticamente por su agitada respiración, obligándose a recordar que la joven que yacía sensualmente sobre el heno, era casta y que debía tener cuidado. Sin embargo, la flamígera sacudida que sintió por el floreciente calor que recorría sus venas, lo empujó a tumbarse sobre ella.

Apoyado en su codo izquierdo para no aplastarla con su peso, con los dedos de su mano derecho tomó un mechó de pelo y se lo llevó a la nariz, aspirando hondo y cerrando los párpados. Luego acarició su mejilla con el dorso de su mano, bajando su delicada barbilla. Agachó la cabeza y le dio un firme y profundo beso que antecedía una unión que convertiría a Felicity Sutton en suya, y para siempre.

La sola idea de aquello, hizo que de su pecho brotara una emoción desconocida y abrumadora, totalmente incomprensible. Solo tenía la certeza de que la quería a ella, de aquella manera en la que veían sus ojos, en su cama por el resto de sus días.

Felicity se aferró a su cuello y su cuerpo comenzó a moverse, frotándose contra él mientras el beso de profundizaba. En ese momento, lo único que le importaba era que Joss le enseñase todo cuanto debía, y aplacar de una vez por todas esa sensación que le torcía las entrañas desde hace días. Cuando los dedos sutiles del conde hurgaron sus pliegues, escondidos entre los rizos

de su intimidad, comprendió que el momento de sosegar su curiosidad había llegado.

Jadeó sobre su boca, en tanto Joss comenzó a recorre con sus labios su barbilla, su garganta hasta llegar a sus pechos. Obnubilado, se metió un pezón en la boca, logrando que la mujer que ya se retorcía gracias a su tacto, gimiese con fuerza. Sintió los dedos de Felicity hundirse en su cabello y los latidos de su pecho retumbando contra su rostro.

El deseo se hizo más intenso con la reacción febril y sensual de Felicity; tanto, que Joss desconoció aquel erotismo desbordante que los había envuelto en un sencillo granero. Nunca había experimentado nada tan sensual y emocionante con otra mujer.

Volvió a levantar la cara hasta su rostro y la besó de nuevo en la boca, en tanto hundía su dedo en su ardiente y empapado interior. Aquella acción, logró tensar a Felicity que separó sus labios de los suyos para emitir un quejido de sorpresa. Mientras el tacto de Joss se movía, ella se retorció enfebrecida, abrumada, persiguiendo vertiginosamente aquel torbellino de emociones en la que el conde la estaba lanzando. Después de unos minutos, sintió un relámpago de sensaciones, en tanto su cuerpo se sacudía por el estremecimiento que la invadió, y entonces, cierto alivio subió hasta su cerebro ofuscado.

Sin embargo, Joss no la dejó siquiera reponerse que aquella liberación, porque le alzó las caderas, metiendo sus palmas debajo de las nalgas, y situó la punta de su rígida virilidad en la entrada de la húmeda cavidad de Felicity que aún respiraba aturdida.

Despacio, fue hundiéndose en ella, mientras arremetía con besos sobre su boca para distraerla del inevitable y punzante dolor que le provocaría su intrusión.

Felicity recobró el sentido y respondió al beso, en tanto movía sus caderas con ansiedad. Joss volvió a salir y de un solo embiste, se hundió en su intimidad, ahogando el grito que emitió ella, con un beso.

Permaneció inmóvil, esperando a que se acostumbrara a él, sin dejar de besarla en todo el rostro. Despacio, comenzó a moverse en un suave vaivén, hasta que sintió que la rigidez abandonaba paulatinamente el cuerpo de la joven. Entonces, en una danza apasionada y en perfecta sincronía, sus cuerpos experimentaron algo más que pasión. Más que la unión de dos cuerpos que danzaban al compás del deseo, eran dos almas que se unían por la eternidad.

Sus miradas lo decían todo. No hacían falta palabras que le dijese al otro lo que estaban sintiendo. Era un acto sensual, acompasado por el amor que ninguno de los dos aun había descubierto como sí.

Horas más tarde, ambos yacían en medio del granero, con sus cuerpos desnudos y sus extremidades entrelazadas. Felicity dormía plácidamente con la cabeza acurrucada en el pecho de Joss, que solo se había dedicado a juguetear con su cabello y a abrazarla con posesividad.

Él no había podido pegar el ojo. Se sentía consternado con ese sentimiento impresionante que lo invadió con una desconocida fuerza, cuando se unió a Felicity. Las posibilidades de que fuese… No. Era imposible, ¿o sí?

Miró al motivo de su imprevista tormenta mental y suspiró. Si Felicity Sutton intentaba cualquier truco o excusa para no casarse con él, se volvería loco y sabía perfectamente lo que aquello significaba. Volvió a resoplar.

Al menos, en unos días llegaría su familia para celebrar un compromiso íntimo, y ya se había encargado, mediante Tom que partió a Londres, de que el anuncio saliera el día siguiente inmediato a aquella reunión. No perdería tiempo ni le daría posibilidades a Felicity para que se retractara.

Así pues, todo parecía encaminado a su propósito y su empresa, en apariencia y cálculos, vaticinaba un rotundo éxito. Entonces, ¿por qué aquella inquietud y urgencia por desposarla de inmediato para protegerla?

Quizás, solo sea la ansiedad que le provocaba la tozudez de su futura esposa. Sí, debía ser eso, porque con él y lord Archivald allí, era improbable por no decir imposible, de que le sucediera algo malo.

La volvió a mirar por un largo rato, controlando su respiración, deleitándose con sus labios inflamados, sus mejillas sonrosadas y la cabellera esparcida entre la tela de sus abrigos y el heno.

Hacia rato dejó de llover, y seguramente los parientes de Felicity estaban preocupados, aunque estando en su compañía, podía descartar tal cosa.

Inspiró hondo, besó su coronilla y cerró los ojos, decidido a disfrutar de aquel momento de paz.

Más tarde, después de ayudarla con su vestido, ambos emprendieron regreso a la casa, en un cómodo silencio que ninguno de los dos se atrevió a romper, disfrutando despreocupadamente del paisaje después de la tormenta, sin que la más leve señal de vergüenza aflorase a el rostro angelical de Felicity.

—¿Mañana llega tu familia? —preguntó después de que entregaron sus monturas a Fabio, y se dirigieron lentamente, tomados de la mano, hasta la casa.

—Si mi madre lo toma con calma —musitó Joss con sequedad.

Felicity lo miró preocupada y frunció el ceño.

—¿Crees que no le agrade la noticia? —increpó, inusualmente inquieta.

Joss presionó su mano para tranquilizarla y sonrió.

—Por el contrario; me refiero a que mi madre estará desbordando felicidad y lo más probable es que, en cuanto reciba mi nota, no tarde un solo minuto para montarse al coche y trasladarse, con los que quedan en la casa, hasta aquí —explicó—. Está ansiosa por deshacerse de mí, y estará encantada con la idea de que seas tú quien le quite la responsabilidad de seguir preocupada por mi matrimonio… —expresó con aparente pesar.

Felicity sonrió, un tanto aliviada.

—Pensé que no le caería en gracia que hayas escogido a una joven del campo, por encima de una dama de la ciudad, acostumbrada al ajetreo y los compromisos sociales de Londres.

—Con que me case, a mi madre le bastará. Sin embargo, estoy seguro que se llevarán de maravilla y te acogerá como a una hija más. Descuida —quiso tranquilizarla Joss, pero ella, solo suspiró.

CAPÍTULO 12

El agua volvía a enfriarse por tercera vez y ella reusaba salir de la bañera. La señora Winni había mandado subir tres veces agua caliente para que su ama no terminara enferma, y a un día de su compromiso. Sus manos y pies estaban arrugados, pero ella seguía pensativa, incapaz y sin ganas de salir de la artesa.

—¿Por qué sigues ahí, niña? —Lady Evelyn ingresó como un rayo al dormitorio, después de que el ama de llaves le comunicara las novedades—. ¿Pretendes coger un refriado precisamente el día de tu compromiso?

Felicity suspiró y se puso de pie, saliendo de la bañera, mientras Flora, la doncella que fue con lady Evelyn al dormitorio, la envolvía con un paño y la ayudaba a secarse. En un incómodo mutismo, se dejó vestir con el camisón para meterse a la cama. Su tía prosiguió a cepillarle el cabello como hacía siempre.

—¿Me dirás que ocurre? —preguntó, cuando Flora se retiró, después de dejar una tetera humeante y dos tazas.

Felicity suspiró y negó con la cabeza.

—No sucede nada malo.

—Entonces, ¿por qué traes esa cara?

—Porque, es todo demasiado perfecto y me asusta… —confesó en un hilo de voz, volteando su rostro para ver a los ojos a su tía—. Por primera vez en mucho tiempo soy inmensamente feliz, tía, que tengo miedo de que sea un sueño o una fantasía. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y su tía la abrazó—. Él es demasiado perfecto para ser real.

—Cariño… —musitó Evelyn, descubriendo que su sobrina estaba irremediablemente enamorada de lord Fitzroy—. El conde es tu futuro marido y será solo tuyo; será tu esposo, tu compañero, el padre de tus hijos. No debes temer a su lado, y tampoco de tus sentimientos…

Felicity se ruborizó al verse descubierta

—Entiendo. —Con una sonrisa que no le llegó a los ojos y el corazón acelerado, no se le ocurrió nada más que decir. La preocupación y el presentimiento de que no todo estaba bien,

seguía palpitando en su pecho.

El día del compromiso, fue un verdadero espectáculo con la llegada de la familia de su futuro marido. Tres carruajes trasladaron a la condesa viuda, a Hope Fitzroy, a Resse y la mayor de las hermanas, Anne, junto con su esposo Finn, quienes fueron recibidos por el conde de Warwick y lady Evelyn, ya que Joss y Felicity habían ido a cabalgar.

—Sean bienvenidos y espero que encuentren, tantos sus aposentos como su estadía en Sutton Hall, de lo más acogedor —dijo Evelyn, con un ejército de sirvientes a su lado para acomodar a sus huéspedes.

—Créeme que, con la sola noticia del compromiso de nuestros hijos, estoy segura de que esta visita, será de las más maravillosas de mi vida —contestó Amalia Fitzroy.

—Madre, lo dice como si fuera la primera vez que casará a un hijo; ¿dónde quedamos Resse y yo? —reprendió Anne, llegando a su lado y realizando una perfecta reverencia a sus anfitriones—. Disculpen a mi madre, pero no disimula que tiene un hijo favorito —bromeó, haciendo reír a los tíos de su futura cuñada.

—Compartimos el sentimiento de lady Fitzroy —musitó lord Warwick—. Llevamos seis largos años esperando este momento, y sabemos mejor que nadie el sosiego que provoca asegurar el futuro de un hijo rebelde —rio el conde.

—En ese caso, debemos concederles la razón. —Resse se unió a la comitiva, seguido de Finn, quienes presentaron sus respetos a lady Evelyn y al conde.

—Por cierto, ¿dónde se encuentran los futuros esposos? Muero por conocer a la prometida de Joss. —Hope, la menor de la familia, miró a los lados.

—Han ido a dar un paseo. Se ha hecho habitual que lord Fitzroy acompañe a nuestra sobrina a recorrer la finca en las mañanas —informó lady Evelyn Granville, con una sonrisa cómplice.

—Vaya… pensé que las damas solteras tenían prohibido dar paseos a solas con los caballeros, y menos sin carabina. —Hope arrugó el ceño.

—Felicity ya está comprometida con el conde y no es tan joven como usted, milady —explicó lord Warwick con una sonrisa.

—Ah. —fue lo único que atinó a decir la damita.

—Por favor, no nos quedemos aquí y pasen a acomodarse.

Después de que se hubieran instalado, aseado y cambiado de ropa, las damas bajaron a beber un poco de té antes de que sirvieran el almuerzo. Resse y Finn aprovecharon para dar una caminata, tomar aire y conocer los alrededores, sin embargo, una sonrisa de pícara complicidad se formó en los labios de ambos cuando vieron a Joss, caminando de la mano de una hermosa mujer; precisamente la dama a quien no le había quitado el ojo en la fiesta de Betsy.

—Si mis ojos no lo estuvieran viendo, no me lo creería… —musitó Resse, frunciendo el ceño—. ¿Quién diría que el frívolo y siempre despreocupado lord Fitzroy, estuviera enamorado? —preguntó retóricamente.

—Bueno, al menos, no tendrá que enfrentarse a sus propios prejuicios sobre la conveniencia o no de su matrimonio —agregó con sarcasmo Finn, recordando la rotunda oposición de Joss a su relación con Anne.

—Veo que el famoso dicho de que a todos nos llega, no es un mito…

—Hasta se lo ve más relajado. No es ni la sombra del histérico caballero que tiene la necesidad de controlarlo todo.

Ambos caballeros se miraron y sonrieron, yendo al encuentro de la pareja.



—¿Sucede algo? —preguntó Joss, mirando con el ceño fruncido a Felicity, que estuvo muy seria y extremadamente callada durante esa mañana.

—Solo estoy un poco nerviosa… —sonrió apenas, en tanto entregaba su montura a un mozo.

Joss tomó su mano y la tiró contra su cuerpo.

—Mi familia no muerde, y lo único que debe importarte es que yo estoy loco por ti —le dio un rápido beso, sin importarle que Fabio los estuviera observando.

—No se trata de eso, sino que todo es demasiado perfecto para ser real y tengo la sensación de que algo sucederá —confesó con seriedad.

—No hay nada que temer. Solo deja que las cosas fluyan y disfruta del momento.

Felicity suspiró y afirmó con la cabeza.

—Vamos —dijo Joss, apremiándola a regresar para el almuerzo.

Mientras caminaban conversando, Felicity vio a dos caballeros a lo lejos.

—¿Son tus parientes? —consultó, abriendo grande los ojos. Los caballeros eran tan altos

como su prometido, y casi igual de atractivos.

Joss afirmó con la cabeza cuando vio a lo lejos a su hermano y a su cuñado.

—Son Resse y Finn, el esposo de mi hermana Anne. Han llegado pronto… —musitó.

Él no soltó la mano de Felicity, aunque ella intentó zafarse de su agarre. Suspiró y trató de relajarse cuando no lo consiguió.

Al llegar junto a los dos caballeros que sonreían con sinceridad, Joss la soltó y los saludó con un fraternal abrazo, en tanto ambos le daban el enhorabuena por su compromiso y futuro matrimonio.

—Bueno, presentaos a la joven que fue capaz de hacerte cambiar de opinión, respecto al matrimonio —dijo Finn, cuando Joss se abrió para dejar a la vista a la joven dama.

—Ella es Felicity Sutton, mi futura esposa —presentó con orgullo, estirando la mano hasta ella para que se la tomara.

Con una sonrisa y ruborizada, Felicity la tomó y se acercó a los caballeros, realizando una reverencia.

—Es un placer conoceros al fin —musitó lo más relajada que pudo.

—El placer es nuestro, señorita Sutton —contesto Resse con amabilidad.

—¿Y nuestra madre? ¿Cómo ha tomado la noticia? —inquirió el conde, en tanto los cuatro se disponían a iniciar una caminata de regreso a la casa.

—Madre está insoportable con la idea de organizar tu matrimonio. Nunca la vi tan feliz, sin ofender, Finn… —habló Resse, sonriendo.

—Bueno, el más ofendido deberías ser tú —le regresó la pulla Finn.

Felicity miró con ceño a Joss.

—Aquí, mi hermano Resse, se casó muy joven. Ahora es un padre viudo… —informó.

—Lo lamento —le dijo Felicity a Resse, que solo asintió con la cabeza.

—Supongo que la boda será en Londres —habló Finn.

—Todo depende de mi prometida; mientras no pretenda dejarme plantado en el altar, me da igual donde se celebre la ceremonia —miró con una ceja enarcada a Felicity, que tosió de repente.

—Así que, mi futura cuñada es una dama de armas tomar —comentó Resse, divertido—. Justo lo que el tirano de mi hermano necesitaba, y no cambie su carácter, señorita Sutton, o lord

Fitzroy no tendrá piedad —bromeó.

—El asunto es que no estaba en mis planes el matrimonio, milord, pero, tal como ha dicho, su hermano es un tirano y hemos llegado a un acuerdo que nos beneficia a los dos —contestó ella con aplomo.

—Siga así, señorita Sutton, y le aseguro que su matrimonio será todo un éxito; tal como el mío —agregó Finn, haciendo reír a todos.

Las presentaciones posteriores entre lady Fitzroy, Hope, Anne y Felicity, fue de lo más emotiva. La condesa viuda se echó a llorar como una Magdalena, poniendo más nerviosa de lo que ya estaba a la prometida de su hijo.

—Madre, está asustando a la pobre dama —reprendió Anne, tomando las manos de Felicity—. No la malinterpretes, es solo que pensó que este día jamás llegaría y está muy emocionada —excusó la hermana de Joss.

—Lo siento, querida. —Se disculpó Amalia—. Lamento si te estoy dando una mala impresión, pero es tal como dice Anne; estoy encantada de conocerte y de que formes parte de esta familia. ¿Puedo darte un abrazo? —preguntó.

Felicity, abrumada, solo asintió con la cabeza y la madre de Joss se abalanzó sobre ella, abrazándola con cariño y sinceridad.

—Puedes confiar en mí para lo que necesites. Quiero que me veas como a una madre, porque a partir de hoy, te acojo como a mi hija —le susurró Amalia al oído, antes de romper el abrazo.

Cuando rompieron el contacto, Amalia la observó de pies a cabeza.

—Ni una de las jóvenes de en edad casadera de Londres, están a tu altura, querida. Eres preciosa. —La elogió por última vez, antes de Joss se entrometiera.

—La está abrumando, madre. Dele un respiro —aconsejó, tomando a Felicity de la mano para apartarla un poco de una avasallante mujer como lo era su madre. Lady Amalia lo miró con reprobación, pero con una sonrisa, Joss la sosegó—. Entonces, asumo que está encantada con mi prometida.

—Has escogido bien, querido. Ven y dale un abrazo a tu pobre madre, que por fin podrá dormir mejor en las noches.

Joss suspiró con teatralidad y saludó a su madre, para luego enzarzarse en una amena charla sobre las últimas novedades en Londres, incluyendo a Felicity en la conversación.

En la noche, se llevó a cabo una emotiva cena donde ambas familias celebraron la pronta unión de la pareja. Joss aprovechó para anunciar que la boda sería en cuatro semanas y lord Archivald apoyó la moción, comentando que al día siguiente se anunciaría formalmente, mediante en la gaceta de sociales del periódico Times, y que solo faltaba decidir dónde se llevaría a cabo el evento.

—En mi opinión, sería muy bueno que la pareja se dejara ver por algún que otro baile antes de la boda. Ya saben como se tratan estos asuntos —opinó Amalia.

—Estoy de acuerdo con Amalia, y sería muy provechoso para entablar futuras alianzas, en especial con las damas que rigen nuestro círculo. Le será de mucha ayuda a Felicity —secundó Evelyn.

—En realidad, no tengo ninguna objeción en frecuentar ese tipo de acontecimientos, pero Joss y yo acordamos repartir nuestro tiempo entre Sutton Hall y las propiedades de Winchester, al menos que sea obligatoriamente necesario que asistamos a algún evento en particular —intervino Felicity, atosigada con planes que para nada había considerado.

Las damas se miraron y, con un suspiro, asintieron.

—Por supuesto, querida. Esa decisión es vuestra. Solo sugerimos que, al menos una o dos veces, acudan a eventos sociales antes de la boda —aclaró la condesa viuda—. Después de todo, serás condesa, y existen compromisos que lamentablemente no podrás eludir. Además, aún debes escoger tu vestido y en Londres tenemos a excelentes modistas. ¿Qué dices?

Felicity miró a sus tíos que asintieron con la cabeza, y entonces aceptó.

—Está bien, lo menos que quiero es avergonzaros —musitó, mirando a Joss.

—Jamás me avergonzaría de ti, y no te sientas obligada a nada. Si no deseas ir…

—Sí quiero —lo interrumpió—. Si seré tu esposa, debo acostumbrarme a ciertas cosas.

—Gracias —dijo Joss, a sabiendas que su prometida lo hacia por él y no por gusto.

—¿Qué les parece si nos vamos mañana mismo? —propuso la madre del conde—. Cuatro semanas es muy poco tiempo para organizar una boda, encargar los vestidos, el ajuar… —miró a su hijo con suspicacia—. Escoger la iglesia, hacer la lista de invitados, preparar el banquete. Creo que lord Warwick y Evelyn estarán de acuerdo conmigo. Después de todo, Felicity es una Granville —presionó la dama.

—¿Qué dices? —volvió a preguntar Joss a su prometida.

—En realidad, prefiero dejar en vuestras manos todo lo concerniente a la organización de

la boda. —Se dirigió a su tía y futura suegra—. No tengo inconvenientes con las decisiones que tomen y en marcharnos a Londres.

—Entonces, ¿somos libres de organizarlo todo por ti? —indagó emocionada lady Evelyn.

—Sí, tía. Sabe que todo eso de organizar banquetes y demás cuestiones, no se me dan muy bien. Prefiero dejarlo en manos expertas, ¿y que mejor que ustedes para ocuparse de todo? Siempre y cuando estéis de acuerdo, por supuesto.

—¡Estaremos encantadas! —dijeron al unísono ambas damas, mientras todos reían.

—Asunto resuelto —bromeó lord Warwick, levantando su copa para el brindis.

—Por cierto, no hemos visto a la condesa, milord. ¿Acaso se ha quedado en la capital? —indagó Anne.

Joss y Resse cruzaron miradas. El segundo enarcó una ceja y el primero asintió sutilmente.

—Mi esposa no se ha sentido muy bien últimamente, y la he enviado a una de nuestras propiedades para que guarde reposo —contestó secamente.

Todos se miraron en un tenso silencio, pensando lo mismo. Conociendo la reputación de lady Warwick, era mejor mantenerla lejos antes de que provoque algún tipo de malentendido entre los prometidos.

—Bueno, esperamos que su esposa se recupere. Estoy segura de que el campo le sentará muy bien —habló Amalia.

Archivald comprendió perfectamente aquella indirecta y solo suspiró.

—Estoy de acuerdo con usted —fue lo único que dijo.

El tema de conversación causó cierta tensión en la mesa, que fue roto por la llegada del postre.

CAPÍTULO 13

—¿Está seguro que no desea venir con nosotros, tío? —cuestionó Felicity a lord Warwick, antes de subir al carruaje para partir a Londres.

—Estoy seguro, y sé que si vamos todos, no estarás tranquila dejando la finca. Además, tengo asuntos personales que resolver —dijo con tristeza.

—Tío Archivald, sé que no tomará bien lo que le diré, pero Scarlett no lo merece y no es una buena persona. —Se atrevió a decir.

—Lo sé, querida, y como mi última opción es el divorcio, la he confinado a una pequeña propiedad, no tan lejos de aquí. Le asignaré una renta mensual para sus gastos y vivirá cómodamente, pero lejos de nosotros. Así que, pierde cuidado.

—Entonces, ¿no fue a visitar a sir Wilson como nos dijo?

El conde negó.

—He tomado la decisión de no seguir compartiendo mi techo y mi vida con esa mujer; he sido bastante condescendiente con ella y se aprovechó de mi nobleza y generosidad. Sé lo que pesáis todos, y aunque me tardé en abrir los ojos, al fin lo he hecho. Lo más importante en estos momentos, es tu matrimonio y tu felicidad. Así que ve a Londres, disfruta un poco de las frivolidades que puede ofrecerte la ciudad y aprende de tu futura suegra. —Le guiñó un ojo y la abrazó.

—Cuídese mucho, tío. No baje la guardia; sir Wilson es un hombre sin escrúpulos —aconsejó Felicity y se despidió.

En el carruaje que compartía con su tía, iba pensativa con un muy mal presentimiento.

—Mi tío ha decidido hacer a un lado a Scarlett —habló—. ¿Sabía sobre el asunto? —le increpó a lady Evelyn.

—Lo sabía —afirmó—. Después de conversar con lord Fitzroy, llegó a la conclusión de que lo más sensato era apartarla de la familia. Lo único malo de todo este asunto, es que mi pobre hermano está atado de pies y manos, sin probabilidades de rehacer su vida —lamentó.

—Sé que el divorcio no es usual, pero es una opción.

—Podría, pero el escándalo que desataría la situación, solo ahuyentará a cualquier dama respetable, sin mencionar que quedaría ante todos en ridículo, pues tendrá que acusar a Scarlett de adulterio, y estoy segura que tampoco querrá involucrarnos, como familia, en ese escándalo —explicó con pesar.

—No lo había pensado de ese modo…

—Tu tío es un hombre respetable e influyente en nuestro círculo. Lamentablemente, tendrá que lidiar con las consecuencias de haberse casado con esa mujer, aunque ninguno estemos de acuerdo. Por lo menos, no engendró un heredero, o todo sería peor.

El resto del viaje, lo hicieron en silencio, hasta que tuvieron que compartir posada con los Fitzroy. Cuando llegaron a Londres, lo primero que hicieron las damas fue llevar a Felicity a la calle Burton, junto a la modista más famosa de la ciudad: madame Helene.

Pasaron toda la tarde escogiendo telas, diseños, y todos los accesorios que necesitaría la joven para acompañar sus atuendos y el ajuar de novia. Al día siguiente, fueron al zapatero y sombrerero, para añadir a la lista de compras lo que faltaba. Las buenas damas de Londres se preguntaban de dónde había salido la mujer que conquistó al conde de Fitzroy y cómo se conocieron, hasta que veían a lady Evelyn Granville, quien procedía a explicar que Felicity era la hija de su difunta hermana. Haciendo conjeturas y suposiciones, las matronas más influyentes opinaban que era un matrimonio más que adecuado, en vista a la posición de la joven que era una heredera rica y emparentaba con el conde de Warwick. Consideraron que el asunto de su falta de experiencia en las temporadas de Londres, era un detalle minúsculo que se remediaría con el tiempo.

Recibido el visto bueno de las aristócratas que dictaban las reglas en la sociedad, lady Evelyn y la condesa viuda vaticinaron el futuro matrimonio como un rotundo éxito.



—Me duelen los pies de tanto caminar con estos botines nuevos, y la boca de tanto sonreír. Por favor, convence a tu madre y a mi tía que ya no necesito conocer a nadie más —suplicó Felicity, cuando en Warwick House fue a visitarla Joss, cinco días después.

Los anteriores días, no había tenido éxito, ya que lady Evelyn y su madre se habían adueñado del tiempo de su prometida y estuvo a punto de volverse loco cuando, esa mañana, salió decidido a reclamar el tiempo de Felicity a sí mismo.

—¿Qué te parece si damos un paseo en calesa? No tendrás que caminar y disfrutarás de mi compañía —le guiñó un ojo.

—Mientras no tengamos que detenernos y conversar con esas damas pomposas, acepto.

—Te llevaré a un lugar tranquilo, y además es bastante temprano. Estoy seguro que no nos encontraremos con nadie por quien debamos detenernos.

—Entonces, voy a por mi capa y sombrero —avisó, prácticamente corriendo hacia las escaleras.

Cuando Felicity regresó, Joss le ofreció el brazo y ambos salieron de la residencia de lord Warwick.

—Por favor, avísele a lady Evelyn que volveremos tarde —pidió al mayordomo que asintió con la cabeza.

Después de ayudar a Felicity a montarse a la calesa y de que el mozo que sostenía las bridas de sus caballos de tiro, se las devolviera, Joss se montó junto a ella en el pescante y sacudió las riendas para que los animales se pusieran en marcha.

—¿Volveremos tarde? —preguntó entonces Felicity.

—Querías un respiro, ¿cierto? —Ella afirmó—. Yo también… —Joss dejó escapar un suspiro y sintió la mirada de Felicity, cargada de curiosidad y clavada a su rostro.

Sin embargo, se resistió a mirarla.

Esos días sin ella, la tensión y la ansiedad lo habían hecho su presa. Se había acostumbrado demasiado a su compañía, a sus besos, a su olor, que el simple hecho de no tenerla disponible para él, como en Sutton Hall, lo había frustrado como nunca antes nada lo había hecho. El sentimiento, al que en principio no supo que nombre ponerle, esa semana tomó forma con una fuerza apabullante que ya no tenía sentido ignorar. Era amor.

Siempre se había considerado un hombre sobreprotector y posesivo, pero con ella, había algo más; un sentimiento más intenso que no podía ser otra cosa que amor.

Volvió a suspirar y apuró a sus caballos. Estaba impaciente por darle aquella sorpresa a Felicity.

Una sonrisa se curvo lentamente en sus labios, pensando en una zona en particular de su regalo, y sintió cierto sosiego.

Felicity, con el ceño fruncido, observaba de soslayo a Joss que parecía no querer entablar conversación. Se dedicó a alternar la mirada entre su tenso prometido y las calles que a esa hora estaban libres de bullicio. Su mirada recorrió las elegantes residencias con jardines vallados, antecediendo las entradas. De repente, la calesa se detuvo y ella volvió a fruncir el ceño.

—Llegamos —avisó Joss, mientras un mozo corría a su encuentro para tomar las riendas.

Ayudó a apearse a Felicity que no comprendía absolutamente nada.

—¿Te gusta? —volvió a hablar él.

Ella reparó en la imponente casa de tres plantas que se erigía delante de sus ojos, impresionada. No tuvo tiempo de decir nada, pues Joss tomó su mano y la incitó a subir los escalones que antecedían a la entrada. Del bolsillo interior de su chaqueta, extrajo una llave y la metió en el cerrojo, abriendo la puerta para dejar a la vista un elegante vestíbulo. Tomó su capa y sombrero, dejándolo a un lado.

—Pasa, querida —incitó Joss, ante el evidente desconcierto de su prometida.

Después de que su madre acaparara a su prometida durante todos esos días, había tomado la decisión de que no quería compartir a Felicity con ella, ni que la sometiera a los innumerables acontecimientos sociales que, según Amalia, su futura esposa tendría que cumplir.

La quería solo para él, y pensando en una excusa convincente, convenció a la condesa viuda de que lo mejor para los recién casados, era vivir solos.

Amalia no había estado de acuerdo, pero lo comprendió y aceptó de mala gana aquella idea. Así pues, se encontraban en Berkeley Square, mostrándole a su prometida la casa donde vivirían, engendrarían y criarían a sus hijos, porque quería muchos niños, y formarían su propia familia.

Felicity seguía desconcertada, admirando cada rincón de la preciosa residencia. Cuando Joss le insistió en subir las escaleras y recorrió cada habitación, enseñándole los cuartos, comenzó a impacientarse, hasta que su futuro marido le enseñó un imponente dormitorio, con una enorme cama con dosel.

No había un solo mueble en esa casa, más que aquella cama en esa habitación.

Arqueó una ceja y miró interrogante al conde.

—¿Me dirás que es todo esto?

Joss sonrió y la condujo hasta el centro de la habitación, justo al pie del enorme lecho. Rodeó su cintura con las manos y suspiró una vez más.

—Bueno, después de todos estos días sin poder verte, sin disfrutar de tu compañía, de tu sonrisa, de tu olor… —tomó un mechón de su pelo rubio y se lo llevó a la nariz. Por unos segundos cerró los ojos y aspiró. Cuando abrió los párpados, notó un brillo de lujuria en la mirada azul cielo de su prometida—. Sin poder besarte, tomé la decisión de que no deseo

compartirte con nadie.

Felicity parpadeó, cautivada por la seductora voz de Joss.

—Entonces, ¿me has secuestrado? —inquirió con una sonrisa traviesa.

—En efecto. Sin embargo, el no estar dispuesto a compartirte, no se aplica solamente a hoy, sino al resto de nuestros días —aclaró, besando rápidamente a Felicity.

—Explícate —replicó ella, embelesada al recibir su beso con ansias.

—Que esta casa será nuestro refugio cuando vengamos a Londres —contestó sobre la boca húmeda y tibia de ella—. Y en esta cama engendrarás a mis hijos.

De improviso, apartó sus labios de los suyos y la cargó en sus brazos. La volvió a besar con avidez, mientras rodeaba la cama y la depositaba allí.

—Quieres decir que, ¿la has comprado para nosotros? —inquirió con incredulidad.

—Sí —replicó él, quitándose la chaqueta y deshaciéndose del fular—. No pienso compartirte con nadie, mucho menos con mi madre. —Se desabotonó la camisa, mientras ella reía por sus palabras.

—Tu madre es encantadora.

—No he dicho lo contrario.

—¿Entonces…? —Felicity parpadeó al ver desnudo a su futuro esposo en un santiamén. Se le secó la boca y se relamió los labios.

—Competiría con ella por tu atención, y siendo sincero, no me apetece la idea… —musitó, regresando a la cama junto a ella.

La devoró con la mirada, mientras desataba el lazo del vestido de mañana color amarillo que llevaba puesto. Bajó las mangas y besó con devoción sus hombros desnudos, satisfecho con los gemidos de placer que emitía la joven.

Despacio, como todo un experto, la fue despojando de todas sus prendas, hasta tenerla completamente desnuda bajo su cuerpo, gimiendo su nombre.

Si la primera vez le resultó especial, ese momento, teniendo la certeza de que sus sentimientos eran más fuertes de lo que había pensado, le resultó excepcional. La degustó a placer, despacio, besando y admirando cada tramo de su piel tersa y suave, regocijándose con sus gestos, con su entrega total y absoluta. Sabía que ella sentía lo mismo, aunque ninguno de los dos hubiera mencionado la palabra amor. No podía ser de otro modo; su forma de entregarse, solo podía obedecer a que también lo amaba.

Con sus dedos enlazados, se entregaron al dulce vaivén de la pasión, involucrando indefectiblemente sus corazones hasta que ambos alcanzaron una exquisita liberación.

Horas después, ambos se ayudaron a vestirse para regresar a Warwick House.

—No me has dicho si es de tu agrado la casa… —musitó Joss, en tanto intentaba acomodarle el cabello alborotado con una de las tantas horquillas que volaron cuando le hizo el amor.

—Por supuesto que me encanta, pero no me gustaría que tu madre viera con malos ojos que no vivamos en tu casa —terminó con la labor que Joss no pudo terminar, sujetando un mechón de pelo.

—Lo comprendió perfectamente. Además, está Hope, también Resse y su pequeña hija. Son demasiadas personas para un matrimonio que recién empieza —bromeó.

—Bueno, entonces estoy encantada —contestó radiante de felicidad—. Creo que estoy lista —bufó, al ser incapaz de acomodarse mejor el peinado.

—No te quites el sombrero hasta que subas a tu alcoba —sugirió con sorna—. Aunque tus labios inflamados y tu ropa arrugada, no serán de mucha ayuda para ocultar lo que estabas haciendo —la molestó.

—Entiendo; no me quitaré tampoco la capa hasta estar en mi habitación.

—Buena chica. Regresemos. —Le dio un rápido beso y ambos bajaron las escaleras.

Cuando salieron de la casa, el mozo estaba impaciente pues tuvo que dar varias vueltas alrededor del parque para calmar a los caballos. Joss le dio una generosa propina y ambos regresaron, muy sonrientes a la residencia del tío de Felicity.

Sin embargo, todo atisbo de alegría se empañó cuando se encontraron con lady Evelyn, caminando en círculos por el vestíbulo y con lágrimas en los ojos.

—Tú tío está muy mal de salud, y Winni está desesperada. Necesito que llevemos al mejor médico de la ciudad para que lo revise. No quiero ni pensar en que… —Se echó a llorar a los brazos de su sobrina.

Felicity miró suplicante a Joss, que afirmó con la cabeza.

—Me encargaré ahora mismo. Preparen lo esencial para partir.

—Gracias —musitó ella.

Joss rondó sobre sus pies y salió con prisa de la casa.

Dos horas más tarde, y después de dejarle una nota con Tm a su hermano Resse, se encontraba viajando junto con Felicity y el doctor Brown, a toda velocidad, en su carruaje de cuatro tiros. Prefirieron dejar en Londres a lady Evelyn, ya que a la dama no se le daba muy bien los viajes. Tampoco se detuvieron durante todo el trayecto y llegaron a Sutton hall en la mitad del tiempo que estimaba un viaje hasta allí desde la capital.

El galeno se puso manos a la obra inmediatamente, apoyado por el doctor del puedo que era bastante joven.

Levantó los párpados, revisó los dedos y escuchó sus pulmones. Frunciendo el ceño, se volvió hacia Joss y Felicity.

—El conde ha sido envenenado. Gracias al cielo, mi colega ha hecho todo lo posible para salvarlo, por lo que tenemos probabilidades de que sobreviva —comenzó a intercambiar métodos con el joven matasanos y luego ordenaron algunas cosas a Winni, el ama de llaves que estaba hecha un manojo de nervios.

—¿Cómo le fue suministrado el veneno? —cuestionó Joss, preocupado por la lealtad de las personas que servían a su futura esposa.

—Aún no puedo determinarlo con exactitud, pero estoy casi seguro que es una intoxicación gradual…

—¿Insinúa que lord Warwick ha consumido veneno por un periodo de tiempo?

—Sí, milord. Sin embargo, mis conjeturas me llevan a pensar que el conde se excedió con la dosis esta vez.

—Tu tío —miró a Felicity—, ¿qué consume con regularidad? Una bebida o algún alimento que no sea sustituido habitualmente, y del que lord Archivald no pueda prescindir.

—El conde, antes de irse a la cama, siempre bebe wiski —intervino Winni y los ojos de Felicity fueron a para a la licorera.

El doctor Brown tomó el envase de cristal y lo olfateó.

—En efecto… —afirmó el galeno y miró al ama de llaves—. ¿Sabe si el conde se sobrepasó con la bebida?

—El día que se marcharon —miró a Felicity—, la condesa vino aquí, con su primo, el señor Wilson. Tuvieron una fuerte discusión y el conde se encerró a beber, pero, apenas comenzó a sentirse mal hace dos días. Fue cuando envié la nota a mi señora —confesó, torciendo el delantal entre sus manos.

—Eso quiere decir, que la intención de quien sea lo haya envenenado, ¿fue causarle una muerte lenta? —increpó Joss.

—Y sin dejar rastros —acotó el doctor Lowell, el médico del pueblo.

—Exactamente —afirmó el doctor Brown—. De momento, nuestra tarea es intentar salvarlo. Si nos dejan a solas para que podamos trabajar, se los agradecería.

Joss apremió a Felicity a salir del dormitorio para dejar trabajar a los médicos. La señora Winni no dejaba de lloriquear, poniendo más nerviosa a la joven.

—Señora Winni, ¿le importaría si prepara una tetera con su mejor té y llevarlos al solárium? Y unos bocadillos. La señorita Sutton no ha comido nada —dijo Joss, para que el ama de llaves se marchara con sus lamentos a otro lado—. Acompáñame, mi amor. Necesitas algo de aire —le habló con ternura a la joven dama, mientras la abrazaba para guiarla hacia afuera.

Felicity levantó la cara y se encontró con los ojos verdes de Joss.

—¿Cómo me has llamado? —inquirió en un hilo de voz.

Joss curvó sus labios en una sonrisa.

—Mi amor —repitió con determinación.

—¿Me quieres? —volvió a preguntar con incredulidad.

Él sonrió.

—Si no lo hiciera, no me tomaría tantas molestias contigo. ¿No te parece?

—Necesito que me lo digas, sin eufemismos. Sé que es demasiado pronto, pero…

—Te quiero, Felicity. —La interrumpió Joss—. Así que, ve quitándote de la cabeza, aquella absurda idea de que en nuestro matrimonio me cansaré de ti e iré a buscar en otro sitio lo que no encuentre contigo —pellizcó su nariz—. Ahora vamos, antes de que vuelva la señora Winni y me crispe los nervios.

Después de una larga caminata, regresaron a la casa, donde la señora Winni los esperaba con la tetera y los canapés.

—Mi niña, el té se ha enfriado varias veces y usted no ha probado bocado, según milord. ¿Por qué no come algo? —le sugirió a Felicity.

—No tengo hambre, Winni.

—¡Pero también enfermará, y no queremos eso! Ya suficiente con mi señor Archivald que está luchando contra la muerte, como para que también caiga en cama.

—La señora Winni tiene razón, querida —opinó Joss—. Tienes que comer y descansar, sin protestas.

—Pero, si mi tío está convaleciente, seguramente no pudo ocuparse de los asuntos de aquí y necesito cerciorarme de que todo esté en orden.

—Tú come algo y ve a la cama a descansar. Seguramente, necesitaremos montar guardia para cuidar de lord Archivald. Yo me ocuparé de lo demás; después de todo, ya me sé de memoria tu rutina —explicó para calmarla.

—Haga lo que le dice el conde, mi niña. Después de todo, una debe obedecer a su marido —dijo Winni, metiendo la pata.

Joss quiso reír, pero la mirada de advertencia de Felicity, lo obligó a reprimir la carcajada.

—No busco que su niña me obedezca siempre, señora Winni, pero cuando se trata de su salud, esperaré siempre su apoyo incondicional para hacerla entrar en razón.

—Por supuesto, milord. —Winni afirmó con la cabeza—. Mi niña puede llegar a ser bastante testaruda.

—Vaya que lo sé —contestó.

—Ustedes dos, ¿piensan seguir acosándome? —profirió Felicity.

—Solo hasta que obedezcas a tu marido —volvió a decir la señora Winni.

El rostro de la joven se puso rojo y Joss intervino antes de que el ama de llaves causara problemas.

—Mi amor, ve a comer y luego a descansar. Ahora mismo obedeceré tus órdenes y me ocuparé de los pendientes de la finca. —Le guiñó un ojo y se marchó.

—Se ha quitado la lotería, mi niña. —Winni suspiró—. No haga que su marido se preocupe, y coma algo. Prepararé lo que se le antoje comer si no gusta de mi té y galletas —propuso con dulzura.

Felicity solo negó con la cabeza y acompañó a Winni.

—Adoro tu té y las galletas que preparas, Winni. Con eso será más que suficiente.

CAPÍTULO 14

Sobre el caballo en el que habitualmente Joss recorría la finca con Felicity, paseó por toda la propiedad junto con Fabio. Recorrieron los graneros, el harás, las cuadras comunes y los establos del ganado. Solo faltaba revisar las cercas y regresaría presto y dispuesto a fundirse en los brazos de su amada mujer. Por supuesto, luego de interesarse por la salud del conde de Warwick.

El ceño en su frente se pronunció al imaginar que esa mujer fue capaz de envenenar al conde, sin que le tentara el corazón. La situación era peor de lo que suponía, y al contrario de lo que le aseguró a Felicity sobre la seguridad de su tío, ninguno de los miembros de la familia Granville estaba fuera de peligro con los primos Wilson merodeando la zona.

—¿Se encuentra bien, milord? —inquirió Fabio, viendo el semblante furioso del conde.

—Estoy intranquilo con sir Wilson rondando. ¿Qué puedes decirme de él?

Fabio puso la misma expresión que Joss.

—Ese hombre es de la peor calaña, milord. No tiene piedad de nadie cuando se interponen en sus asuntos. Amedrentando y saboteando las granjas aledañas, logró que los antiguos dueños le vendieran sus propiedades por una miseria. Perdón por lo que diré, pero ese hombre es un bastardo, el mismísimo demonio y todos sabemos que le puesto el ojo a esta finca, solo que lord Warwick ha sabido manejar la situación, aunque… —Fabio calló y bajó la cara.

—Habla, Fabio. Necesito que me digas todo lo que sabes y piensas para saber cómo proteger a la señorita y a su familia —insistió Joss.

—Milord cayó en las garras de esa mujer, y todos pensamos que la finca pasaría a manos de ese hombre.

—Pero no sucedió y ahora el conde está al borde de la muerte por culpa de esa mujer. —Fabio abrió los ojos como platos y miró sin parpadear a Joss—. Así que, debemos andarnos con cuidado. ¿Conoces a hombres leales que estén dispuestos a servir como guardias aquí? —increpó.

—Sí, milord. En el pueblo hay hombres honestos que servirán gustosos a la señorita.

—Bien. Entonces, cuando regresemos, irás de inmediato al pueblo y reunirás a la mayor

cantidad de hombres entrenados. Al menos, deben saber disparar y defenderse. Divídelos en dos grupos para que roten en las guardias, y contrata a un par de mujeres para que ayuden en la cocina. Si les ofrecemos una buena paga y comida a cambio de sus servicios, estaremos seguros de su lealtad. ¿Has entendido? —preguntó.

Sin embargo, cuando Fabio iba a replicarle que sí, dos disparos, uno tras otro, encabritaron a los caballos y el conde cayó de su montura. Le habían dado en el hombro izquierdo, a unos centímetros del corazón.

Fabio desmontó rápidamente para socorrerlo, pero un feroz grito lo paralizó.

—¡Sube a tu maldito caballo y llévale un mensaje a tu señora! —rugió aquella voz que Joss reconoció al instante—. Dile a la señorita Sutton que, si quiere que el conde viva, debe acudir sola a mi casa, a más tardar en la mañana. ¿Has oído, estúpido sirviente? —increpó con rabia.

En un santiamén, varios hombres armados llegaron tras sir Wilson.

Fabio, a pesar de que se jugaba el pellejo, se acercó corriendo hasta Joss y con un pañuelo que anudaba a su cuello, presionó el orificio de donde emanaba el líquido caliente y viscoso.

—Aguante, milord… —susurró con los ojos picándole por el susto.

—¡¿No me has oído, muchacho estúpido?! —vociferó Wilson, acercándose con sus hombres.

—Recuerda mis instrucciones, Fabio. Haz lo que te ordené y dile a Felicity que espere a por Resse, que no se atreva a ir sola a casa de ese hombre… —farfulló Joss a duras penas—. Protégela, prométeme que la protegerás.

Fabio sacudió la cabeza afirmativamente.

—Hasta que usted regrese, milord.

—Bien. Ahora vete, antes de que se ensañe contigo, y has lo que te ordené.

—Pero…

—Que te vayas, maldición… —masculló, entrecerrando los ojos por el agudo dolor que le causaba la herida. Estaba comenzando a marearse y sabía que pronto estaría inconsciente.

Antes de que llegaran los hombres de Wilson hasta ellos, Fabio corrió hacia su montura, subió a su caballo y galopó a toda prisa, oyendo varios disparos más y la carcajada de ese monstruo.

La enorme figura de Steve Wilson, se ubicó encima de su cuerpo y Joss lo observó con

asco.

—¿Sabe que está cometiendo un delito? —increpó, apretando la mandíbula y presionando la herida—. Irá a prisión si sigue con esta estupidez.

—Después de que me case con la señorita Sutton, usted solamente quedará como un resentido que acusa injustamente al hombre que le arrebató a su prometida… —dijo con satisfacción el hombre.

Entonces, Joss comprendió lo que planeaba: pensaba negociar con su vida, a cambio de la mano de Felicity.

—No logrará su propósito, y le juro que esto no se quedará así —amenazó Joss.

—¡Basta de tanta palabrería! —rugió, poniéndose serio—. Denle a nuestro querido conde, una dosis de anestesia para que no sienta tanto dolor —ordenó con maldad.

En menos de un minuto, Joss sintió un puñetazo y se sumió en la profunda oscuridad.



Felicity se había negado a ir a la cama antes de que regresara Joss, que por cierto, se estaba tardando demasiado. En su interior comenzaba a formarse un pánico desconocido para ella y un mal presentimiento sacudió su corazón.

—Niña, le hará un hoyo al piso si sigue caminando de esa manera. ¿Por qué no sube a descansar? —Winni apareció para reprenderla.

—No hasta que regrese el conde, ya está anocheciendo y no viene. ¿Sabes si fue con alguien? ¿Si alguno de los mozos lo acompañó? —Winni negó—. Averígualo, Winni. ¡Rápido! —ordenó desesperada.

Sin embargo, no hizo falta que Winnie fuera a hacer tal cosa, porque desde la cocina apareció Fabio, hecho un manojo de nervios y con el semblante pálido.

Felicity temió lo peor.

—¿Dónde está el conde?

—Señorita, ha ocurrido una desgracia… —musitó con los ojos llenos de lágrimas el muchacho—. Wilson le pegó un tiro a milord, y me ha pedido que le diga que, si desea ver vivo al conde, usted debe acudir sola a su casa, a más tardar al amanecer…

Felicity palideció y un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo. Sintió como si alguien le hubiera cortado el pecho y arrancado el corazón para estrujarlo con todas sus fuerzas. De

repente, sintió que el piso tenía fondo, y que irremediablemente caía en un oscuro pozo.

Cuando recobró el sentido, gracias al fuerte aroma de unas sales que Winni colocó en su nariz, se sobresaltó recordando las palabras de Fabio.

—Tengo que ir a buscarlo… —musitó entre lágrimas, saliendo de la cama.

Sin embargo, en la puerta se topó con Resse Fitzroy, que llegó precisamente cuando ella se desmayó.

—Tranquila, no se precipite. Si es como estoy imaginando, Joss está a salvo… —trató de calmarla con su habitual serenidad.

—Lo siento, pero no puedo quedarme aquí, de brazos cruzados. ¡Su hermano está en peligro por mi culpa! —gritó histérica, con los ojos llenos de lágrimas.

Resse la abrazó y la dejó llorar todo lo que quería. Cuando se hubo calmado, la llevó hasta la chaise junto a la ventana del dormitorio.

—Fabio, el mozo, me ha contado todo lo que ocurrió; Joss le pidió expresamente que usted no fuera a su rescate, hasta que yo llegara —suspiró—. También le dio instrucciones sobre reforzar la seguridad de la propiedad, y en estos momentos está reuniendo a los hombres que le pidió mi hermano. Así que, como la persona sensata que debe ser, le ruego que no caiga en el pánico ni en la trampa de ese hombre, o mi plan se irá por el traste.

—¿Su plan? —inquirió Felicity.

—Sí, pero primero Fabio debe reunir a una considerable cantidad de hombres.

—Pero, ¡puede llevarle mucho tiempo! —protestó—. No estoy dispuesta a correr riesgos, con ese lunático teniendo en cautiverio a su hermano, que para rematar se encuentra herido —objetó, poniéndose de pie.

—Si no se ciñe a mis instrucciones, irá directo a la boca del lobo y condenará a Joss a la muerte —habló con dureza, dejando a un lado al hombre dulce y sensible que era—. No me obligue a tomar otras medidas, porque no la pondré en peligro a usted también; mi hermano jamás me lo perdonaría.

Felicity respiró hondo, intentando serenarse y volvió a tomar asiento.

—Explíqueme su plan…

Resse procedió a explicárselo y ella, aunque estaba ansiosa, creyó que era lo más correcto.

—Alístese. Iré a entrevistar a los hombres que Fabio ha traído.

Felicity asintió, con el corazón desbocado, aunque con la esperanza de que todo saldría bien.



—Dime, Fabio, los hombres de sir Wilson, ¿están entrenados? —inquirió Resse, mientras daba instrucciones a la veintena de hombres que los acompañarían a rescatar a su hermano.

—No, milord. Son simples campesinos que aprietan el gatillo.

—Bien. Estamos de suerte —musitó con total tranquilidad—. ¡Todos ya saben que hacer! —levantó la voz para que los hombres lo escucharan—. ¡Sean sigilosos y cuidadosos! ¡Si es posible, no usen sus armas, pero no duden en disparar si creen que deben hacerlo! ¿Comprendieron? —indagó, con el ceño fruncido, muy parecido a Joss cuando se enfadaba.

—¡Sí, señor! —respondieron todos.

—¡Tom será su guía! —señaló al ayuda de cámara de Joss, que había ido con él a Sutton Hall—. No pasen sobre su autoridad. Ahora, ¡andando! —miró a Tom—. Sigue el plan, y Joss regresará a salvo.

—Entendido, milord —respondió el lacayo y salió de la finca con su grupo de hombres.

—Fabio, tú iras conmigo y la señorita Sutton. Solo debes hacer lo que te indico. Al alba, partiremos, así que mantente en alerta y ten listos los caballos.

—Como ordene, milord.

Resse resopló y su semblante se desencajó en cuanto estuvo a solas. Estaba asustado, pero confiaba en que su plan no fallaría. Además, no pensaba perder a nadie más de su familia y volver a experimentar el dolor a causa de la muerte. Así que, tenía que rescatar a Joss.

Con su máscara de serenidad puesta nuevamente, fue en busca de su futura cuñada para partir al rescate del conde.



Joss despertó e intentó moverse, pero un punzante dolor lo inmovilizó y recordó que le habían disparado.

—Hasta que al fin despiertas…

El conde abrió de golpe los ojos, parpadeando, y se encontró con lady Warwick al pie de la cama. Miró a los lados y no reconoció la alcoba.

—¿Dónde estoy? —musitó desconcertado y mareado.

—En casa de mi primo —contestó como si nada—. Casi te mata, pero eres más fuerte que un toro —bromeó.

—¿Qué quiere de mí? —cuestionó para ganar tiempo; ya sabía lo que ese hombre se traía entre manos.

Scarlett se encogió de hombros y sonrió.

—Solo a tu prometida. En cuanto se case con ella y la muy estúpida le firme los papeles, te dejará ir.

—¿Papeles? ¿Qué papeles?

—Los de la trasferencia de la finca a nombre de Steve, por supuesto. ¿O acaso pensabas, que a mi primo en verdad le importa la insulsa de Felicity? —indagó con sorna—. Solo a ti se te ocurrió despreciarme, para lanzarte a los brazos de esa mosca muerta.

—Están locos… —murmuró Joss, con mucho esfuerzo.

—Locos, pero seremos ricos —refutó la mujer—. Cuando quede viuda, todas las propiedades que no están ligadas al título, pasarán a mi poder, y Sutton Hall será de Steve. ¿Qué más podríamos pedir?

—La justicia os hará pagar por todo…

—La justicia es para los ricos y poderosos, y lo más probable es que no vivas para acusarnos. —Se encogió de hombros nuevamente—. Así que, siéntate y disfruta de la boda de tu prometida. —Rió a carcajadas, mientras se marchaba.

—Resse… —musitó Joss, con la esperanza de su hermano llegara a tiempo. De pronto, vislumbró sus pertenencias en un sillón frente a la cama. Si tenía suerte, y la condesa se había confiado, estaba seguro que allí encontraría su arma.

Casi al amanecer, Felicity llegó a la propiedad escoltada por Resse y Fabio. Bajaron de sus monturas y caminaron, apuntados con las armas que sostenían dos escoltas de la entrada principal.

—Vaya, te has tardado demasiado. Creo que me equivoqué al pensar que ese conde te importaba… —Steve acudió a recibirla. Cuando vio a los dos hombres que la acompañaban, frunció el ceño—. Le advertí a tu estúpido lacayo que vinieras sola.

—No están armados y el caballero es el hermano del conde. Solo quiere asegurarse de que su hermano está a salvo —explicó Felicity, intentando no sonar ansiosa—. Deje que se lo lleven,

y prometo que haré todo lo que quiere.

Wilson ladeó la cara y sonrió con perversidad.

—Es un trato justo, pero primero a lo nuestro —tomó a Felicity de la muñeca y la tiró hacia el interior de la casa.

Resse los siguió de cerca, con Fabio cubriéndole las espaldas. Allí, tanto el sacerdote como el alcalde del pueblo estaban sentados, siendo apuntados por otro hombre. También estaba presente otro sujeto que sostenía unos papeles en su mano y tenía unas ridículas gafas. Era calvo y gordo.

—Empiece la ceremonia, vicario, que tengo prisa —ordenó Steve al sacerdote.

—¡¿Qué?! —bramó Felicity.

—Esa es la condición para liberar a tu amado conde: o te casas conmigo, o tu conde se muere. Tú decides.

Felicity miró de soslayo a Resse que asintió leventemente.

—Bien… será como quiera.

—¿Ha oído, vicario? Aquí nadie se casará sin su consentimiento. La señorita Sutton está más que dispuesta a ser mi esposa. Así que, venga aquí y bendiga nuestra unión —ordenó.

En ese instante, un tumulto proveniente afuera alertó a los que estaban adentro, que dejaron de apuntarle a Resse y al cura, para ir a ver qué sucedía. Sin embargo, se vieron sobrepasados con la cantidad de hombres armados que se acercaban y decidieron salir huyendo.

Steve se vio acorralado, y no tuvo mejor idea que tomar su pistola y apuntar a Felicity en la cabeza.

—¡Qué nadie se mueva o presionaré el gatillo! —rugió.

Los hombres miraron a Resse que les ordenó bajaran las armas.

—Señor Wilson, lo más sensato es que baje el arma y se entregue, porque no saldrá vivo de aquí si insiste en seguir con sus planes.

—Mientras la señorita Sutton firme el traspaso de propiedad, no me importa si es o no mi esposa; ¡se la dejo! —El hombre gordo y calvo se acercó—. Firma los documentos o te daré un plomazo —amenazó a Felicity.

Sin embargo, un disparo dejó en silencio la sala y en unos segundos, el señor Wilson dejó caer el arma y cayó desplomado en el piso.

Felicity miró a un lado, y se encontró con Joss, que apuntaba con el brazo derecho en su dirección.

Joss no dudó un segundo en disparar cuando comprendió lo que Wilson trataba de hacer: obligar a Felicity a firmar un documento ilegal. Cuando se dio por satisfecho al ver a ese hombre en el piso y a su prometida a salvo, soltó el arma y se desplomó, preso de la inconciencia.

CAPÍTULO FINAL

Tanto Joss como lord Warwick se estaban recuperando de a poco. Había trascurrido dos semanas desde el incidente y tenía a toda su familia en Sutton Hall, cuidando de él y del conde. El alcalde y el sacerdote testificaron en contra del señor Wilson, dejando absuelto a Joss de cualquier acusación. El abogado del susodicho, confesó las intenciones de Steve con las propiedades de Felicity, pero de quien no supieron absolutamente nada, fue de Scarlett. Desapareció como por arte de magia.

—Creo que debemos aplazar la boda —sugirió Amalia.

—Tienes razón —secundó Evelyn.

Estaban en el comedor, compartiendo por primera vez la mesa —*desde los desagradables acontecimientos*— con los convalecientes.

—¡No! —dijeron al unísono, Felicity y Joss.

—Ya me encuentro perfectamente, madre, y faltan dos semanas para la ceremonia —excusó.

—Y yo terminaré de recuperarme para entregar a Felicity en el altar —apoyó lord Warwick—. Necesitamos un motivo para celebrar que, tanto Fitzroy y yo, hemos tenido la dicha de una segunda oportunidad.

—Pero, los preparativos han quedado en la nada. No sé si podremos terminar de organizarlo todo —insistió la madre de Joss.

—Podemos —refutó Archivald—. Pueden disponer de todo el dinero que haga falta para acelerar los preparativos.

—No es cuestión de dinero, hermano, sino de que tengamos tiempo de supervisar a detalle todo. No puede salir nada mal —interfirió Evelyn.

—Podemos intentarlo —intervino Anne—. Puedo pedirle a la madre de Finn que nos dé una mano. Saben lo quisquillosa que es…

—No sé si le has hecho un cumplido a mi madre, o todo lo contrario —contestó su esposo y todos rieron.

—Bien —zanjó Amalia—. Haremos el intento, ya que los tórtolos están demasiado ansiosos, pero debemos marcharnos mañana mismo y no sé si será conveniente dejarlos aquí, solos, hasta que terminen de recuperarse.

—Tenemos escoltas, madre. Ya no se preocupe —dijo Joss.

—En ese caso, los esperamos una semana antes, porque Felicity necesita probarse el vestido.

—Está bien, yo mismo me encargaré de que así sea —terció el conde de Warwick.

Puestos de acuerdo, siguieron comiendo mientras escuchaban sobre todos los preparativos que la condesa viuda y lady Evelyn tenían en mente.

En la noche, Felicity estaba sentada en el porche trasero de la mansión. De repente, sintió sobre sus hombros una manta y el cuerpo de su prometido, sentándose a su lado.

—¿En qué piensas, mi amor? —preguntó el conde, abrazándola por los hombros.

—En lo feliz que soy, y en lo culpable que me siento… —confesó ella, en un murmullo.

—¿Culpable?

—Mis tíos no se casaron por cuidar de mí, y siento que es injusto que yo encuentre la felicidad y ellos no. Es algo que me reprocharé siempre… —suspiró.

—Tu tía es muy joven, puede hacer su vida ahora que por fin se ha asegurado de tu futuro, y tu tío se casó, con una mala mujer, pero se casó…

—¿Intentas consolarme o hacerme sentir peor? —cuestionó ella y Joss sonrió.

—El punto es que ambos tomaron sus decisiones porque así lo quisieron, nadie los obligó y piensa que, quizás, no era el momento para ellos. Su prioridad eras tú, y aún no es tarde para una *segunda oportunidad.*

—Quizás… —musitó Felicity, recostando su cabeza en el hombro del conde.

—Creo que lo mejor es que entremos. No quiero que por un resfriado, mi madre y tu tía piensen de nuevo en aplazar la boda —bromeó.

Se levantó, pero Felicity le tomó de la muñeca y lo obligó a mirarla a los ojos.

—¿Sucede algo? —increpó Joss, volviendo a tomar asiento.

—Cuando te secuestró sir Wilson, sentí por primera vez un miedo irracional —confesó con lágrimas en los ojos—. Temí perderte a ti también, que ese hombre te hiciera daño por mi causa —siguió—. Siempre repudié a las personas que pierden la razón por culpa de un ser amado, pero

no miento al decir que habría sido capaz de darle hasta mi alma a ese hombre, con tal de que no te hiciera daño. —Los ojos de Felicity se llenaron de lágrimas—. No acepté casarme contigo porque necesitaba un respaldo y protección, Joss, sino porque aquí —tomó la mano del conde y se la llevó a su pecho— existe algo muy fuerte que me impulsa a reclamarte como mío, a desear estar a tu lado todo el tiempo, a tener la certeza de que eres feliz en mi compañía. Cuando me confesaste lo que sentías, te aseguro que mucho antes de ese día, mi corazón te había reconocido como parte de mí, como mi complemento, como el único hombre por quien sería capaz de todo. Y no solo te quiero, sino que te amo de una manera que aún me cuesta asimilar y tengo pavor a perderte…

Joss arrugó el ceño ante aquella confesión. Secó sus lágrimas con sus dedos y suspiró.

—El sentimiento es mutuo, mi querida señorita Sutton —respondió con sinceridad—. Nunca me perderás y nuestro matrimonio dista mucho de ser por conveniencia —suspiró—. Es difícil asumir ciertas cosas para un hombre como yo, pero lo inevitable es inútil querer ocultar, y desde que te vi, sabía que si no te hacía mía, me volvería loco. Llámalo destino o como quieras, pero desde el primer momento supe que estabas hecha para mí, así como yo para ti. Te amo, Felicity Marie Sutton, y nada cambiará ese hecho. Así que deja de temer por perderme, porque eso no ocurrirá.

—¿Me lo prometes? —inquirió con sosiego.

—Te lo prometo. —Joss bajó la cabeza y besó con suavidad sus labios—. Es mejor que entremos. —La apremió y Felicity accedió, enrollando su brazo al de él—. ¿Qué te parece si me haces una visita de cortesía en mis aposentos? —preguntó en un susurro—. Después de todo, sigo convaleciente y la señora Winni ha dejado en claro que tu deber es cuidar de tu esposo —la persuadió.

—Por primera vez, estoy de acuerdo con Winni: debo cumplir con mis deberes de esposa; después de todo, solo hace falta la bendición del cura para que lo seamos a los ojos de todos…

—Adoro a la señora Winni —dijo Joss, mientras ambos entraban a la casa y reían.

Dos semanas después, Felicity caminaba del brazo de su tío hacia el altar, en la iglesia St. Georges de Hanover Square. Lucía radiante en aquel vestido color oro viejo, con piedras incrustadas en el escote y la falda. Por su parte, Joss estaba emocionado de por fin gritar a los cuatro vientos y a todo Londres, que ya tenía dueña y que era el hombre más afortunado del mundo.

Cuando por fin el sacerdote lo invitó a besar a la novia, lo hizo a placer y solo la

reprimenda de su madre, fue capaz de apartarlo de su esposa.

«Su esposa». Felicity era su esposa en cuerpo y alma, ante Dios y los hombres, y no podía sentirse más agradecido con Harrington en esos momentos.

Sonrió, pensando que había llegado a aquella posada huyendo del matrimonio, solamente para encontrar a la horma de sus zapatos, y no se arrepentía. Si debía conquistar de nuevo a Felicity, lo haría con mucho gusto.

—¿Están bien? —preguntó ella, cuando notó que una sonrisa cínica se dibujó en sus labios.

—Perfectamente —contestó con bellaquería—. ¿Podemos saltarnos el banquete e ir directo a casa? —inquirió con inocencia.

—¡Ni lo pienses! Tu madre y mi tía han puesto mucho empeño en la organización y no podemos hacer eso. Además, en dos días partimos a París y me tendrás completamente para ti.

Con un resoplido, aparentemente de fastidió, accedió a desgana. Sin embargo, nunca había disfrutado tanto de un banquete como el que se celebraba en honor a su matrimonio. Tanto, que tuvo que darle la razón a su madre, en cuanto decretó que su enlace había sido todo un éxito.

Más tarde, ambos yacían abrazados en el lecho de su nueva casa, en Berkeley Square, saciados después de hacer el amor por primera vez como esposos.

—Aun no entiendo por qué has comprado solamente una cama. ¿Y los demás muebles? —preguntó Felicity, divertida.

—Bueno, es lo único que necesito para ser feliz —contestó entre risas.

—Eres imposible. ¿Qué haremos si tenemos visitas?

—Precisamente, para evitar esas cosas, solo pensé en la cama. Apenas nos hemos casado, como para tener a nuestros parientes pululando por la casa. —La siguió molestando.

—Mis parientes no son un estorbo, y los tuyos tampoco.

—Ya lo sé, pero sigo en la obstinación de no querer compartirte. —Rodó sobre el cuerpo de Felicity y la admiró con seriedad—. Gracias por aceptarme, y no escogí más que la cama, porque prefiero que decores la casa a tu gusto y con los muebles que tú escojas. Así que, cuando regresemos de París, compraremos todo lo que haga falta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Ahora, dejemos de hablar y bésame.

Fin.

EPÍLOGO

1823

Con su vientre abultado, Felicity recorrió la galería de Sutton Hall lo más rápido que pudo. Estaba a punto de dar a luz y se sentía más grande, más lenta y más cansada. Sin embargo, estaba feliz.

La presentación de Hope estaba a la vuelta de esquina, y en ese momento llegaba una carta muy importante de lady Amalia, y otra de su tía Evelyn.

Sin embargo, cuando Joss abrió aquella misiva, frunció el ceño.

—¿Se casará? —musitó en voz alta—. Tú tía Evelyn, ¿se casará con un tal señor Smith? —volvió a preguntar sorprendido.

En sus recuerdos no encontró algún indicio de que ya conociese al futuro esposo de su tía política, y su interludio mental fue interrumpido por el alarido que emitió su esposa.

—Creo que ya nacerá… —advirtió, mientras otra contracción la atacaba.

El conde entró en pánico y cargó a Felicity, ingresando de prisa a la residencia, mientras alertaba a todo el servicio. En un santiamén, la señora Winni dispuso todo lo necesario para el doctor Lowell, que había sido invitado expresamente por Joss para residir con ellos hasta el momento del parto.

Casi le hace un agujero al piso mientras espera, delante de la puerta del cuarto donde atendían a su esposa. Sus gritos le partían en dos el alma, y quiso irrumpir varias veces en la habitación, pero Tom se lo impidió. Solo cuando escuchó el llanto de un bebé, su corazón encontró la paz y no hubo poder humado que le impidiese ingresar al dormitorio.

—Es un niño —anunció Winni, muy emocionada, con el bebé en brazos—. Cárguelo, milord. —Se lo tendió. Con las manos temblorosas y los ojos llenos de lágrimas, lo cogió.

—Seguro se parece a ti… —musitó Felicity, cuando su esposo se acercó junto con el bebé hasta ella—. Me ha dado mucho trabajo; tiene que parecerse a ti…

—Es idéntico a ti —contestó Joss con orgullo—. Y es el regalo más maravilloso que me

pudiste haber dado. —Besó sus labios y colocó al niño en los brazos de su madre.

Felicity miró a su bebé y sonrió, satisfecha.

—Lo sabía. Es idéntico a ti.

—Lo es, cariño. Lo es.

PRÓXIMO LIBRO DE LA SERIE

https://a.co/d/4fmaJsM



En la deslumbrante sociedad inglesa de la Regencia, donde la reputación dictaba el destino y los secretos se resguardaban tras abanicos y sonrisas meticulosamente ensayadas, Hope Fitzroy se prepara para su tan esperada presentación en sociedad. Ella es la adoración de su familia: una joven de belleza etérea, inteligencia despierta y una picardía encantadora que la distingue entre las debutantes de la temporada. Pero, a pesar de su espíritu soñador, Hope no es una niña ingenua. Sabe que la alta sociedad es un tablero de ajedrez donde los matrimonios se negocian

como acuerdos comerciales, y los sentimientos son un lujo que pocas pueden permitirse. Sin embargo, en lo más profundo de su corazón, ella anhela un amor verdadero, uno que desafíe las expectativas y le haga sentir mariposas en el estómago.

Lo que Hope no sabe es que su destino ya ha sido trazado… y no por el romance, sino por la venganza.

Asher Wetherby, marqués de Ravenscroft, ha regresado a Inglaterra después de años en el extranjero. A sus treinta años, es un hombre forjado por la ambición, el placer y el resentimiento. Alto, apuesto y con una presencia que hace suspirar a las damas y temer a los caballeros, es el epítome del libertino irresistible. Pero Asher no ha vuelto por capricho ni por simple deseo de recuperar su lugar en la sociedad londinense. Él ha regresado para ajustar cuentas.

Desde que era un muchacho, su tía Augusta Wetherby no ha dejado de susurrarle al oído una verdad que arde como veneno en su sangre: el conde de Fitzroy fue el hombre que arruinó a su padre, el responsable de su lenta y dolorosa muerte. Años de resentimiento lo han convertido en un hombre implacable, y ahora que el viejo conde está muerto, su venganza recaerá sobre lo que más amaba en el mundo: su hija más pequeña, Hope.

¿Qué mejor forma de destruir a los Fitzroy que seduciendo y deshonrando a la más inocente de sus integrantes?

Cuando Asher la ve por primera vez, bajando las escaleras de Fitzroy House con la gracia de un ángel y el brillo de una estrella, sabe que su tarea será fácil. Hope es todo lo que la sociedad valora en una dama: pura, dulce y encantadoramente ingenua. Pero también hay algo más… algo que él no esperaba: una chispa de fuego, inteligencia y un espíritu indomable que desafía sus expectativas.

Hope no será una presa fácil, pero con su dulzura y su picardía, despierta en Asher algo que él creía muerto: una emoción que va más allá de la venganza, más allá del deseo.

Pero el pasado nunca deja de acechar. Y cuando la verdad salga a la luz, ¿Hope será capaz de perdonarlo? ¿O Asher perderá a la única persona que podría haber salvado su alma?

Él buscaba venganza. Ella soñaba con el amor. Ninguno de los dos imaginó que, en el juego más peligroso de todos, el corazón sería la única pieza imposible de controlar.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

https://www.amazon.es/dp/B0B9167B7R
https://www.amazon.es/dp/B0CNSGJT2J
https://www.amazon.es/dp/B0CXD4WNVK



amazon

https://www.amazon.com/author/almalawson

IG: @almadeescritora.2019

PAREJAS PERFECTAS I



https://www.amazon.es/dp/B0CPYLPYT5

https://www.amazon.com/dp/B0CPYLPYT5

https://www.amazon.com.mx/dp/B0CPYLPYT5

SINOPSIS

Thomas Cromwell, conde de Essex, no tenía en mente a otra candidata para esposa más que a lady Susan Wellesley, hermana de su mejor amigo. Sin embargo, el terrible accidente que acabó con la vida de la dama, y la revelación de los sentimientos que ella le guardaba a otro caballero, lo hicieron tomar la decisión de alejarse de Inglaterra para sanar su corazón roto y olvidar aquel desafortunado incidente.

Instalado en Boston, su vida pareció tomar al fin rumbo y el dolor de su pasado se mitigó al comprender que el resentimiento solo lo estancaría en una vida llena de amarguras. No obstante, también se hizo a la idea de no volver a considerar la posibilidad de contraer nupcias.

Permaneciendo en América, aquella loca idea de que un conde no contrajera matrimonio para continuar con su linaje, era posible. Sin embargo, un percance lo obliga a regresar a Londres donde, inevitablemente, se convierte en blanco de las madres con hijas en edad casadera.

Las cosas comienzan a salirse de control, cuando su tía – abuela toma como responsabilidad encontrarle a la candidata perfecta, y escoge a lady Vanessa Craven como la dama más aceptable. Pero, todo empeora para Thomas cuando la caprichosa y bella Anabelle Madison, llega desde Boston para reclamar lo que ya consideraba suyo.

¿Qué decisión tomará?

PAREJAS PERFECTAS II

https://www.amazon.es/dp/B0CPYL611W
https://www.amazon.com/dp/B0CPYL611W
https://www.amazon.com.mx/dp/B0CPYL611W



SINOPSIS

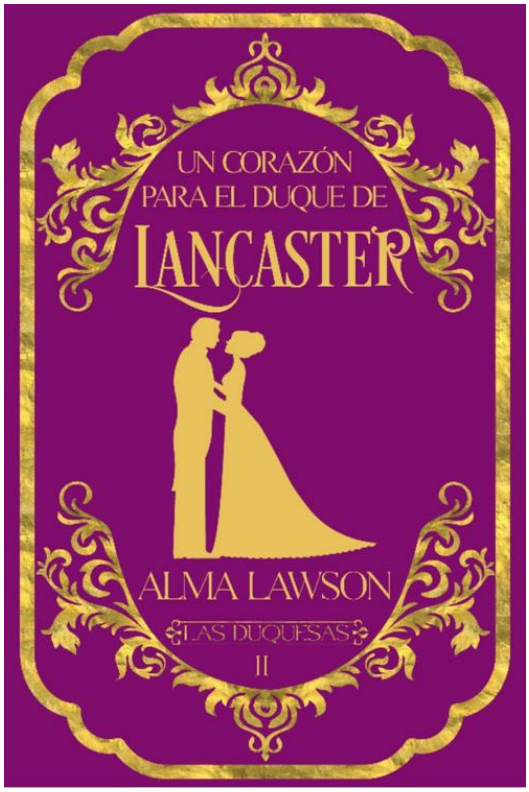
Lady Susan Wellesley era digna hija de su padre: obstinada, apasionada e irreverente, no solo compartía las afamadas «virtudes» del duque, sino también, aquel carácter indómito que la llevó a rehusarse rotundamente a un matrimonio arreglado.

Henry Hervey, reciente marqués de Bristol, se sentía acorralado con el ultimátum de su familia en relación al matrimonio. Ya le habían escogido prometida y, con su nuevo e imprevisto título nobiliario, no tenía otra opción más que acceder a conocer a la dama en cuestión.

Pensando que ya nada podía agravar su situación, el destino lo sorprende cuando conoce a la flamante candidata y todo se vuelve peor, cuando la joven se niega tajantemente a convertirse en su esposa.

Con tantos problemas encima y los augurados con el carácter de la muchacha, hubiera sido más fácil si solo rompía el compromiso. Sin embargo, le encantaban los desafíos por lo que, la idea de domar a aquella fierecilla de belleza exótica le resultó divertido, hasta que descubre que existe un secreto que los une.

PRECUELA: UN CORAZÓN PARA EL DUQUE DE LANCASTER



https://www.amazon.es/dp/B09QLJ3DDX
https://www.amazon.com/dp/B09QLJ3DDX
https://www.amazon.com.mx/dp/B09QLJ3DDX

Cuando la bella y delicada lady Susan Wellesley falleció en un intento de huir con su amado, Arthur Wellesley, duque de Lancaster, perdió la razón al enterarse de lo ocurrido con su única hermana.

Decidido a cobrar venganza, se convence fácilmente cuando le es revelada la supuesta identidad del culpable.

Lady Claire Bradbury, una de las damas más arrebatadoras de la temporada y hermana del libertino que habría propiciado las circunstancias del trágico destino de Susan, se ve envuelta en un misterioso cortejo por parte del duque de Lancaster, sin conocer las verdaderas intenciones del hombre.

Sin embargo, las cosas no resultaron como Arthur planeaba y, a pesar de luchar contra sus propios sentimientos, el temperamental duque demonio se había descubierto irremediablemente enamorado, obligándose a tomar una importante decisión: continuar hasta el final con su venganza o rendirse ante el amor.

PAREJAS PERFECTAS I



https://www.amazon.es/dp/B0CPYLPYT5

https://www.amazon.com/dp/B0CPYLPYT5

https://www.amazon.com.mx/dp/B0CPYLPYT5

SINOPSIS

Thomas Cromwell, conde de Essex, no tenía en mente a otra candidata para esposa más que a lady Susan Wellesley, hermana de su mejor amigo. Sin embargo, el terrible accidente que acabó con la vida de la dama, y la revelación de los sentimientos que ella le guardaba a otro caballero, lo hicieron tomar la decisión de alejarse de Inglaterra para sanar su corazón roto y olvidar aquel desafortunado incidente.

Instalado en Boston, su vida pareció tomar al fin rumbo y el dolor de su pasado se mitigó al comprender que el resentimiento solo lo estancaría en una vida llena de amarguras. No obstante, también se hizo a la idea de no volver a considerar la posibilidad de contraer nupcias.

Permaneciendo en América, aquella loca idea de que un conde no contrajera matrimonio para continuar con su linaje, era posible. Sin embargo, un percance lo obliga a regresar a Londres donde, inevitablemente, se convierte en blanco de las madres con hijas en edad casadera.

Las cosas comienzan a salirse de control, cuando su tía – abuela toma como responsabilidad encontrarle a la candidata perfecta, y escoge a lady Vanessa Craven como la dama más aceptable. Pero, todo empeora para Thomas cuando la caprichosa y bella Anabelle Madison, llega desde Boston para reclamar lo que ya consideraba suyo.

¿Qué decisión tomará?